

DESPLEGADO

OCTUBRE  
1939

# CURSOS y CONFERENCIAS



## SUMARIO

ANIBAL PONCE. — Examen de la  
España actual.

ANIBAL PONCE. — Los deberes de  
la inteligencia.

LUIS REISSIG. — Ponce, maestro  
de jóvenes.

AMADO ALONSO. — Enajenamiento  
y ensimismamiento en la crea-  
ción poética.

AÑO VIII  
NUM. 7  
VOL. XVI

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

CANGALLO 1372

BUENOS AIRES

DESPLEGADO

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50  
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

---

## Sumario del No. 5-6 del Año VIII

---

Silvio Frondizi. — La Edad Media: su interpretación histórica.

Alcides Greca. — El complejo de inferioridad como factor de éxito.

Mario Segre. — Estadísticas. I - II.

Avelino Gutiérrez. — Justicia y moral naturales.

Mario Mariani. — D'Annunzio en el cuadro de la literatura contemporánea: V - VI.

Boleslao Lewin. — El judío en la época colonial: V.

Raúl Ferramola. — Microbiología de aguas dulces: III - IV.

---

En el próximo número, 8º del año VIII, se publicarán colaboraciones de:

ROBERTO F. GIUSTI

PATRICK O. DUDGEON

MARIO SEGRE

RICARDO M. ORTIZ



H  
05  
6939

# CURSOS Y CONFERENCIAS

AÑO VIII — N° 7  
VOLUMEN XV  
OCTUBRE 1939  
BUENOS AIRES

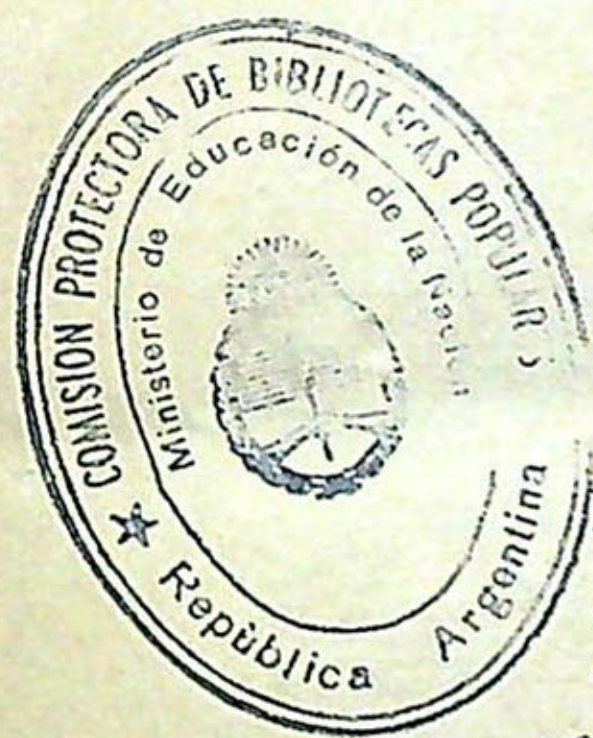
---

---

## Examen de la España actual

Por ANIBAL PONCE

Curso dictado en el Colegio en Agosto y  
Septiembre de 1936.



ESTE LIBRO NO SE PUEDE VENDER

El 18 de Mayo se cumplió el primer aniversario de la muerte de Anibal Ponce. Perdió con él la cultura argentina su doctrinario de más alto vuelo, un magistral expositor de cátedra, y el más fino y penetrante de sus ensayistas. Clases como las de Ponce no se oirán quien sabe hasta cuando: críticas como las suyas tardarán años en aparecer; y su estilo claro, fluido, armónico, figurará por mucho tiempo en la vanguardia de la buena prosa argentina.

Con este bagaje, Ponce hubiera podido recorrer su camino con donaire y despreocupación, seguro de hallar el triunfo a cada paso, avanzando sin temor entre sus heridos, saludando sonriente a los que merecían su aplauso. Pero prefirió la lucha. Solo, a veces, acompañado, otras, vió cómo sus enemigos pasaban del agazapamiento al salto; y más de un zarpazo recibió en el flanco descuidado. Mientras se limitó a la ironía y a la burla, al pellizeón y al papirotazo, a derribar penachos y deseoser cascabeles, su pluma cortió libre, su palabra fue recogida sin tasa; pero cuando hincó el diente en el problema social y con voz emocionada se dirigió a los

obreros y a los estudiantes, ese día la reacción pensó cómo podría vencer a uno de sus más peligrosos enemigos entre la juventud. Y atinó a escoger la hora.

La revolución española contra la república de Manuel Azaña se produjo cuando el pensamiento de Ponce había llegado a la plenitud de su madurez. Testimonio de ello eran sus dos magníficos cursos "Educación y lucha de clases" y "Humanismo burgués y humanismo proletario", dictados en nuestro Colegio en los meses de Setiembre de 1934 y Noviembre de 1935, respectivamente.

En los días heroicos del Guadarrama, cuando la reacción popular daba el alto ejemplo de cómo un pueblo debe rechazar la sumisión, Ponce se decidió a presentar los hechos a la luz de la historia de la lucha de clases. Reunió papeles, completó lecturas, seleccionó argumentos. Así nació su curso "Examen de la España actual", que hoy publicamos. Fué el último que habría de pronunciar en el Colegio; la última vez, también, que la Argentina escucharía desde una tribuna su palabra, tan justa y tan valiente.

Cuando redactó su programa firmó al mismo tiempo su acta de destierro. Acaso lo presentía. Escribió los temas sin perifollos y sin subtítulos. Nada de alharacas. Cuatro clases anunciadas con 17 palabras. ¡Pero cuántas cosas bullían en esas 17! Si la conquista del Reich por la Alemania parda había mordido sus esperanzas, esta sublevación monárquica y feudal había hecho de él, como de miles de espectadores, un decidido combatiente. Era España, entonces, una de las últimas trincheras de la libertad. ¿Cómo no tomar la pluma a modo de fusil y apretarla con el índice afiebrado como si fuera un gatillo?

La primera clase se dió el 26 de Agosto de 1936. El salón de nuestro viejo local de la calle Belgrano estaba repleto. El público, atento y silencioso, guardó para el final sus aplausos llenos de simpatía.

A medida que el cursillo avanzaba, sus afirmaciones fueron más rotundas y el militante fervoroso cubría con ancha capa al hombre de gabinete. "Examen de la España actual" fué el proceso sin atenuantes de las dos burguesías: la pequeña y la grande. El telón de fondo estaría compuesto por terratenientes y reyes, curas y capitalistas, generales y dictadores; pero los personajes principales de la escena fueron aquella burguesía que cayó derrotada en Villalar el 23 de Abril de 1848, y aquella otra con la que Alcalá Zamora formó una muralla para oponerse al paso del proletariado triunfante.

Proceso y esperanza, a la vez. Tal fué la síntesis de su última clase. Y bien se veía en sus recuerdos de los mineros de Asturias, que no en vano la cita de Eremburg puesta al final del curso, expresaba, ceñida y anhelante, su confianza en el proletariado y su fe en el triunfo de la otra revolución.

Luis Reissig.

## I. SARMIENTO Y ESPAÑA

### 1º Introducción

Tan pronto llegó a Madrid, en Noviembre de 1846, Sarmiento le escribió a su amigo el chileno Victorino Lastarria una larga carta de impresiones sobre España que podría resumirse en estas líneas: España marcha a destiempo de las demás naciones, "dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco" (1).

La observación era justa y merece que la retengamos. Demasiado bien sé que un hispanoamericanismo zarzuelero (2) se ha empeñado en hacernos creer que esas opiniones de Sarmiento jo-

(1) Sarmiento, *Viajes*, tomo II, pág. 23, edición de "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1922. En Altamira, *Histoire d'Espagne*, pág. 205 (Editor Colin, París, 1931, sin nombre de traductor) puede leerse: "Recién a fines del siglo XIX España comenzó a reconquistar el tiempo perdido, pero como ya era demasiado tarde, le llevaban gran ventaja".

(2) Véase en Arturo Capdevila, *Babel y el castellano*, edición Cabaut, Buenos Aires, 1929, una de sus expresiones más ridículas.

ven — como las de Alberdi en sus primeros tiempos — no fueron nada más que la expresión de un rencor que sobrevivió entre nosotros a la guerra de la Independencia americana: antipatías de los ex-insurrectos contra la vieja metrópoli.

Los más representativos espíritus de España han opinado, sin embargo, en el mismo sentido que Sarmiento, desde Larra hasta Joaquín Costa y Ortega y Gasset. “Cuanto más se medita sobre nuestra historia — dice “El Espectador” — más clara se advierte la desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el gran siglo educador... Este ha sido el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible” (3).

¿A qué se debe semejante escamoteo? A que España no ha pasado por la revolución burguesa y a que se mantiene feudal en muchos aspectos de su economía y su cultura aún en los tiempos actuales del crepúsculo burgués.

## 2º La revolución burguesa de 1520

A pesar de que la burguesía española fué cronológicamente una de las primeras de Europa (4) — desde el siglo XIII las manufacturas catalanas vendían sus tejidos en Holanda e Inglaterra y desde el siglo XI eran famosas las sederías de los árabes en Sevilla — lo cierto es que en las luchas que el establecimiento de la Monarquía trajo consigo le tocó a la burguesía la peor parte (5).

Sabido es que la monarquía absoluta, — precursora del Estado burgués — surgió en España, lo mismo que en el resto de Europa, de los conflictos entre la nobleza y la burguesía. Para vencer a los señores feudales, fuente permanente de discordias, los reyes comenzaron por buscar el apoyo de los mercaderes y artesanos de las ciudades que miraban con buenos ojos el nacimiento de un poder capaz de poner a raya las arbitrariedades de los señores.

(3) Ortega y Gasset, *El espectador*, tomo VII, págs. 106 y 107, edición “Revista de Occidente”, Madrid, 1929.

(4) La “primera”, dice Ganz, *Ensayo marxista de la historia de España*, pág. 19, edición “Cenit”, Madrid, 1934.

(5) Marx, *La revolución española*, págs. 71-76, traducción de Joaquín Nin, editorial “Cenit”, Madrid 1929.

En retribución a esos servicios, algunas veces; por la fuerza de las armas otras veces, las ciudades consiguieron de los reyes determinados "privilegios" y "franquicias" que, aunque muy rudimentarios al principio, significaron, con todo, una limitación tanto del poder real como del poder de los señores. Fué importante, entre todas, la participación que en las Cortes se concedió a las burguesías. Sus delegados, los "procuradores", asistieron por vez primera, según se cree, a las Cortes de 1163 convocadas por Alfonso II (6). Junto a los intérpretes de las otras clases, nobleza y clero, — o de los otros 'brazos', como se decía entonces — los procuradores hicieron oír la voz de la joven burguesía.

Era función especial de las Cortes lo relativo a la aprobación de los tributos o "pechos"; a tal punto que no adquirirían fuerza de ley si no habían sido autorizados por ellas. Si se sabe que ni la nobleza ni el clero pagaban contribuciones, y que por lo tanto las cargas públicas caían íntegras sobre los villanos o "pecheros", se comprenderá el interés de la burguesía en controlar los tributos, por un lado; y en obligar, por el otro, a la nobleza y a la Iglesia, dueñas de la casi totalidad de España, a que contribuyeran en algo a sostener las cargas públicas (7).

Las Cortes tenían, además, otras funciones indirectas, que se acentuaron en el transcurso del siglo XIII: me refiero a una especie de función legislativa que se fué derivando del derecho a "formular reclamos". Los reyes, claro está, los atendían en la medida en que necesitaban de la burguesía. En la lucha cada vez más firme contra los señores feudales, la Corona no tuvo otro remedio que aumentar el número de "fueros" concedidos a las ciudades. Y hasta ocurrió que en defensa de esos fueros llegaran las ciudades a doblegar al mismo rey: como le pasó a Fernando I con la burguesía de Barcelona. Habiéndose rehusado el monarca a pagar una cierta suma, el representante de la ciudad le hizo saber que puesto que así lo exigían los fueros del país, los habitantes de Barcelona

---

(6) Blanquez Fraile, *Historia de España*, pág. 159, editorial Sopena, Barcelona, 1934.

(7) "El privilegio más importante de que gozaban los nobles era el de no pagar derechos o tributos y el de ser juzgados por sus iguales". Idem, pág. 217.



estaban dispuestos a hacerlos respetar aún a costa de su vida. Y el rey se sometió (8).

Si el apoyo de las ciudades fué para el monarca una fuerza de primer orden en sus luchas contra los feudales, se ve también en qué medida el potente desarrollo de la burguesía comenzó a inspirar serios temores, no sólo a los feudales, sino también a los monarcas. Por eso, después de dominar a los señores y de convertirlos en cortesanos, la corona se volvió contra la burguesía para obstaculizarla en su ascensión. Y así como en su lucha contra los feudales el monarca había contado con el apoyo de las ciudades, en la lucha contra los burgueses tuvo de su parte a la nobleza.

Mediadores al principio, entre las dos clases en lucha, los Reyes Católicos fortificaron la monarquía, apoyándose, alternativamente, en la nobleza y en la burguesía. En el transcurso de ese largo conflicto, el feudalismo español consiguió herir a la burguesía con golpes mortales: fué el primero, la toma de Granada (1492) que dió a la nobleza un vasto territorio y un enorme botín, y que privó a la burguesía, al mismo tiempo, del apoyo inestimable de una agricultura singularmente desarrollada, como era la de los árabes; fué el segundo (1483, 1486, 1492) la expulsión de los judíos, que como clase comerciante establecían la unión del campo y las ciudades; fué el tercero, la implantación del terror mediante el tribunal del Santo Oficio (1477, 1483).

Restos vigorosos de la burguesía nacional persistían, sin embargo, a pesar de la terrible sangría que significó la expulsión de los judíos. Como no se la podía arrojar de España bajo la imputación de extranjería, se esperó la ocasión para aplastarla. No tardó en llegar. El nuevo rey de España, Carlos I — el futuro Carlos V de Alemania — traía de Flandes, su país, una amarga experiencia. La burguesía flamenca, más desarrollada que la española, después de combatir al feudalismo apoyándose en la corona, comenzaba ahora a atacar por igual al monarca y a los nobles. La presencia de un enemigo común les hizo olvidar a los nobles sus viejos rencores con el rey, y pactar la alianza de la monarquía y la nobleza. Gracias a su experiencia de Flandes, sabía Carlos I que

---

(8) Altamira, obra citada, pág. 111.

la burguesía llegaría a ser un enemigo, después de haber sido un aliado.

Los primeros choques de la burguesía española con el nuevo monarca, tuvieron una máscara política y nacionalista, como que encontraron su pretexto en el hecho de que el rey no hablaba español, en su resistencia a reconocer ciertos fueros, en su cortejo de señores extranjeros. Las Cortes de Valladolid (1518), las primeras, le hicieron llegar la expresión de su disgusto. De mala gana, prometió que las escucharía. Pero cuando al año siguiente solicitó de las Cortes de Santiago de Galicia un subsidio de 40.000 ducados, suma considerable para la época, la burguesía se lo negó. Con dádivas y promesas, trató entonces de corromper a algunos representantes de las ciudades. Pero habían adoptado estas una "tesitura" tal, que no había ya transacción posible. Un delegado de la ciudad de Segovia, el regidor Tordesillas, a quien el monarca le ofreció una buena situación en la Casa de la Moneda, traicionó a la burguesía y votó a favor de los subsidios. A su regreso a la ciudad, el Ayuntamiento se reunió para juzgarlo. El juicio aún no había terminado cuando los cardadores de la ciudad penetraron al recinto, interrumpieron la sesión, se apoderaron del acusado, le echaron una soga al cuello y lo llevaron a la horca.

Por todas partes la revolución surgía retadora, y casi al mismo tiempo, las ciudades más importantes de la península se sublevaron contra el rey y la nobleza. Esto ocurría en 1520. Es decir, un siglo antes que la burguesía inglesa (1648-1689); dos siglos antes que la francesa (1789); la burguesía española presentó batalla al feudalismo.

La sublevación de los Comuneros de Castilla y de las Hermandades de Valencia es una de las páginas más hermosas de la historia de España. Pero aunque la novela y la pintura la han divulgado suficientemente, porque se prestaba a maravillas con su colorido dramático y su acento bravío, los mismos historiadores de la burguesía han disimulado o negado su clarísimo sentido de lucha de clases. Antonio Ballesteros, por ejemplo, no puede menos que reconocer el "carácter social" de la sublevación valencia-

na (9). Pero al referirse a las Comunidades de Castilla las presenta como una "lucha política". El carácter de clase de la sublevación valenciana es, en efecto, demasiado visible para negarlo. Fueron sus jefes nada menos que el cardador Juan Lorenzo, el tejedor Guillen Sorolla, el confitero Juan Caro, el carpintero Estellés (10). Organizados en Junta Revolucionaria, no sólo obligaron al gobernador, conde de Mérito, a retirarse, sino que fueron durante algún tiempo los dueños de la ciudad.

Los sublevados en Castilla, en cambio, tuvieron por jefes a personajes de tan claro linaje como Juan de Padilla y el conde de Salvatierra. Pero sería una ceguera inexcusable creer que los jefes militares del movimiento, especialmente Padilla, Bravo y Maldonado — en cuyo suplicio la leyenda se ha complacido — fueron los que prepararon la revolución y le dieron carácter (11).

Por una circunstancia especialmente feliz para el desarrollo del análisis que venimos realizando, un representante típico de la pequeña burguesía española contemporánea, el señor Manuel Azaña, ha dedicado al carácter social de la sublevación de los comuneros, las páginas más sagaces que hasta ahora se han escrito. En oposición a Ángel Ganivet, que había negado precipitadamente el carácter revolucionario del movimiento, el señor Azaña ha demostrado con buen acopio de documentos que no sólo la revolución de los comuneros es similar a "los alzamientos del tercer estado victorioso en Europa mucho tiempo después" (12), sino que los actores del drama sabían con bastante exactitud por qué

(9) "La rebelión de los agermanados fué del pueblo contra los privilegios de la nobleza". Ballesteros, *Historia de España y su influencia en la historia universal*, tomo IV, pág. 15. Más terminante es todavía Blanquez Fraile, obra citada, pág. 146: "las Germanías personifican en Valencia y Mallorca la lucha social de clases".

(10) Ballesteros, *idem*, tomo IV, pág. 16.

(11) Altamira, obra citada, pág. 146, aunque reconoce que el movimiento de los Comuneros fué revolucionario, hace resaltar que sólo el de Valencia "degeneró en rivalidades de clases" (pág. 147). Ballesteros, *idem*, tomo IV, página 14, considera al movimiento de los Comuneros como feudal y nobiliario, y esgrime como argumento el hecho de que sus jefes militares eran nobles. Lo que equivaldría a decir que la revolución francesa no fué un movimiento burgués porque tuvo de su parte, en cierto momento, a Mirabeau y Lafayette...

(12) Azaña, *Plumas y palabras*, pág. 77, "Compañía Ibero Americana de Publicaciones", Madrid, 1930.

luchaban. Burguesa fué la revolución, y si hubo caballeros entre sus jefes — como los hubo también en la revolución francesa en los comienzos —, nada le quita eso a que el movimiento fuera esencialmente una insurrección que la burguesía lanzó y los procuradores de las ciudades controlaron; todos ellos, como bien lo dice un documento de la época, “gente muy ordinaria” (13). En cuanto a la conciencia que tenían en los motivos del conflicto, puede comprobarla cualquiera en las reclamaciones de las Cortes y en las palabras de sus cronistas. Uno de ellos, Ayora, plantea con tal exactitud el móvil clasista que condujo a la revolución que no podría hoy añadirse una palabra. Frente a los grandes prelados y a los nobles señores, hay un “estado”, dice, de “cuya industria y trabajo todos se sustentan”. Con el tiempo, “descubridor de las cosas”, añade, el tercer estado ha caído en la cuenta de cómo llevaba toda la carga de “lo civil y criminal” y ha comenzado los movimientos “para desfechar ese yugo” (14).

En un punto, sin embargo, el análisis de Azaña me parece incompleto. Para demostrar hasta donde llegaba el carácter burgués del movimiento, no ha tenido en cuenta suficientemente (15) la herejía religiosa que lo acompañaba. Las primeras revoluciones de la burguesía — lo ha subrayado Engels (16) — se presentan todas bajo una máscara religiosa. Y así fué también en España. Entre las filas de los revolucionarios se contaba una buena porción del clero en rebeldía contra el poder de Roma, y, especialmente, ese andariego obispo Acuña, de Zamora, a quien llamaban con justicia el Lutero español, y que terminó ahorcado de una almena del castillo de Simancas. Contra la nobleza, el monarca y la iglesia de Roma iba dirigido el movimiento que las Cortes de la revolución — la llamada Santa Junta — interpretaban y dirigían desde Torrecillas.

La derrota de Villalar, (23 de abril de 1521), que aventó de un golpe a las fuerzas de la revolución, es la acción militar que

---

(13) Azaña, op. cit., pág. 51, nota 1.

(14) Idem, pág. 76.

(15) Transcribe, sin embargo, un ilustrativo documento de un fraile, como “vocero popular”. Ver. pág. 77.

(16) Engels, Inglaterra y el materialismo, en “Dialéctica”, N° 4. p. 159 y siguientes, Buenos Aires 1936.

más importancia ha tenido en los destinos de España. Punto final de un movimiento pujante que venía creciendo desde el siglo XIII, el combate de Villalar aplastó a la burguesía española para siempre. Toda la historia española desde el combate de Villalar hasta nuestros días, lleva el peso y la tragedia de esa gran revolución que fracasó.

La primera entre todas las burguesías revolucionarias, la española se lanzó precozmente a "desfechar su yugo". Sin la adecuada madurez, quedó más acá de sus propósitos. A remolque del feudalismo, del rey y de la iglesia, la extenuada burguesía llevó desde entonces una vida lánguida y marchita.

### 3º La España negra

Aleccionada por la sublevación de los Comuneros e identificada desde entonces con la causa del feudalismo, la monarquía, a su vez, no conoció otra política que la infatigable represión. Todo lo que pudiera transformarse en burguesía fué sistemáticamente perseguido. Las pocas industrias que toleró lo hizo como una merced y a condición de controlarlas.

Setenta años después del suplicio de Padilla, las Cortes de 1593 formularon esta declaración que muestra en su sobriedad tremenda todo lo que significó para España el desastre de su burguesía: "El reino está agotado y en ruinas... Los que todavía tienen algún bien, lo conservan como pueden, llevando una existencia miserable" (17).

En vano el descubrimiento de América le dió al monarca y a los nobles los frutos del árbol de oro. Sin una burguesía capaz de circular y centuplicar la riqueza, el oro de América no hizo nada más que atravesar España. Mientras en Inglaterra el producto del pillaje colonial estimularía muy pronto el trabajo del país hasta crear la gran industria, en España sólo sirvió para comprar en el extranjero los productos manufacturados que su burguesía inexistente no podía producir (18). Todo lo que en España significaba

(17) Angel Marvaud, *L'Espagne au XXème. siècle*, pág. 13, editor Colin, París, 1913.

(18) Buckle, *Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo IV, pág. 79, traducción Baillot, editor Flammarion, sin fecha, París.

un trabajo estaba en manos no españolas: la guerra en los Países Bajos la dirigía el embajador de Austria en Madrid; las finanzas del reino las controlaba Orry, que para eso se lo había ido a traer de Francia; las minas de cobalto de Aragón pasaron a poder de los alemanes, y si no hubiera sido por los holandeses que hacían los mapas de España, ningún español hubiera podido indicar la situación de su ciudad. En 1757 el ministro inglés en Madrid, Mr. Wall, que había montado algunos telares en Castilla, se encontró un buen día con que una de las máquinas se había descompuesto. Y como en España no había nadie que entendiera de máquinas, tuvo que esperar a que viniera un obrero de Inglaterra... (19).

En vano los monarcas trataron de reparar el desastre trayendo del exterior algunos de los obreros más necesarios: la producción nacional siguió siendo incapaz de satisfacer el consumo del reino y las colonias.

En vano bajo Carlos III brilló durante un tiempo la esperanza de un renacimiento. El mal era sin remedio, y no estaba en manos del feudalismo repararlo. Para un país sin burguesía, el trabajo continuaba siendo en plena edad moderna una ocupación indigna y despreciable. La pragmática de 1783 que declaró al trabajo manual compatible con la hidalguía, provocó tales protestas de parte de la nobleza y del ejército que en 1803 una ley debió explicar que la pragmática mencionada no había tenido la intención de colocar sobre un mismo plano los oficios mecánicos y los altos cargos del Estado, sino manifestar simplemente que los oficios mecánicos no eran "en sí mismos envilecedores" (20).

Ejércitos de vagabundos y mendigos, de contrabandistas y bandidos, atravesaban a España en todas direcciones. La vida de los pícaros llegó a ser tan popular que dió origen a un género especial de la novela. Cuarenta palabras tiene el idioma para designar a los vagabundos (21) y el parasitismo impregnó desde entonces y hasta tal extremo la vida de la nación que un español ilustre, Luis

---

(19) Buckle, *Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo II, pág. 127.

(20) Marvaud, *L'Espagne au XXème. siècle*, pág. 127.

(21) Ganz, obra citada pág. 47.

Araquistain, ha podido decir que "la vida española, en conjunto, es un vasto y complejo sistema de mendicación mutua" (22).

Bajo una atmósfera semejante ¿qué tiene de extraño que la comisión designada para estudiar la posibilidad de canalizar los ríos Tajo y Manzanares rechazara el proyecto con razones tan peregrinas como estas?: "Si Dios hubiera querido que esos dos ríos fuesen navegables, le hubiera bastado un simple "fiat" para realizar su voluntad. Sería, por lo tanto, atentar a los derechos de la Sagrada Providencia querer mejorar lo que Ella ha querido que permanezca imperfecto por razones insondables" (23).

Una nación que no quería atentar con el trabajo a los designios de la Providencia, eso era la España Negra entre sus dos vecinas afiebradas, la Inglaterra y la Francia: la Inglaterra que había iniciado ya la formidable revolución industrial del siglo XVIII; la Francia, que maduraba la más perfecta de las revoluciones de la burguesía.

Esa era la España Negra que Sarmiento había visto pasar bajo sus ojos en el invierno de 1846, desde el pescante de una diligencia que ocho pares de mulas tironeaban; negras todas y lustrosas, con grandes plumeros carmesí sobre los moños. "Si yo hubiera viajado en España en el siglo XVI — decía — mis ojos no habrían visto otra cosa que 'lo que ahora ven'". Y entre rezongo y rezongo continuaba observando: "Las producciones de la España son los productos de los pueblos primitivos: lanas, cereales y aceites... Ninguna industria se ha introducido en tres siglos... Ninguna ciudad nueva se ha levantado; ninguna villa se ha hecho ciudad... La diversidad de trajes, muy pintorescos, sin duda, revela, sin embargo, una de las llagas más profundas de España, la falta de fusión en el Estado. Las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes y no partes integrantes de un solo Estado" (24).

Con su vigor habitual, Sarmiento resumía en esas líneas todo el secreto de la España de su tiempo. Expulsada la burguesía de moros y judíos; aplastada la propia burguesía revolucionaria,

(22) Araquistain, *El ocaso de un régimen*, pág. 31, editorial "ES-  
paña", Madrid, 1930.

(23) Altamira, *Historia de España y de la civilización española*,  
tomo III, pág. 478, Barcelona, 1902.

(24) Sarmiento, obra citada, tomo II, páginas 63, 60, 62, 23.

España se quedó a vivir de la agricultura de los pueblos primitivos, sin conocer la unidad que sólo puede lograrse en un desarrollo económico más alto. El capitalismo comercial es, en efecto, el gran centralizador. Cuando prospera, las regiones más alejadas y diversas se aproximan y se enlazan; cuando decae, todo tiende a separarse y disgregarse (25). La agricultura primitiva; el regionalismo feudal; las industrias ausentes, fueron el reflejo de un mismo mal: el desastre de una revolución que se había anticipado.

Cuando en la plaza de Villalar, subieron al cadalso los tres jefes del ejército comunero, uno de ellos, Juan Bravo, le pidió al verdugo que lo degollara antes que a don Juan de Padilla porque "no quería ver — dijo — la muerte del mejor caballero que quedaba en Castilla". A la distancia de cuatro siglos sabemos ahora que allí moría algo más que "el mejor caballero". Porque todo lo que ocurrió después, ahí está para decirnos que la burguesía española quedó decapitada como clase el mismo día en que el verdugo cortó la cabeza de don Juan de Padilla (26).

## II. LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

### 1º Las revoluciones del siglo XIX

Durante el siglo XIX, España conoció diez constituciones y veintiún cambios de gobierno (1). ¿Cuál fué la causa de semejante "inestabilidad"? ¿Acaso "el genio de la raza", "el individualismo ibérico", "el orgullo español", y otras pamplinas por el estilo? La expresión más exacta de lo que ocurrió en la península podría reducirse a lo siguiente. La burguesía española, deshecha en el siglo XVI, algo más entonada durante el curso del siglo XIX, pretendió en seis ocasiones arrebatarse el poder al feudalismo: 1808, 1812,

---

(25) Trotzky, *La revolución española*, p. 52, traducción de O. C. E., editorial "Fénix", Madrid, 1933.

(26) "Las cabezas de los conspiradores cayeron en el patíbulo y las viejas libertades de España desaparecieron". Marx, obra citada, página 74.

(1) Marvaud las enumera, pág. 26, obra citada.



1820, 1854, 1868 y 1873. En las seis oportunidades salió triunfante el feudalismo.

La invasión napoleónica en España (1808) hubiera sido una oportunidad magnífica para una burguesía madura y decidida. El monarca, los grandes señores y la iglesia se habían arrojado a los pies del invasor, abandonando a la nación con la traición más vil. El poderoso movimiento que se conoce con el nombre de "guerra de la independencia" les fué por completo extraño. Ciertamente es que en su línea general la lucha contra Napoleón, al par que nacional, era también reaccionaria y fanática en cuanto defendía el "orden antiguo" contra el "orden nuevo" que Napoleón representaba. Pero si los campesinos sublevados contra el invasor estaban impregnados del pensamiento feudal (2), una fuerte minoría en las ciudades costeras, que contaba con el apoyo de los estudiantes y de los profesionales, veía en la lucha contra Napoleón, pero no contra el espíritu burgués que Napoleón encarnaba, la anhelada ocasión del resurgimiento de España (3). No se equivocaban respecto del emperador. En los pocos días que Napoleón en persona vivió en España, suprimió la Inquisición, redujo a una tercera parte los conventos existentes, derogó los derechos feudales, abolió las aduanas interiores (4).

La Junta Central que había tomado a su cargo la defensa de la nación — y que se sentía tironeada entre el absolutismo de Floridablanca y el reformismo de Jovellanos — se inclinó resueltamente a la derecha. Y a pesar de que en su seno se hizo escuchar la voz resuelta de Calvo de Rozas — intérprete del "orden nuevo" — la mayoría de la Junta consideró su deber no sólo expulsar a Napoleón, sino ahogar en sus comienzos todo intento de revolución.

Las Cortes de Cádiz, en 1812, reencendieron los anhelos de la burguesía. Como los revolucionarios de 1808, no pretendían

(2) Fernández Almagro, *Orígenes del régimen constitucional en España*, p. 69, editorial "Labor", Barcelona, 1928.

(3) Marx, obra citada, págs. 98-92.

(4) Blanquez Fraile, obra citada, p. 618.

terminar con el rey. Aspiraban a que la burguesía participara de tal modo en la marcha del Estado que ya no fueran posibles los sobresaltos y las sorpresas del absolutismo. "La Comisión — se dice en el discurso preliminar — ha mirado como esencialísimo todo lo concerniente a las limitaciones de la autoridad del rey". Limitar al rey, frenar al rey, he ahí de lo que más se hablaba. A punto tal que alguien no pudo menos que decir: "Tanto se oye hablar de frenos que parece que fuéramos a enfrenar un caballo desbocado". Y eso, justamente eso, era lo que la burguesía anhelaba. Sin control desde la derrota de los Comuneros, la monarquía no respetaba límites. "Reducir a la obediencia a un rey desmandado" (5), quitarle a la iglesia el predominio absoluto, abrir el país al comercio y a la industria, hacia ahí apuntaban las Cortes de Cádiz. Por desdicha, al mismo tiempo que las Cortes sesionaban, España estaba dividida en dos partes: una, insignificante, la isla de León, en que aquellas legislaban; otra, casi todo el país, en que se luchaba y moría. Con una frase certera, Carlos Marx ha pintado la ambición y la flaqueza de esas Cortes: "en la isla de León, ideas sin acción; en el resto de España, acción sin ideas" (6).

Ocho años más tarde, la sublevación del ejército que venía para América impuso al rey el respeto de la Constitución. Con esto de particular y significativo: aunque militarmente fué un fracaso la aventura de Riego, había ya un ambiente tan predispuesto a la revolución que hasta una falsa alarma fué suficiente para imponerla (7). El triunfo, con todo, duró muy poco (1820-1823). Ni en 1808, ni en 1812, ni en 1820, la burguesía comercial consiguió unificar en su batalla contra el feudalismo a todas las fuerzas dispersas que se consumían en España. Sin decisión y sin aliento, incapaz de imponerse con sus solas fuerzas, la burguesía continuó tullida hasta que encontró a mediados del siglo XIX el apoyo cada vez más vigoroso de una nueva clase social que empezaba a incorporarse.

(5) Fernández Almagro, obra citada, p. 111.

(6) Marx, loc. cit. pág. 131.

(7) Marx, idem, p. 189.

En los alrededores de 1830 aparecieron en España las máquinas de vapor, y desde esa fecha hasta finales del siglo, algunas regiones de la península entraron pausadamente por el camino de la industria. Si tomamos como índice de ese desarrollo el número de kilómetros de vías férreas, encontraremos algunas cifras elocuentes: en 1851, 50 kilómetros; en 1868, 5.400. Aunque sin prisa, como ya dijimos, el desenvolvimiento industrial dió origen a un proletariado cada vez más inquieto. Y tan combativo, además, que cuando en 1854 la burguesía mercantil e industrial se levantó otra vez contra el feudalismo católico, encontró en los obreros una acogida que a ella misma le asustó.

De ciudad en ciudad la insurrección se propagó victoriosa; pero en cuanto los generales que la dirigían obligaron a la reina a retroceder, se espantaron de tal modo de las exigencias obreras que renunciaron a su propia revolución y se pusieron de parte del feudalismo. El 28 de agosto de 1854 fué aplastada en Madrid una revuelta obrera que tenía por objeto exigir a la burguesía el cumplimiento del programa burgués: el famoso "programa de Manzanares" que Cánovas del Castillo redactó. "Queremos conservar el trono — se decía en ese documento — pero sin camarillas que lo deshoren. Lo que deseamos es la estricta observación de las leyes fundamentales, las cuales deben ser perfeccionadas, particularmente la ley electoral y la ley sobre la prensa. Lo que deseamos es disminuir los gastos del Estado, mediante la economía más severa. Queremos que en el ejército y en la administración civil sean tomados en cuenta los años de servicio. Queremos emancipar a los municipios de los efectos funestos de la centralización y establecer la necesaria autonomía local. Queremos, finalmente, como garantía de todo lo mencionado más arriba, el establecimiento de la Milicia Nacional". El documento terminaba pidiendo la creación de Juntas provinciales y la convocatoria de Cortes generales para que "el pueblo mismo — decía — siente las bases de su libre regeneración". Por este programa, nada audaz por supuesto, como que se podía realizar íntegramente sin herir de raíz el orden establecido, el pueblo de Madrid se batió tres días en las calles (Julio de 1854). Mas tan pronto la revolución triunfó, en vez de "organizar sobre bases firmes" la Milicia Nacional — única ga-

rantía del cumplimiento del programa — no se pensó en otra cosa que en arrebatar las armas que el pueblo había esgrimido. Y es que en “el pueblo” de que tanto hablaba la burguesía, los obreros comenzaban a formar el principal contingente del ejército democrático.

En las revoluciones del 68 y del 73 se repitió el proceso similar. Con esta diferencia que le dió fisonomía más moderna: la gran burguesía y la pequeña burguesía, que hasta entonces marchaban a igual paso, emprendieron caminos diferentes. Contra la monarquía de Isabel II, Prim consiguió unificar todas las fuerzas antifeudales del país. Su grito de “¡Abajo lo existente y Cortes Constituyentes!”, prometía algo más que un “pronunciamiento” de generales; como los veintiún cañonazos de la flota de Cádiz, anunciaron algo más que la caída de una reina: invitaban nada menos —para usar las palabras del manifiesto— a que “la nación recobrar su soberanía”. Aunque victorioso, el general Prim no se atrevió a imponer la república (8). Fué entonces cuando un representante decidido de la pequeña burguesía, el periodista Paul y Angulo, lo asesinó. La muerte de Prim vino a revelar que si para asaltar el poder la burguesía había contado hasta entonces con la pequeña burguesía, desde ahí en adelante era ésta la que se decidía a tomar la delantera (9).

En lucha ahora contra el feudalismo y la gran burguesía, pero empujada a su vez por la clase obrera, la pequeña burguesía, en 1873, hizo inevitable la república. Y sucedió entonces la otra diferenciación que nos falta: la clase obrera se apartó de la pequeña burguesía como ésta se había separado de la grande. Durante el mes y ocho días que Pi y Margall estuvo en el gobierno, la pequeña burguesía mostró toda su fuerza y sus defectos: por un lado, su

---

(8) “Prim tuvo sus vacilaciones; a la caída de Napoleón III es indudable que pensó en proclamar la República. Desistió quizá por miedo; tal vez por no haber visto en la de Francia la decisión y el empuje que tenía”. Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo V. pág. 50.

(9) Ver un análisis rápido pero certero en Joaquín Maurín, *Los hombres de la dictadura*, pág. 28 y siguientes, editorial “Cenit”, Madrid 1930.

capacidad para empujar a la gran burguesía y decidirla; por el otro, sus vacilaciones y escrúpulos para conducir hasta el fin una gran revolución en la que han echado su fuerza los obreros. Las circunstancias habían puesto la dictadura revolucionaria en manos de Pi y Margall. Ninguno con más autoridad para ello. "Entre todos los republicanos destacados — dice Engels — Pi era el único socialista; el único que se daba cuenta de la necesidad de consolidar la república apoyándola en los obreros" (10). Presentó, en efecto, un amplio programa de reformas sociales (11). "Son las revoluciones políticas — decía — la guerra de clase a clase... Las clases jornaleras tienen hoy el mismo instinto, los mismos deseos, las mismas aspiraciones que tuvieron las clases medias. Y bien, nosotros no podemos resolver todos los grandes problemas que esto trae consigo; pero, ¿quién duda que podemos hacer algo en ese sentido? ¿Quién duda que podemos, cuando menos, realizar las reformas verificadas en otros pueblos...? Entre jornaleros y capitalistas hay una lucha que se verifica de diversas maneras, pero que se revela principalmente por las huelgas, medio esencialmente perturbador que trae consigo grandes abusos... ¿No hemos de poder convertir esta lucha en otra más legal y pacífica? Sustituyamos a las huelgas con jurados mixtos, compuestos de obreros y fabricantes, para resolver todos los problemas relativos a las condiciones del trabajo".

El programa era extraordinario para España, y hubiera significado un adelanto enorme si Pi y Margall hubiera sido capaz de imponerlo y el proletariado capaz de esperar. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

Pi y Margall aspiraba a que el proceso continuara dentro de la legalidad y el equilibrio: su hijo, que ha narrado este período de su vida, nos lo pinta en esta frase: "enojosa, pero constante preocupación fué en él, desde el día de la proclamación de la república, la de apagar las impacencias de sus correligionarios" (12). Aunque contaba con su viva simpatía, Pi y Margall se encontró

(10) Engels, *Los bakuninistas en acción*, "La internacional comunista", 1 de junio de 1934, p. 301.

(11) Está reproducido íntegramente en Pi y Margall, obra citada, tomo V., pág. 207 y siguientes.

(12) Pi y Margall, obra citada, tomo V, pág. 253.

de pronto con otra revolución que él no había autorizado (13): los cantones se adelantaban (14) al trabajo de las Cortes e intentaban por su cuenta lo que se llamaba en esa época "la emancipación inmediata y completa de la clase obrera". Con un heroísmo tan extraordinario como inútil — inútil por lo precoz del movimiento y la falta casi completa de organización — la clase obrera española planteó por vez primera la revolución.

Al mismo tiempo que se alzaban los cantones del Mediodía, el movimiento carlista, profundamente absolutista y católico, y que había hecho de una cuestión dinástica la bandera de la extrema derecha — levantaba en el Norte contra la joven república el fanatismo de sus ejércitos. Entre la extrema derecha y la extrema izquierda, la república no vaciló: saltando por encima de Pi y Margall, que renunció, se lanzó contra los obreros, a quienes consideraba un peligro mayor que los carlistas. Para la burguesía española del 73, como para la francesa del 71, el enemigo entrañable residía en el obrero. "Mis sucesores — escribió Pi y Margall en una página amarguísima — se decidieron a dominar las insurrecciones republicanas sólo por el hierro y el fuego. Pretendieron que debían combatirlos antes y con más encarnizamiento que la de Don Carlos, y llegaron a considerar vergonzosa y en desdoro de su autoridad toda transacción con los rebeldes" (15). La represión fué feroz: a Salmerón y a Castelar les correspondió la triste gloria de aplastar, primero, la insurrección obrera y de arrojar, enseguida, a la república a los pies otra vez del viejo amo.

Cuando a comienzos del siglo XIX, la burguesía se levantaba en las Cortes de Cádiz para desafiar a los feudales, ya la vimos que no pensaba en otra cosa que en retener con sus "frenos" al absolutismo. Ahora que el siglo comenzaba a declinar, la hemos visto arrojándose en brazos de su viejo enemigo porque ya había llegado ese momento de su vida en que el proletariado le asusta más que los feudales.

(13) Pi y Margall, *Idem*, tomo V., pág. 334.

(14) *Idem*, tomo V., pág. 408.

(15) *Idem*, tomo V., pág. 297.

## 2o. El proletariado del siglo XIX

Los primeros libros españoles inspirados por el socialismo utópico aparecieron en 1839. El exiguo desarrollo de la industria — pequeños talleres, sin empresas gigantes con grandes concentraciones obreras — dificultó la formación de una clara conciencia proletaria. Mantuvo al obrero dentro del ámbito burgués y le impidió abarcar en su totalidad los problemas específicos de su clase.

A los pocos días de ser elegido presidente de la "Asociación del Arte de Imprimir", el 10 de mayo de 1874, Pablo Iglesias se encontró con una atmósfera extraordinariamente hostil. Y cuando se dió a averiguar los motivos de ese cambio, incomprensible para él, se encontró que el enfriamiento obedecía a este detalle que vale por muchas explicaciones. En el número del "Boletín" de la Asociación donde se dió la lista de la comisión recientemente elegida, todos los nombres iban precedidos del "don"; pero a partir de ese día — por sugestión de Pablo Iglesias, según se suponía — en vez de "don" se leía "compañero"... (16) Había bastado suprimir el "don" para que los "señores" del pequeño taller se disgustasen...

En esas condiciones se comprende que haya sido Bakunin y no Marx el jefe espiritual del proletariado español durante el siglo XIX. Fué un amigo de Bakunin, el diputado italiano José Fanelli, el que organizó a fines de 1868, en Madrid, primero, y en Barcelona después, las primeras Secciones de la Internacional de los Trabajadores, cuyo consejo general inspirado por Marx residía en Londres. Pero, buen bakuninista, como ya dijimos, Fanelli fundó al mismo tiempo que las secciones de la Internacional los núcleos secretos de la "Alianza de la Democracia Socialista" que Bakunin inspiraba desde Suiza. De las dos grandes corrientes que ya dividían en Europa el movimiento obrero, una de ellas — la bakuninista — fué por lo tanto la primera que llegó a España y la que encontró de inmediato — dado el escaso desarrollo del proletariado industrial — un ambiente particularmente propicio a su desarrollo (17). En oposición a la corriente marxista que aconse-

(16) Morato, Pablo Iglesias, educador de muchedumbres, pág. 59 editor España Calpe, Madrid, 1931.

(17) Anselmo Lorenzo, El proletariado militante, p. 30 y s., edición Antonio López, Barcelona, sin fecha.

jaba a los obreros una activa lucha política al servicio, naturalmente, de los intereses de su clase, para eliminar así algunos de los obstáculos que impiden su emancipación; la corriente bakuninista predicaba la abstención política y prohibía intervenir en las revoluciones que no tuvieran por objeto "la emancipación inmediata y completa de la clase obrera" (18). En un ambiente como el de la España de entonces, la doctrina y la táctica de Bakunin fueron una verdadera desdicha. En un ensayo justamente célebre (19), Engels ha estudiado los efectos de ese bakuninismo en el levantamiento de los cantones españoles en el verano de 1873. Abandonados por los jefes de la "Alianza" que aconsejaban la "abstención", los obreros participaron a ciegas en las elecciones de las Constituyentes, y como ocurre en esos casos, confiaron su representación — son adjetivos de Engels — "a los más descabellados embusteros" (20). Antes que apoyar a Pi y Margall para obtener de él todas las reformas de orden social que en ese momento la pequeña burguesía podía dar a la clase obrera, se pusieron al servicio de los llamados "radicales intransigentes". Y cuando vieron que estos a su vez los dominaban, los jefes de la Alianza declararon la huelga general. Con lo cual ocurrió que Barcelona, la ciudad industrial más importante, no participó de la insurrección de los cantones. La insurrección obrera se fragmentó en una multitud de pequeños focos y la ciudad que hubiera podido encabezar el movimiento se cruzó de brazos en una huelga absurda, asegurando de ese modo, sin quererlo, la victoria de Madrid.

Anarco-sindicalista en sus comienzos, el movimiento proletario reflejaba necesariamente el atraso económico que ya hemos visto en toda España. La "oposición al Estado", la "oposición a la política" y la frecuencia de las "huelgas generales" — decretadas a veces sin ton ni son — han malgastado durante años la combatividad extraordinaria del obrero español y del pequeño campesino. A pesar de un heroísmo individual que no puede inspirar sino el respeto, la energía revolucionaria se derrochó — esa es la pala-

---

(18) Engels, loc. cit. N° 6, 15 Mayo de 1934.

(19) Se publicó en español como ya habrá advertido el lector en los números 6, 7, 8 y 9 de la "Internacional comunista", año 1934.

(20) Engels, loc. cit., N° 7, pág. 301.



bra — en levantamientos muchas veces improvisados y casi siempre estériles.

A pesar de los esfuerzos de Lafargue — que vivió en España — y de la formación posterior del Partido Socialista — cuyo primer congreso se realizó en 1888 — el control del movimiento obrero quedó durante todo el siglo XIX en manos de los anarquistas.

Este “esquema brevísimo” — como diría Wells — nos permitirá comprender las graves contradicciones que trabajaban a la España del siglo XIX.

Por un lado, el feudalismo monárquico y clerical que continuaba en el poder como si en España el tiempo no corriera; por el otro, una burguesía comercial e industrial, de escasísimo volumen, sometida en lo esencial al imperialismo de Inglaterra y que no podía desarrollarse, por lo tanto, sino en la medida en que no perjudicara a dicho imperialismo. Y frente a los dos, un campesinado miserable y un escaso proletariado industrial, combativo y resuelto, pero con una táctica aturdida y una doctrina insuficiente.

### 3o. Contradicciones de la España anterior a la Gran Guerra.

Hasta este momento hemos visto en grandes líneas y a través de un “corte longitudinal” lo más característico del proceso español anterior a la Gran Guerra. Vamos a hacer ahora — en fuertes síntesis, también — un “corte transversal” del mismo proceso para comprender mejor esas contradicciones de que hablábamos.

La monarquía feudal estaba apoyada por los grandes terratenientes, la iglesia, el ejército y la burocracia.

El latifundio daba, y continúa dando, un sello especialísimo a la economía española. Cincuenta mil personas, entre los 24 millones de habitantes, poseen todavía un poco más de la mitad de España (21).

(21) Ver *Pages Espagnoles d'octobre*, “Editions Sociales Internationales”, París, 1934.

	Número	Hectáreas por individuo	Hectáreas por categorías	Porcentajes de la superficie
Grandes propietarios . . .	50.000	464	23.200.000	51,5
Medianos „ . . .	700.000	22,6	15.800.000	35,2
Pequeños „ . . .	1.000.000	5	5.000.000	11,1
Campesinos pobres . . .	1.250.000	0,4	1.000.000	2,2
Proletarios agrícolas . . .	2.000.000	—	—	—
Total . . . . .	5.000.000		45.000.000	

No nos extrañe, pues, si en esas condiciones, según la estadística del Ministerio de Fomento, en 1898, el 48 o|o de la tierra se quedara sin cultivar.

En cuanto al 52 o|o que se cultiva, los procedimientos de explotación son tan atrasados que las cosechas apenas si dan lo suficiente. Lluvias escasas, grandes cambios de temperatura, irrigación artificial casi inexistente, hacen que la agricultura española dependa, como en la Edad Media, de la buena o mala voluntad de Dios. Cuando el campo español estaba en manos de los árabes, el extraordinario sistema de irrigación que ellos aplicaron no sólo aseguraba cosechas magníficas, sino también el florecimiento de las ciudades. Cuando esas mismas tierras fueron conquistadas por la nobleza, las grandes familias que se las repartieron fueron incapaces de cultivarlas. Y, además, les convenía no cultivarlas demasiado. En un país sin industrias, en que toda la riqueza consiste en los productos de la tierra, no puede ser sino perjudicial para los grandes propietarios cualquier sistema de irrigación o de abono que al aumentar la cosecha traería una baja de los precios. Y ahora empezamos a comprender por qué los latifundistas españoles del siglo XVIII, como los del siglo XIX, se oponían a abrir canales que contrariaran la voluntad de Dios... Para no contrariar a esa voluntad, que por rara casualidad coincidía con sus intereses, los latifundistas prohibían mediante derechos de aduana exorbitantes la entrada de productos alimenticios del extranjero. Y mientras por un lado mantenían la agricultura de un país esencialmente agrícola como España, en un atraso para ellos provechoso, defendían por

el otro con tarifas aduaneras prohibitivas, el alto precio de los productos (22).

Gran señor terrateniente entre señores terratenientes, la Iglesia Católica está íntimamente unida a la nobleza feudal y comparte con ella la dirección de la política. Si fuerte había sido siempre, más llegó a serlo en el curso del siglo XVII cuando pasaron a sus manos casi todos los bienes de los herejes que con tanto celo, espiritual y temporal, perseguía y despojaba. A pesar de que en esa época las Cortes de la burguesía no eran más que un recuerdo, las de Madrid en 1626 se atrevieron a pedir — claro está que sin éxito — que se detuviera de algún modo el poder de la Iglesia. En ese documento, de un enorme valor, se decía que casi no pasaba un solo día sin que a algunos laicos se les quitara la fortuna en beneficio de la Iglesia, y que ese abuso había llegado a un grado tal que había entonces en España más de nueve mil monasterios (23). Si se añade a eso que varios siglos de Inquisición habían incrustado en el espíritu público la conveniente creencia que ningún español de fortuna puede ser considerado ortodoxo si no regala a la Iglesia, por lo menos, el tercio de sus bienes (24), es fácil imaginar el poderío de semejante institución. A principios del siglo XIX, ascendían a 266.000 personas todas las categorías del clero y sus sirvientes. “Tan enorme cifra de gente inútil” — para usar las palabras de Pi y Margall — poseía en esa misma época la cuarta parte del valor territorial de toda España (25).

Pero la Iglesia no se contentaba con ser la más rica propietaria de España. Invirtiendo con habilidad su fortuna inmensa, ha sabido adaptarse a la evolución del capitalismo. La Orden de los Jesuítas, por ejemplo, poseía el Banco Urquijo, en Madrid, con un capital de 125 millones de pesetas; banco que controlaba, a su vez,

---

(22) Varga, *España en revolución*, en “La Correspondencia Internacional”, número del 16 de junio de 1936, pág. 292 y siguientes.

(23) Buckle. *Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo IV., p. 55, traducción de Baillet, editor Flammarion, París, sin fecha.

(24) Idem pág. 168. Ver también nota 2.

(25) Ver detalle en Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo I, p. 270, editor Seguí, Barcelona 1902.

a 4 bancos provinciales con un capital de 85 millones. Fuera de eso, los jesuitas eran propietarios de los ferrocarriles del Norte, de la compañía de navegación "La Transatlántica", de varias usinas en Barcelona, de casi todos los naranjales de Andalucía, de las minas de las provincias vascas y del Rif (26). Innecesario agregar que todo inventario es siempre inferior a la realidad, pues en previsión de riesgos posibles, numerosas riquezas han sido colocadas bajo el nombre de amigos obsecuentes o testaferros dóciles.

Aparte de su excesiva frondosidad — antes de la muerte de Felipe III la catedral de Sevilla ya tenía un centenar de capellanes en vez de la media docena que los oficios requerían (27) — el clero español tiene un rasgo característico que ha conservado de las épocas feudales: su carácter militar y combativo. En todas las revoluciones por que España ha atravesado, el clero ha luchado con las armas, ya sea participando junto a los combatientes o haciendo fuego con disimulo desde las iglesias y los monasterios. Todos los incendios de conventos que acontecen al día siguiente de las insurrecciones populares, y que tanto saben explotar los religiosos para acentuar su palidez de mártires, obedecen a que los conventos y las iglesias desempeñan además de sus funciones relativas al culto, una función militar no menos eficaz: por su situación, su armamento y sus subterráneos se transforman en el momento oportuno en inexpugnables fortalezas. Entre centenares de testimonios que certifican el carácter militante del clero español hay uno en las "Epístolas" de Guevara que no deja de tener cierto humorismo, y que si era exacto en el siglo XVI no por eso ha perdido su valor en el actual. "En el combate que dieron en Tordesillas contra los vuestros — escribe Guevara — vi con mis propios ojos a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta detrás de una almena; y el donaire era que, al tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota" (28).

El ejército, que seguía a la Iglesia en su situación de privilegio, tenía un carácter parasitario no muy diferente al de esta últi-

(26) Maryaud, *L'Espagne au XIXème siècle*, pág. 189, nota 2.

(27) Buckle, obra citada, tomo IV, pág. 56 y nota 2.

(28) Azaña, *Plumas y palabras*, pág. 67, nota 1.

ma (29). En 1898, para un efectivo de 30.000 hombres, figuraban 500 generales, 580 coroneles, 22.000 oficiales... Como no había hombres a quienes pudieran mandar tantos oficiales, se solucionó el problema creando "regimientos" de infantería con 80 soldados y regimientos de caballería sin caballos (30)... Lo cual no impedía que en el Ministerio de Guerra, el servicio de cría caballar costara 18 millones de pesetas al Estado. Y como con esos 18 millones el ejército adquiriría 4.000 caballos al año, cada caballo resultaba a un poco más de 4.000 pesetas (31). Inútil decir que si eso ocurría en la caballería, exactamente lo mismo pasaba entre los artilleros. En 1908, la artillería gastó millones para proveerse a la moderna. Lo cual no impidió que en Marruecos los moros les disparasen con cañones tomados a los franceses que alcanzaban dos veces más que los de España (32)...

La burocracia de la monarquía española constituía, finalmente, un apéndice importante del feudalismo. La novela y el teatro han difundido ampliamente la figura del "cacique", funcionario de provincia, generalmente propietario o administrador de un propietario importante, que mantenía a su región bajo una verdadera tiranía. Desde el cacique de aldea hasta el cacique de distrito y desde el cacique de provincia hasta el de Madrid, el régimen caciquil —superpuesto al feudal y a su servicio— constituía una vasta jerarquía que atravesaba toda España y sólo en el rey se detenía. Lo que en sueldos se gastaba para ubicar y proteger a los amparados del caudillo, es imposible calcular. No había noble arruinado o en situación difícil que no buscara en el Estado la pensión de un alto puesto, y como el tren de vida a que la sangre le obligaba, no podía contentarse con la insignificancia del sueldo, quedaba abierto siempre para la coima, y el cohecho, un amplísimo portal.

---

(29) Véase en Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo 1, pág. 265, la frondosidad del presupuesto militar a comienzos del siglo XIX.

(30) Azaña, *Una política*, pág. 145, editor Espasa-Calpe, Madrid, 1933.

(31) Azaña, *Idem.* pág. 152.

(32) Azaña, *Idem.* pág. 154.

Instrumento político de primer orden, el cacique de provincia o de distrito constituía para el campesino algo así como un instrumento de la Providencia. La inundación o la sequía, el incendio o el granizo, en una agricultura tan inferior como la española, representan fuentes perennes de zozobras que sólo la influencia o la bondad del cacique son capaces de calmar. Frente al dignatario de la Iglesia, que por lo común aconsejaba rogativas y procesiones, el cacique era la autoridad omnipotente que podía prestar dinero o conseguir subsidios.

Latifundistas, clero, ejército y burócracia, formaban en conjunto el edificio enorme que se mantenía casi por entero del trabajo campesino.

En oposición al campesino rico de la Rusia zarista, que tanta influencia tuvo antes y después de la revolución, el "campesino rico" casi no existe en España, y su intervención puede considerarse nula. En cambio, el campesino pobre —es decir el campesino que además de la tierra que posee o que arrienda, trabaja en otras partes como asalariado— ha desempeñado y desempeña un papel enorme. El nivel social que ocupaba puede deducirse del índice de mortalidad infantil en el campo actual. Para 1932, de cada 1.000 defunciones en Granada, 447 eran niños menores de cinco años (33). Aproximadamente cuatro millones de campesinos pobres vivían en una situación que es difícil distinguir de la miseria. Cuando después de pagar los impuestos, los intereses y los arrendamientos, algo les quedaba para comer, aquellos desdichados consideraban que no habían perdido el año.

Si esa era la situación de los campesinos que disponían de un pedazo de tierra, es de imaginar la situación de los obreros del campo, con salarios doblemente reducidos: porque son bajos y porque sólo les llega alrededor de 150 días en el año.

Esa situación del campesino — cuidadosamente mantenida por quienes la aprovechaban — trajo, como ya sabemos, el nulo o casi nulo desarrollo de la burguesía comercial e industrial. La capa-

· cidad de consumo de la gran mayoría de los trabajadores del campo para los productos de la industria no puede ser sino exiguas; y a su vez, el alto precio de los productos agrícolas hace igualmente exigua la capacidad de consumo de la pequeña burguesía, los obreros de la industria y los funcionarios inferiores. Para que el comercio y la industria prosperen es indispensable una reforma agraria que levante el nivel económico del campo. Pero esa reforma —está demás decirlo— no se realizará jamás mientras los terratenientes tengan en sus manos el aparato del Estado. Con la intención de arrebatárselo, la burguesía española realizó las inútiles tentativas que sabemos.

A fines del siglo XIX, el capitalismo de la libre concurrencia empezó a transformarse en el capitalismo monopolista cuya disolución trágica estamos sufriendo actualmente. España, que estuvo en el siglo XVIII bajo el control francés, entró desde mediados del siglo siguiente en la órbita del capitalismo inglés. Bajo el estímulo de los Bancos extranjeros (34) prosperaron las industrias de Asturias, Vizcaya y Cataluña. La guerra de Cuba le quitó a España sus últimas colonias y la obligó a buscar en su propio mercado o en el mercado latinoamericano, lo que el monopolio colonial ya no podía asegurarle. Un discreto florecimiento comercial e industrial creó, entonces, en España, una atmósfera cultural, como sólo había existido en los tiempos de Carlos III. Pero como el feudalismo convivía con la joven industria y la seguía dominando, se exacerbaban esas contradicciones que a tantos extranjeros asombraban: no muy lejos de Barcelona, con sus laboratorios y sus sabios, podían verse poblaciones como la de Vich con una iglesia por cada cuatrocientos habitantes...

Deseosa de una atmósfera propicia para su expansión, pero débil como clase social, y además escarmentada, la burguesía española ha preferido desenvolverse a comienzos del siglo XX sin atacar directamente al feudalismo. Y ya que los feudales de Andalucía y de Castilla mantenían a fuerza de derechos de aduana el alto pre-

cio de sus productos agrícolas, la joven industria de Cataluña resolvió seguir un camino similar. Pero las tarifas protectoras que la burguesía ha debido solicitar del Estado feudal, no han hecho más que reducir la capacidad del mercado interior, y entregarla maniata-da al feudalismo. Para desarrollarse, ya lo dijimos, la industria catalana necesitaba con urgencia la revolución agraria que aplastase en el campo al feudalismo. Mas tan pronto se decidía a enfrentar a los latifundistas de Andalucía y Castilla, estos le cerraban el paso de dos modos: o retirando las tarifas proteccionistas, con lo cual la industria española desaparecería bajo la competencia para ella insostenible del mercado mundial, o amenazando con un procedimiento más sutil: estimulando los movimientos obreros y los atentados terroristas. ¿Cuántas huelgas de Barcelona han respondido sin saberlo a una señal de Andalucía? Estas líneas de Cambó permitirán sospecharlo: "Si un día fuese posible conocer el origen de los atentados que segaron las vidas de Cánovas, Canalejas y Dato, se descubriría, a buen seguro, como no fueron extraños a aquellos crímenes los fermentos anarquistas que para combatir la realidad desconforme catalana, gobiernos conservadores y liberales fomentaron en Cataluña" (35).

Ese era el panorama español desde fines del siglo XIX hasta los días mismos que precedieron a la guerra del 14. La Gran Guerra, ya veremos por qué, alteró en favor de la industria el equilibrio de fuerzas que hasta entonces mantenía incommovible al feudalismo. Antes de seguir trataremos de precisar en lo posible las consecuencias de nuestro "corte transversal" de España: contradicciones propias del feudalismo que obstaculizan el desarrollo de la burguesía; contradicciones de una burguesía que aún no ha conquistado el poder en la etapa del capitalismo imperialista y a la cual le empieza a resultar incómodo su propio programa democrático; contradicciones de un movimiento obrero con escasa cultura política, sin un "estado mayor" esclarecido y que debe, para colmo, andar a empellones con una burguesía que no se decide a derribar el feudalismo porque prefiere tenerlo como aliado contra el común enemigo proletario.



### III. LA REPUBLICA DEL 14 DE ABRIL

#### 1o. España y la Gran Guerra

La guerra de 1914-1918 benefició en gran escala a la burguesía industrial y financiera de la península. La neutralidad política del Estado español estimuló a la industria local y la lanzó no sólo a proveer a los países en lucha sino a participar también en el mercado mundial que los imperialismos comprometidos en la guerra debieron descuidar. El resultado fué asombroso. El comercio español, que en 1913 daba una pérdida de 247 millones, en 1917 dió un excedente de 580 millones (1). La zona industrial de España se pobló de centrales eléctricas, los puertos se multiplicaron, centenares de sociedades anónimas aparecieron. Grandes fábricas reemplazaron a los pequeños talleres y empezaron a transformar, al mismo tiempo, el espíritu tan pequeño burgués del obrero español.

Ese año de 1917, que marcó la cumbre del desarrollo capitalista español, se reflejó políticamente en una nueva tentativa para abatir al feudalismo. El vuelo que las industrias empezaban a cobrar hacía ver de manera cada vez más imperiosa, la necesidad de arrancar el poder a los feudales, para adaptar la agricultura al nuevo momento del desarrollo económico. Con una agricultura en las condiciones feudales que conocemos, la industria se sentía trabada. La rivalidad económica del Norte contra el Sur — carbón, hierro y algodón, contra el aceite, el vino y el trigo — adquirió por momentos una violencia que presagiaba la insurrección. Si la industriosa Cataluña, con sus tejidos, hubiera formado bloque con la minería de Asturias y la metalurgia vizcaína, para librar batalla a los feudales de Andalucía, Galicia y Castilla, hubiera encontrado de inmediato el apoyo de la pequeña burguesía y del proletariado (2). La revolución democrática que la burguesía española fué incapaz de imponer en el siglo XIX parecía a la vista en el año de

---

(1) Les problèmes de la révolution espagnole, pág. 30 y sig.; edición de "Les cahiers de Contre Enseignement Proletarien", diciembre de 1931, París.

(2) Maurin, Los hombres de la dictadura, pág. 101 y siguientes.

1917. Los países en guerra pedían más y más. De un salto, la industria pasaba al primer plano de la economía nacional: primer plano que durante siglos había sido ocupado por los representantes de la gran propiedad. Los dueños de la tierra habían hecho y deshecho en España desde la derrota de los Comuneros. Sentían que había llegado su hora en ese año de 1917, que ya había visto en febrero venirse al suelo la dictadura absoluta de los dueños de la tierra en Rusia. La revolución de Kerensky exaltó el entusiasmo de la burguesía española. Si algo hacía falta para decidirla, ahí lo tenían ahora en el ejemplo de afuera. La "Liga Regionalista" de Cataluña ya no ocultaba su decisión de imponerse. Pero en el tiempo que transcurrió de febrero a noviembre, la revolución de Kerensky se transformó en la revolución de Lenín. Ese segundo paso en las revoluciones de la burguesía no podía tomar a nadie de sorpresa: se lo había visto en la revolución francesa del 48 y en la Comuna del 71. Con esta diferencia: que por primera vez en la historia del mundo se sabía que esta revolución de obreros y campesinos no se iba a quedar en la mitad del camino. Si la revolución de febrero enardeció a la burguesía española, la revolución de noviembre le cortó el aliento. Transformar las condiciones económicas de España seguía siendo indispensable, pero el sector de la industria comprendió sin esfuerzo que el sistema de las revoluciones tiene sorpresas imprevisibles. Y desde entonces, el espectro de una posible revolución a lo Lenín le impidió realizar su revolución a lo Kerensky. El año de su mayor florecimiento terminaba para la burguesía española como el año de los presagios siniestros. En noviembre de 1917, los industriales españoles resolvieron olvidarse de su revolución y formaron parte del Consejo del Rey junto a los viejos partidos hasta ayer enemigos.

El fin de la Gran Guerra terminó con la situación de privilegio que la neutralidad española había dado a la industria. En 1921 la balanza comercial señaló una caída vertical: el déficit volvía a ser de 500 millones. Los viejos imperialismos que salieron triunfantes de la guerra reconquistaban sus mercados, desalojando sin esfuerzo al imperialismo español. Las hidrocentrales de la península te-

nían ya muy poco que hacer; los puertos dormían en la soledad, y España se encontró al ser desalojada del mercado con una capacidad de producción muy superior a las posibilidades del país (3). Las fábricas de Cataluña y las minas de Asturias sintieron inmediatamente los efectos: millares de obreros quedaron sin trabajo. Con este agregado poco tranquilizador: si a la burguesía española la revolución rusa de noviembre le heló la sangre, a los obreros, por el contrario, les dió un ejemplo, una esperanza y un método. Industriales y feudales — mano a mano — trataron desde el gobierno de resolver su propia crisis. Y como las soluciones aconsejadas por los unos no complacían a los otros, la discordia entre los dos enemigos tradicionales recomenzó una vez más. Los agrarios aspiraban a reconquistar la totalidad del poder que los intrusos de los últimos tiempos querían compartir, y si pudiéramos reflejar en nombres propios las corrientes que se entrechocaban diríamos que lo que Cambó preparaba, Sánchez Guerra o Alba lo destruían. La clase obrera, mientras tanto, crecía en peso y en volumen. Ferozmente combatido en los años 1920-1921, el movimiento obrero renacía una vez más, poderoso y resuelto. Cogidos entre dos fuegos, los industriales que seis años antes, en pleno esplendor, suspiraban por una revolución, tramaban ahora, en plena crisis, la dictadura que los salvase. Los desastres en Marruecos que salpicaron a la monarquía y la dejaron en descubierto con su plena responsabilidad, vinieron a colocar de parte de la dictadura a los feudales amenazados. Y la dictadura de Primo de Rivera — 13 de septiembre de 1923 — nació así, de una alianza entre los industriales que no sabían resolver su crisis y los feudales que ya sentían crugir su trono. Preparando la mordaza al movimiento obrero, el 10 de marzo del mismo año, uno de los más capaces jefes sindicalistas, Salvador Seguí, cayó miserablemente asesinado. La dictadura pasó sobre su cadáver, alejó de un manotazo el control del Parlamento y un mal día se instaló en España.

---

(3) Varga, loc. cit., pág. 293.

## 2o. La dictadura de Primo de Rivera

Aunque poco después de su triunfo el mismo Primo de Rivera se compararía a Mussolini, lo cierto es que ni por su origen ni por su significación podría ser calificado de fascista; ni utilizó la demagogia que atrae a las clases medias y enceguece a los obreros, ni sirvió tampoco los intereses de una industria pesada que en España no existe. Si se analizan, en efecto, las cifras del comercio español se vé que aún después del desarrollo artificial que correspondió al período de la Gran Guerra, los dos tercios de lo que España exporta continúan siendo productos agrícolas. En igual forma un examen rápido de la industria española revela el considerable atraso de la producción metalúrgica, mecánica y química que son las que dan el tono a la gran industria contemporánea. En el bloque que inspiraba a Primo de Rivera — monarquía, ejército, agrarios, industriales — los últimos manifestaron públicamente “su adhesión intangible al programa de gobierno y de regeneración de nuestra patria” (4) que había publicado Primo de Rivera. Pero la industria ligera no puede hablar con la voz de los Thyssen o de los Krupp. Nada más lejos de su capacidad que el gesto iracundo capaz de imponer gobiernos, voltear ministerios, desencadenar guerras mundiales. Un aliado en el bloque en que seguían dominando los agrarios, — y un aliado predispuesto más a la sumisión que a la irreverencia — eso fué la industria ligera durante la dictadura. Acostumbrada a la protección del Estado y no pudiendo vivir sino a su amparo, la vida de la industria continuó dependiendo de las cuotas y de los aranceles: feliz si conseguía alguna nueva “protección”, despavorida si se la negaban. La monarquía había hecho y deshecho capitalistas como hacía y deshacía condes y marqueses (5). En nada varió a este respecto la conducta de la dictadura.

Durante seis años Primo de Rivera sirvió con bastante habilidad los intereses del bloque que lo apoyaba: a la monarquía, le ha-

---

(4) El manifiesto puede verse en Maurin, *Los hombres de la dictadura*, pág. 123.

(5) Falcón, *Crítica de la revolución española*, pág. 91, editor Aguilar, Madrid, 1931.

bia conservado la corona; al ejército le dió ascensos y victorias — con la ayuda, es verdad, de los franceses —; a los agrarios, les dió tranquilidad en el campo y una vasta riqueza en obras públicas; a los industriales, tarifas proteccionistas y reducción de los jornales obreros; a los banqueros, empréstitos incesantes. Tan frecuentes y copiosos que al comenzar el séptimo año de la dictadura, Primo de Rivera no tuvo más remedio que confesar el desastre de toda su política. El 1º de enero de 1930 le amargó a la burguesía española la fiesta de año nuevo declarando en un artículo de "A B C", de Madrid, que durante el período de su dictadura la deuda pública había aumentado en 5 mil millones de pesetas (6)...

Las crisis propia de España se complicaba ahora con la crisis general del capitalismo que había empezado en 1929. Fuerzas internas y fuerzas externas convergían en contra de la dictadura. Durante la etapa anterior a Primo de Rivera, la monarquía significaba "un equilibrio de los intereses agrarios, industriales y financieros con una ligera ventaja para los primeros. La industria podía desarrollarse solamente en la proporción que no significaba una destrucción del equilibrio creado" (7). Durante el período que fué de 1925 a 1928 la dictadura rompió ese equilibrio en favor del capitalismo industrial. Con un sistema proteccionista que no tuvo parangón, amparó a los industriales en detrimento natural de los agrarios. Hasta ese instante España seguía exportando sus productos agrícolas a Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y recibiendo de ellos artículos manufacturados. Desde ese instante el "nacionalismo económico" de la dictadura disminuyó la entrada de los artículos manufacturados extranjeros, con lo cual si bien protegía a las industrias nacionales obligaba a los agrarios a disminuir sus exportaciones. El trigo de Castilla, el aceite de Andalucía, la fruta de Levante son las tres ramas principales del cultivo agrícola. A las tres perjudicó la dictadura (8); las tres reaccionaron empezando a suspirar por la república.

Por otra parte, los grandes países industriales que apoyaron

(6) Araquistain, *El ocaso de un régimen*, p. 228, nota 1.

(7) Maurin, *La revolución española*, pág. 57, edición Centit, Madrid, 1932.

(8) Maurin, *idem*, pág. 63 y sig.

a la dictadura durante los comienzos, le retiraron su apoyo tan pronto apareció el "nacionalismo económico" a cerrar la entrada a sus productos.

La crisis del trigo, del aceite y de la fruta de que ya hablamos repercutió hondamente entre los trabajadores del campo. La caída de la peseta a consecuencia del desastre económico, con su repercusión sobre los salarios obreros, disminuídos ya en un 10 a 20 o|o por la dictadura, levantó de pronto poderosas huelgas obreras en Sevilla, Galicia, Barcelona y Bilbao. A las huelgas obreras respondió la pequeña burguesía con una campaña valiente y sostenida. Los grandes terratenientes, amenazados como nunca en sus intereses, comprendieron que la dictadura y la monarquía eran ya insuficientes para defenderlos; el ejército, a quien la victoria sobre los moros, que Francia impuso, le había quitado el paraíso permanente de la guerra colonial, se alejó cada vez más de la corona; los industriales, tan beneficiados por el dictador, se separaron también en cuanto vieron inminente la caída. Los mismos aliados que formaron el bloque inspirador de la dictadura se volvieron contra ella; pero el empuje de las masas obreras y campesinas les obligó a algo más. Si se recuerda que la primera insurrección contra la dictadura (Enero de 1929) tuvo como figura central a Sánchez Guerra, abogado de los terratenientes andaluces; si se observa que la segunda figura en torno de la cual comenzaba a cristalizar el descontento, era nada menos que Alcalá Zamora, gran latifundista de Andalucía, parecerá menos extraño lo que ahora vamos a decir: para continuar manteniendo el gobierno entre sus manos y salvarse a sí misma como clase social, la gran propiedad reconoció que debía sacrificar a la corona. De la noche a la mañana, los grandes terratenientes, monárquicos toda la vida, comenzaron a hacer galas de un republicanismo ostentoso. El problema consistía no en implantar la república, sino en lograrla de manera que no intervinieran las masas populares. En ese punto, los agrarios coincidían, ya lo veremos, con la burguesía y los socialistas. Ninguno de ellos, entiéndase bien, quería una revolución que implantara la República. Aspiraban tan sólo a un cambio de poderes, en el que la república sucedería a la monarquía como un gabinete a otro en cualquiera de las crisis de ministros. Cuando Sánchez Guerra intervino en el com-

plot de Valencia, exigió que no se movilizara para nada a los obreros. Ahora que el Comité Revolucionario tomaba las cosas por su cuenta, Alcalá Zamora se negó a darle un carácter popular al movimiento. La burguesía, por otro lado, no quería sino eso. Engrana hasta entonces en el sistema feudal, todos sus intereses estaban ligados a él. ¿Quién podría asegurar que la revolución una vez en la calle no arrasaría al mismo tiempo con el feudalismo y la burguesía? Las huelgas magníficas de los últimos tiempos, ¿no aparecían ya como un testimonio peligroso de la capacidad combativa de las masas obreras? Atraer a la causa de la república el mayor número posible de "elementos de orden" empezó a ser una preocupación constante del llamado "Comité Revolucionario". A tal punto que se ha podido decir con razón que "ser monárquico era entonces el mejor título para ocupar un puesto preponderante en las filas republicanas" (9). La labor de captación dentro del ejército obedecía a la misma orientación: se buscaban generales, se rechazaban capitanes. El desdichado capitán Galán, con su ímpetu revolucionario, "aterraba al comité" (10). Galán quería una revolución republicana; el Comité no aspiraba más que a un cambio de poderes. Galán, por otro lado, no ocultaba su desprecio por Alcalá y por Maura, y es posible que su anticipación al sublevarse obedeciera en buena parte a la convicción de que Alcalá era ya, en ese mismo momento, un traidor a la república que aún no había nacido.

Los socialistas, por su parte, le dieron al Comité una desvaída significación de izquierda, pero lo suficiente todavía para hacer creer a las masas obreras que estaban allí como una garantía. Organizado e inspirado por un obrero excelente, pero de cultura escasa y de inteligencia limitada, el Partido Socialista Español no ocultó jamás su desgano revolucionario. Refiriéndose a los otros partidos socialistas europeos que en el curso de los años habían suplantado las luchas de clase por la colaboración entre las clases, Lenin dijo una vez que la social-democracia reformista había convertido el vino generoso en vinagre barato. El Partido Socialista Español, es verdad, no pasó nunca por semejante evolución: desde el comienzo fue

(9) Falcón, *Crítica de la revolución española*, p. 24, editor Aguilar. Madrid 1931.

(10) Idem, pág. 36.

vinagre barato. “Yo recuerdo — ha confesado Largo Caballero — que, cuando entré en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista, todos íbamos, salvo alguna excepción, por sentimiento nada más, como protesta contra las injusticias de la clase patronal; pero no teníamos una base teórica, un verdadero conocimiento de nuestras teorías; no conocíamos bien lo que era el socialismo y el marxismo; pronunciábamos “el Socialismo” y el “marxismo” como podíamos pronunciar otras palabras; pero conocerlo a fondo, no lo conocíamos, porque no había entonces donde estudiarlo en España” (11). Sin violentar en lo más mínimo ni sus ideas ni su pasado, los jefes socialistas — aliados hasta ayer de Primo de Rivera — colaboraron en el difícil proceso de voltear sin revolución a una monarquía. El procedimiento fué encontrado: había que derribar a la monarquía mediante una elección, porque la elección era el medio más seguro para impedir la acción revolucionaria. El 12 de abril de 1931 votó contra la monarquía la totalidad de España: los feudales, la Iglesia, la burocracia, la burguesía, la pequeña burguesía, los campesinos y los obreros. El 14 de abril quedó proclamada la república. Extraña república que al nacer había derrotado, al mismo tiempo, a la monarquía y a la revolución.

### 3o. La República del 14 de Abril

En un ambiente festivo (12) había nacido la república: con los flecos de colores y los faroles de papel de las verbenas. Cantos, abrazos, banderas. “Nadie recordaba nada que pidiera venganza” (13). Desfiles regocijantes daban a España algo de la jovialidad de un carnaval, y para que nada faltara en semejante espectáculo, el

---

(11) Largo Caballero, *Discursos*, pág. 103, edición “Juventud Socialista”, Rosario, 1936.

(12) Azaña habla de esa “revolución” como de una “revolución singular, toda jovial” (*Una política*, págs. 50 y 136). Jean Cassou, que entonces estaba en Madrid, recuerda esos días del nacimiento de la Niña — como se llamaba a la República — con estos términos: “Journées de renaissance et de verbena”. (*Espagne nouvelle, France nouvelle, “Commune”*, Juillet 1936, París).

(13) Nelken, *Por qué hicimos la revolución*, pág. 20, “Ediciones Sociales internacionales”, Madrid, 1936.



tenor Fleta, del Teatro Real, fué a cantar la Marsellesa debajo de las ventanas de la Gran Peña, el más aristocrático de los casinos...

¿Qué era lo que el "pueblo" esperaba de la república? Al responder algunos meses después al señor Ossorio y Gallardo que le preguntaba cuál era su concepto sobre la revolución, el señor Azaña dijo: "Nosotros tenemos de la revolución el concepto de una obra de reconstrucción de la sociedad española; el concepto de una demolición de todas las partes viejas de la sociedad española: de una destrucción de todo lo podrido, de todo lo nocivo o arcaico de la sociedad y del Estado español, para sobre estas ruinas, construir una sociedad nueva desde los cimientos" (14).

"Desde los cimientos": eso era en realidad lo que se esperaba. Una revolución antifeudal iniciada cuatro siglos atrás por los Comuneros de Toledo y las Hermandades de Valencia. Bajo el auspicio de esas sombras gloriosas se colocaba el mismo Azaña: "Es una cosa que emociona —decía— pensar que ha sido necesario que venga la república en 1931 para que en la Constitución republicana se consigne por vez primera una garantía constitucional (la garantía de la libertad individual) que los castelláneos pedían a su vez en 1521" (15).

Republicano sincero, pero con todas las incapacidades de la pequeña burguesía, el señor Azaña creía de verdad en lo que estaba diciendo. Para él una nueva era comenzaba en España; y bastaría que las Cortes sancionaran la Constitución que tenían entre manos para que la república española se mostrara incommovible. Algunos años atrás, sin embargo, el mismo Azaña había escrito a propósito de la Junta revolucionaria que dirigió la revolución de los Comuneros: "La candorosa Junta confió en la generosidad de la Corona. Pendiente la guerra, envió al César la Constitución, suplicándole que la aprobase. Don Carlos quiso degollar a los diputados de la Junta. Si se hubiesen preocupado de ganar primero la guerra y de ganarla a fondo, como pudieron, las Cortes habrían

---

(14) Azaña, *Una política*, p. 693.

(15) Azaña, *Una política*, págs. 437-438. En igual sentido, página 374. El recuerdo de los Comuneros ha sido muy vivo en el movimiento liberal español. En 1820 tuvo actuación una logia de tipo masónico que llevaba por título "De los Comuneros o hijos de Padilla". Ver Pi y Margall, obra citada, tomo II, p. 253.

votado muy holgadamente cuantas leyes quisiesen... Los españoles de 1814, de 1823, que también tenían Cortes enemistadas con el rey, no supieron la lección. Presumo que mis contemporáneos todavía la ignoran" (16). El mismo Azaña iba a demostrar que la ignoraba. Porque si antes del 14 de abril, el monarca "reinaba" en nombre del feudalismo católico y del capitalismo industrial y financiero; después del 14 de abril, Alcalá Zamora — gran cortijero y fervoroso creyente — había empezado a gobernar en nombre del capitalismo industrial y financiero con el apoyo del feudalismo católico... (17).

Para la pequeña burguesía, sin embargo, la Constitución de 1931 había implantado la república. Su máximo representante, el señor Azaña, en el prólogo al libro en que reunía sus discursos de dos años (18) advertía a los lectores que la producción correspondía a dos épocas: la que va de la república "anunciada" a la república "lograda". Fernando Lasalle nos ha enseñado, sin embargo, que hay constituciones de papel y constituciones reales, y que aquellas sólo valen cuando traducen en lenguaje jurídico una constitución que ya está escrita en los hechos. "Si ustedes — decía Lasalle — tienen en el jardín un manzano sobre el cual colocan un cartel con la siguiente leyenda: es una higuera, ¿el árbol se transformará por eso en una higuera? No. Y ustedes podrán reunir a todo el país y hacer jurar solemnemente a todos los habitantes que es una higuera: el árbol continuará siendo lo que era y al año siguiente se verá que da manzanas y no higos" (19).

En lo que nos queda de este capítulo vamos a ver con qué sorpresa, la pequeña burguesía y una parte de las masas obreras y campesinas descubrieron que en el jardín de la república española continuaba dando manzanas la higuera del señor Alcalá.

---

(16) Azaña, *Plumas y palabras*, p. 59.

(17) No necesito decir que estoy, en este punto, en total desacuerdo con Antonio Ramos Olivera para quien la pequeña burguesía gobernó durante los dos primeros años de la república española. Ver *La revolución de Octubre*, pág. 71, editorial "España", Madrid, 1935:

(18) Una política, varias veces citado.

(19) Lassalle. De la esencia de una Constitución, en "Dialéctica", N° 5, pág. 225, Buenos Aires.

La república de Alcalá-Azaña-Largo Caballero no resolvió ni uno solo de los grandes problemas que habían levantado contra el feudalismo a las masas obreras y campesinas, y a los núcleos más progresistas de la pequeña burguesía: ni el problema agrario, ni la cuestión obrera, ni los reclamos de las nacionalidades, ni el oprobio permanente de Marruecos. En millares de discursos y centenares de proyectos se prometió a las masas campesinas y obreras el reparto de las tierras y la mejora en los jornales. Pero las "reformas" que se sancionaron no fueron nada más que humo y bambolla. La república del 14 de abril no pensaba en atacar ni a la gran propiedad, ni a la Iglesia, ni al ejército. Aquí o allá, es verdad, se "expropió con indemnización" alguna finca; se toleró el asalto de unos cuantos conventos; se dispuso el retiro "con pensión" de varios altos jefes; se quitó a la Iglesia, en el papel, el monopolio de la enseñanza; se distribuyó algún subsidio a los desocupados... Pero ninguno, absolutamente ninguno de sus compromisos, se cumplió al pie de la letra.

Todo el mundo esperaba que las Cortes recién reunidas empezarían a trabajar con el ímpetu de la Convención en 1793; a realizar, en fin, todo lo que no pudo ni la Junta Central en 1808, ni las Cortes anteriores de 1812. Pero el mismo señor Azaña, que se las daba de jacobino (20), se adelantó a decir que era "una frivolidad" imperdonable suponer que las Cortes pudieran convertirse en Convención... (21).

Las Cortes, es cierto, juzgaron al rey, pero lo condenaron a una pena moral.

La Iglesia fué separada del Estado. Pero ninguna orden religiosa fué expulsada; ni siquiera la Orden de los Jesuitas que en otros tiempos arrojó de España Carlos III, el rey muy cristiano.

La escuela fué declarada laica. "Pero desde que advino la república no hubo un solo ministro de Instrucción Pública que pudiera sustituir en la enseñanza a las Ordenes religiosas. En cuanto lo intentaba, caía" (22).

(20) "La República —decía— tiene derecho a ser respetada, y si no fuese respetada, el Gobierno la hará temer". "Mi criterio se expresa en la acción de Pedro Crespo, que era alcalde popular: Si alguien derriba la silla, yo derribaré la mesa". Azaña, *Una política*, págs. 105 y 55.

(21) Azaña, *ídem*, pág. 53.

(22) Ramos Oliveira, *La revolución española de octubre*, p. 36.

La Guardia Civil era uno de los instrumentos de la monarquía que más rencor despertaba. Brutales, tiránicos, arbitrarios, los "civiles" eran el terror de los obreros y los campesinos (23). A los niños traviesos cuando se los retaba, las madres les decían: "eres peor que los civiles". Y a esos "civiles" que el pueblo odiaba, la república, con ligerísimos retoques, los recogió en su seno. "La Guardia Civil — decía el señor Azaña en la sesión de Cortes del 6 de enero de 1932 — tiene por espíritu la obediencia ciega al poder constituido, y lo mismo que obedeció, ciegamente, a la monarquía, obedece hoy ciegamente a la república... En la Guardia Civil no existe el menor espíritu de hostilidad, de rebeldía, de resistencia, de desamor o de disgusto al régimen establecido" (24).

El ejército fué reformado. ¡Ah, la reforma del ejército! El señor Azaña, que era el estadista de la joven república, venía trabajando desde hacía diez años en la reforma del ejército. Cuando pudo realizarla, se las arregló de tal manera que los que pensaron ver en él a un Lázaro Carnot — ya que no a un Trotzky — se encontraron completamente defraudados. El señor Azaña — el "coronel Azaña", como le dicen sus amigos — no rompió los cuadros del ejército monárquico para reemplazarlos por cuadros populares. Se limitó a podar la frondosidad de su burocracia — como ya en 1906 lo había propuesto el general Luque (25) — y a separar a algunos jefes excesivamente comprometidos con Primo de Rivera. Diez mil oficiales, de los 22.000 de antes, pasaron a retiro — con las pensiones por supuesto —; quedaron reducidos a 90, los 300 capellanes de otros tiempos; los regimientos de caballería tuvieron caballos... Pero lo esencial del ejército, como lo esencial de la Guardia Civil — su espíritu de clase — continuaba tan intacto que sólo pudo asombrar a los pazguatos la sublevación militar del 10 de agosto de 1932 (26).

---

(23) Véase algunas escenas elocuentes en la novela de Joaquín Arderius, *Campesinos*, editorial "Zeus", Madrid, 1931.

(24) Azaña, *Una Política*, pág. 224, 225.

(25) Marraud, *Obra citada*, pág. 197.

(26) Ver un rápido perfil de Azaña, en general exacto, en Gorkin, *Retrato político de Azaña*, "La nueva Era", Barcelona, Junio de 1936.

De la Reforma Agraria (27) se hablaba también desde la mañana hasta la noche. Funcionó, es cierto, y muy temprano, un "Instituto de Reforma Agraria", con numerosas filiales, altos funcionarios, jefes y subjefes. Pero cuál era el sentido que animaba a la Reforma puede verse sin tapujos en estas palabras de Alcalá Zamora al presentar el proyecto de Reforma (25 de abril de 1931): "La reforma agraria tiene por objeto prevenir el peligro que amenaza el orden social que nosotros tenemos interés en defender" (28). Y en cuanto a los resultados prácticos de la misma y a la celeridad con que fué aplicada puede servir de indicio esta otra declaración terminante: a los tres años de república, el señor Filiberto Villalobos, siendo ministro de Instrucción, declaró que en su provincia, Salamanca, sólo se había dado tierras a cinco campesinos... (29).

Por lo que concierne a la cuestión nacional — Vasconia, Galicia, Cataluña — todo quedó como estaba. Y en cuanto a la vergüenza de Marruecos, se puede medir hasta donde se intentó resolverla si se recuerda que el general Sanjurjo, jefe de la odiosa guardia civil bajo la monarquía, pasó a ser el "alto comisario" de la república en Marruecos...

Los tilingos dijeron que la república del 14 de abril había sido "la más hidalga de las revoluciones", porque había sido una revolución dentro de la "juridicidad" (30). Está, sin embargo en la memoria de todos, en que forma respondió la república a las primeras manifestaciones del desencanto obrero y campesino: fusilando en España a las masas huelguistas, como Sanjurjo fusilaba en Tetuán a las masas indígenas. Castiblanco, Arnedo, Casas Viejas... ¿para qué seguir?

---

(27) Azaña, *Una Política*, pág. 38, dice que es el problema más urgente (17 de julio de 1931).

(28) Varga, *esc. cit.*, pág. 299.

(29) Ramos Oliveira, obra citada, pág. 174.

(30) Marañón llama a la "revolución" de abril, "modelo en la historia del mundo". Más adelante insiste sobre el hecho extraordinario de que se desarrolló "dentro de las normas jurídicas que suelen eclipsarse en las demás revoluciones". Ver la colección ¿"Adónde vá la república?", págs. 10 y 31.

A pesar de la abundante fraseología de izquierda, y la hubo a torrentes, el gobierno republicano de Alcalá-Azaña-Largo Caballero repetía una situación similar a la de los gobiernos que en el 54, el 68 y el 73, se mostraron incapaces de imponer una "democracia" de la que empezaban ya a renegar. Las leyes llamadas de "orden público" y "contra la vagancia", la ley sobre el "arbitraje obligatorio" y sobre "las huelgas" fueron de un clarísimo sentido antiproletario. En vano la joven república continuaba empavesada con varios ministros socialistas. A cada delegación obrera que iba a solicitar mejoras, Largo Caballero le decía: "Amigos míos, tenéis que seguir sacrificándoos por la república. Nada de huelgas, ni de quejas, ni de protestas. Lo primero, ahora, es consolidar el régimen" (31). Y cuando le llegaba el turno a Indalecio Prieto, sermoneaba así: "Los pueblos deben pedir al poder público y este debe cumplir sus promesas; pero antes han de hacer los pueblos otra promesa solemne: la de sacrificarse, la de callar resignadamente, si no llega lo que se esperaba o llega con atraso" (32). ¿Qué era, pues, lo que ocurría? "El Socialista", del 27 de marzo de 1932 lo dijo sin eufemismos: "La colaboración leal de nuestros ministros, en el gobierno republicano burgués, implica un sacrificio de cada uno de nuestros principios y de muchas de las conveniencias de los proletarios. Ellos, los ministros socialistas, ponen su inteligencia y actividad en estos momentos al servicio de la causa burguesa" (33).

Las elecciones legislativas de noviembre y diciembre de 1933 demostraron hasta donde había llegado la conducta antidemocrática de la república; hasta donde ésta se había entregado a los feudales, y con cuanta habilidad los grandes latifundistas que habían volteado a la monarquía para salvarse como clase, aspiraban ahora a desembarazarse de sus aliados ya inservibles para defender mejor sus intereses.

Mientras por un lado los socialistas aconsejaban la calma a las masas obreras prometiendo "el pasaje gradual del régimen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anira.com.ar

(31) Ver "El Sol", de Madrid, 19 de diciembre de 1931.  
(32) "El Sol", del 30 de Mayo de 1932.  
(33) Ver para más detalles, Los socialfascistas en la revolución española, ediciones Edeya, Barcelona, sin fecha.

burgués al socialista”, los viejos aliados de siempre — feudales, católicos, industriales, financieros — arrancaban una tras otra las máscaras de la república: con la caída de Largo Caballero, al principio; con el ministerio de Samper, después; con el ascenso de Lerroux-Gil Robles, al final. De traición en traición, el bloque “republicano” desandaba el camino que sólo había recorrido porque el proletariado lo empujaba. En el Congreso Extraordinario del Partido Socialista, el señor Besteiro, que presidió las Cortes de la joven república, declaró una vez: “O nos dejamos arrastrar por los elementos que abusan de nuestra bondad, o tendremos que tener mano dura y ser dictadores. Y yo temo más una dictadura socialista que una dictadura burguesa” (34). Republicanos y socialistas continuaban, como se ve, dentro de la “juridicidad”. Y la juridicidad había entregado el gobierno a unas manos tan adecuadas que el 9 de octubre de 1933 el señor Conde de Romanones estimó oportuno levantarse en las Cortes y decir que por fin se hallaban en el poder los hombres que España precisaba... (35).

Si eso ocurría en el gobierno, ¿qué cosas ocurrían entre el pueblo de veras, el que trabaja y sufre? En algunas regiones “privilegiadas”, como por ejemplo la Vega de Granada, donde los obreros agrícolas ganaban en otros tiempo 6, 8 y hasta 12 pesetas, se comenzó a pagar 2, 3 y 4 pesetas. En cuanto a las regiones no privilegiadas, como Badajoz, las mujeres que iban a recoger las aceitunas recibían como premio 85 céntimos al día... (36). ¿Se comprenderá ahora en virtud de cuáles razones “sobraron” en 1934 6 millones de quintales métricos de trigo, y otros 6 millones en 1935? Cuando se perciben semejantes salarios, ¿quién va a poder consumir pan de trigo? ¿Y si para completar el panorama, añadimos ahora el número de los desocupados: 554.000 en julio de 1933; 666.000 en marzo de 1934? (37).

Esa era, en su tercer año, la república “festiva” del 14 de abril. Como en los tiempos sombríos de Isabel, el partido absolu-

(34) Citado por Gabriel Morón, obra mencionada, pág. 133.

(35) Ramos Oliveira, obra citada, pág. 24.

(36) Nelken, *Por qué hicimos la revolución*, p. 48.

(37) Largo Caballero, *Discursos*, p. 66.

tista católico dirigía los destinos de España. Del brazo, esta vez, de los banqueros más viles y de los aventureros más siniestros, un tirano católico, Gil Robles, — a quien el Pontífice besó en la frente, como al otro tirano de Austria, Dolfuss, su hermano en Jesucristo—, emprendió la realización de un vasto plan. Reducción de jornales, aumento de la jornada de trabajo, amnistía para los monárquicos, devolución a los nobles de las pocas tierras expropiadas, reintegración de los militares a sus puestos; todo se fué realizando en poco tiempo, ante el asombro de algunos ingenuos y el espaviento de algunos hipócritas.

Pero entre tanta ignominia, un hecho de un alcance incalculable, la Comuna de Asturias, decidió para siempre, los destinos de España.

#### IV. LA CRISIS ACTUAL

##### 1º La Comuna de Asturias

Desde el instante — octubre de 1934 — en que los mineros de Asturias no sólo se alzaron contra la reacción encarnada en Gil Robles, sino que proclamaron además la “república obrera y campesina”, España dejó de dar las doce cuando todos los relojes señalaban las cinco. Durante quince días los obreros de Asturias defendieron gloriosamente la “primera comuna proletaria”; durante quince días — armas al hombro — demostraron al mundo que el proletariado asturiano, vanguardia de todas las masas explotadas de España, estaba resuelto a no dejarse engañar ni por los abogados de la burguesía ni por ciertos dirigentes que se decían sus “jefes”.

Gil Robles había elegido el momento oportuno y se dispuso a dar el golpe. En su discurso del 15 de diciembre de 1934 lo dijo sin ambages: “Tenía la seguridad de que la llegada nuestra al poder desencadenaría un movimiento revolucionario” (1). Dentro de su táctica nada torpe era preferible atajar a los obreros

(1) Jesús Hernández, *Hacia el frente único*, pág. 4, “Ediciones sociales internacionales”, Barcelona.



cuando no estaban suficientemente unificados, que dejarlos organizar hasta que se volvieran invencibles. Con una ferocidad que sólo puede compararse a la de Thiers en la Comuna de París, Gil Robles desencadenó sobre Asturias la más espantosa de las represiones. Fusilamientos, torturas, prisiones, destierros, de todo cayó sobre Asturias. La denuncia presentada ante el fiscal de la República por Vicente Marco Miranda; la solicitud de interpelación de Félix Gordón Ordás; el informe de Fernando de los Ríos; la carta de Julio Alvarez del Vayo al presidente del Consejo (2), documentos todos de una exactitud terrible, no reflejan sin embargo más que una parte de aquel horror incenarrable. Porque nadie podrá contar jamás lo que hicieron en Asturias, aterrorizados por la revolución, el bloque indisoluble del ejército, el feudalismo y la banca. Puedo certificarlo yo que poco tiempo después de la masacre he vivido en Oviedo y en Gijón una de las semanas más emocionantes de mi vida. En el hospital y fuera de él, he visto sobre el cuerpo de millares de obreros las heridas, frescas aún, que dejaron las torturas más infames; puedo certificarlo yo que he visto centenares de mujeres por cuyas espaldas se había hecho correr finos chorros de agua hirviendo; decenas de muchachos cuyos labios fueron cosidos con agujas colchoneras... (3).

Pero en vano las cárceles se llenaron de obreros, de estudiantes, de profesionales, de pequeños comerciantes: ochenta mil o doscientos mil, según algunos. Y en vano, digo, porque los mismos torturados que me mostraban sus heridas hablaban de su revolución como de un "ensayo" y me anunciaban para pronto la victoria segura.

Algún tiempo después el ministro Lucía, uno de los agentes de Gil Robles, le respondió a un periodista que trataba de obtener declaraciones precisas: "¿Qué más queréis que os diga? Las organizaciones revolucionarias prosiguen sus actividades con el mismo espíritu y en las mismas proporciones que antes, como si no hubiera

---

(2) Margarita Nelken las reproduce en su libro ya citado por qué hicimos la revolución, págs. 172-235.

(3) Ponce, Desde París, en "Cursos y Conferencias", tomo VII, páginas 553 y sig.

sucedido ninguna revolución en Octubre" (4). El ministro se expresaba mal porque así le convenía: "Como si no hubiera ocurrido la represión más terrible", es lo que no quiso decir.

¿Por qué cayó deshecha la insurrección obrera de octubre en las Asturias? Me limito a indicar las causas principales. Una de ellas, quizá la esencial, ya la dijimos: la clase obrera no eligió el momento para librar la batalla. La insurrección fué una respuesta a una maniobra que la reacción sabía infalible. Pero si esa causa vale en línea general, hay varias otras tan esenciales como ella. Asturias, por ejemplo, no debía constituir más que un foco en la sacudida que pondría de pie a toda España. Por insuficiente madurez del movimiento, los grandes centros de la península contestaron a destiempo o respondieron débilmente (5). Pero aún así y a pesar de la represión pavorosa, la Comuna de Asturias ha tenido en la historia contemporánea una influencia tan extraordinaria que en mi opinión comienza con ella el más glorioso capítulo de la España Nueva.

Si recordamos un momento la desigual conducta de las masas frente a la reacción en los últimos quince años, los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y España representarían otras tantas formas que han venido a enriquecer la experiencia de los trabajadores. En Italia no se supo comprender la situación política y una gran ocasión quedó perdida. En Alemania, las masas mal dirigidas fueron retrocediendo sin presentar batalla: la batalla que en Austria se dió cuando ya era demasiado tarde. En España, en cambio, las masas no esperaron a que la reacción asumiera la plenitud de su fuerza: tan pronto la vieron erguirse se lanzaron a luchar con heroísmo ejemplar. Faltó el enlace suficiente con los otros centros que sólo hubiera podido levantar la insurrección a una escala nacional; faltó el apoyo de los campesinos, que casi no se empeñaron en la lucha; faltó la colaboración de una parte del ejército, y sobró, en cambio, para desdicha del movimiento, el alboroto y la

---

(4) Hernández, loc. citado, pág. 6.

(5) Véase un análisis en Maurin, *Hacia la segunda revolución*, pág. 256 y siguientes, edición "Alfa", Barcelona, 1935. Manuel Grossi, un minero que tuvo parte destacada en el movimiento, nos ha dejado un relato de gran interés en *La insurrección de Asturias*, ediciones "La Batalla", Barcelona, 1935.

fanfarronada del pequeño burgués, que después de haber lanzado en Cataluña el grito de "república independiente", sintió a las pocas horas que el corazón desfallecía.

La insurrección de Asturias, derrotada porque no tuvo la colaboración que le era necesaria, dejó sellado, creo yo que para siempre, el frente único del proletariado revolucionario: socialistas, anarquistas y comunistas pelearon hombro a hombro con igual denuedo. Y esa unidad de los trabajadores que la lucha impuso, repercutió en la doctrina y en la táctica de sus propios jefes. A los pocos días de la revolución, Araquistain expresaba el sentir del Partido Socialista en estas líneas por demás elocuentes si se piensa que pasaron bajo el ojo del censor: "Los socialistas nos olvidamos de lo que éramos y fuimos durante dos años sólo liberales y demócratas, como lo eran los liberales y demócratas del mundo entero" (6). En la timidez aparente del lenguaje hay la confesión de un gravísimo pecado, con la promesa implícita de redimirlo. Y esa rectificación de la táctica hasta ayer suicida del Partido Socialista, no ha sido por cierto una de las consecuencias menores de la insurrección. Refiriéndose a la Comuna de París, Marx escribió: "Los canallas burgueses de Versalles han colocado a los parisienses en la alternativa de aceptar el reto o sucumbir sin combate. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera sería una desdicha mayor que la pérdida de cualquiera de sus jefes". Por eso, por haber aceptado el reto, y librado la batalla, el proletariado de Asturias salvó al proletariado de España y dió a la marcha de la política la orientación que trajo la caída de Lerroux-Gil Robles y el triunfo del Frente Popular.

---

(6) Araquistain, *La incompatibilidad con los socialistas*, en "L'Aviador", noviembre de 1934, pág. 2, Madrid. Compararla con esta frase de Besteiro, pronunciada un año antes, el 14 de Octubre de 1933: "Con el Estado Democrático que hemos creado, con la carta fundamental como pieza jurídica que tiene nuestro país, existe margen suficiente para defender los intereses generales de la clase obrera". Ver Octubre, pág. 35, editorial "Renovación", Barcelona. Folleto redactado por el Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de las juventudes socialistas.

## 2º El Frente Popular

Antes que ninguno, el proletariado de París había lanzado con motivo de la intentona fascista del 6 de Febrero, la consigna del Frente Popular. En las calles y en las barricadas se había constituido la militante alianza de todas las izquierdas. En oposición al frente internacional de las derechas, con su cortejo siniestro de dictaduras fascistas, se ponía de pie ahora ese otro frente aguerrido de la izquierda en que formaban por igual los obreros y los sabios. Pero si en París nació el Frente Popular entre el tumulto de las plazas públicas, en Asturias nació entre los cañones y las ametralladoras, bajo el signo famoso de las letras simbólicas: "U. H. P.", "¡Uníos, Hermanos Proletarios!"

El ejemplo de Octubre fué tan decisivo, contagió de tal manera a las masas obreras españolas, dió una tan poderosa impresión de firmeza que arrastró consigo a todas esas otras capas vacilantes que no siendo obreras en el sentido estricto —pequeña burguesía, intelectuales, empleados, estudiantes— son, sin embargo, a igual que los obreros, las víctimas directas del fascismo. La demoralización de la derecha había llegado a tal extremo a pesar de su "triunfo", que en el espacio de un año se produjeron no menos de seis crisis ministeriales. Constituido en España el Frente Popular, las elecciones del 16 de Febrero de este año lo llevaron al poder. Gracias a él, la república fué reconquistada; pero la alianza de feudales y banqueros no había sido, ni con mucho, eliminada. Para colmo, Azaña, que reaparecía, había demostrado de sobra que no era un enemigo de temer. Y entre las fuerzas obreras que tironeaban a la izquierda, y Azaña que ponía la proa hacia el centro, las fuerzas de la derecha no se inquietaron demasiado. El jefe del fascismo clerical, señor Gil Robles, declaró sin apurarse mucho: "Debemos confiar en el sentido político del señor Azaña"

Verdad que apenas las elecciones demostraron el triunfo de las izquierdas, 30.000 revolucionarios encarcelados recobraron la libertad; volvieron los antiguos Ayuntamientos que habían sido depuestos por la reacción; fueron reintegrados gran parte de los obreros despedidos; quedaron restablecidos los derechos de huelga

y de reunión; desaparecieron los alardes de las bandas fascistas. No por eso el bloque temible que dirigió durante siglos los destinos de España se consideraba definitivamente desplazado. Por más aplastante que sea, una elección no puede reemplazar jamás a una revolución. En las sombras, primero, con menos prudencia después, los agrarios y los banqueros continuaron movilizándose desde las nuevas posiciones a que habían retrocedido.

El gobierno, por otra parte, no era en el sentido estricto un gobierno de Frente Popular, sino un gobierno de izquierda que el Frente Popular apoyaba y presionaba, pero un gobierno temeroso siempre de que las masas lo desbordasen. En una entrevista concedida al diario "París-Soir", Azaña declaró el día 20 de Febrero: "Nosotros hemos establecido en vísperas de la campaña un programa mínimo de reformas. Nosotros nos atendremos a él. Yo quiero gobernar de acuerdo con las leyes. Nada de novedades peligrosas. Nosotros queremos la paz social y el orden. Somos moderados".

Casi cinco años habían transcurrido desde aquel 14 de Abril en que nació en España la república "jovial". Experiencias terribles se habían acumulado desde entonces, y ya estaba, entre todas, la Comuna de Asturias con su clara palabra. Como en los tiempos de las Cortes Constituyentes, Azaña seguía siendo el hombre de la "juridicidad". A pesar del impulso de las masas, el programa del Frente Popular —nada excesivo, quedó dicho— empezó a cumplirse con desgano. Por desgracia algunas disensiones entre grupos socialistas, comunistas y sindicalistas —que no habían dominado del todo sus viejas rivalidades o que las sintieron renacer bajo la influencia interesada de los provocadores—, llegaron muchas veces hasta el atentado a mano armada. Si eso ocurría entre las filas de la revolución, ¿qué tiene de extraño si los elementos más tibios del gobierno, cuya apatía es difícil distinguir a menudo de la traición, trababan o retardaban la realización del programa prometido?

Esta vez, sin embargo, las masas obreras y pequeño-burguesas ya estaban curadas de ilusiones reformistas. Los mismos que hace años prometían la "lenta y progresiva realización" de todas sus aspiraciones, eran los mismos que ahora —dicho sea en honor

del Partido Socialista Español, que supo salir a tiempo del pantano— las ponían en guardia contra los viejos errores (7). Nada ya de confiar a otras clases el cumplimiento de lo prometido. Por sus propios medios, los obreros y campesinos empezaron al día siguiente de las elecciones de Febrero a conquistar las mejoras que deseaban. Mientras los abogados discutían, los campesinos ocupaban las tierras, los obreros se apoderaban de las fábricas. Eremburg, que anduvo por España en esos meses, nos ha dejado un cuadro singularmente expresivo (8). Pocos ejemplos nos permitirán reconstruirlo. En Asturias, algunos patrones decretaron el "lock out" a sus obreros. Con el pretexto de que había demasiado carbón, suspendieron los trabajos. Los obreros, entonces, resolvieron continuar la explotación por ellos mismos. —En Barcelona, los trabajadores de una vidriería dirigen también la fábrica que su dueño abandonó—. En Madrid, los empresarios de los tranvías no querían reincorporar a los obreros despedidos en Octubre de 1934. Y no los reincorporaron a pesar de los decretos del gobierno. Las cosas hubieran quedado ahí, si los obreros no se hubieran apoderado de la empresa: los tranvías llevan ahora las letras gloriosas que los obreros de Mieres lanzaron en Octubre como santo y seña: U. H. P.

Adonde el gobierno del Frente Popular no puede llegar, porque no tiene prisa o porque no se decide, ahí están los obreros para alcanzarlo. Porque lo cierto es que en los cinco meses de gobierno, el Frente Popular no demostró, no digo ya la celeridad con que en Francia impuso su programa, sino, ni siquiera la capacidad defensiva que le hubiera llevado a desmontar la máquina que Lerroux y Gil Robles armaron laboriosamente. Bajo el gobierno de Gil Robles fueron concedidas 250.000 "licencias de armas": para los monárquicos, los carlistas, los católicos, los nacional sindicalistas, los primorriveristas. Es decir, todos los matices de la reacción. Día tras día, en la República del Frente Popular, los militares anunciaban su golpe de mano, el clero predicaba la gue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)  
(7) Largo Caballero, Discursos, edición de la "Juventud Socialista Deportiva y Cultural", Rosario, Argentina, 1936.

(8) Eremburg, La revolución española vista por un escritor soviético, en "Leviatán", 1º de Julio de 1936, Madrid.

rra santa contra el marxismo, los fascistas disparaban sus pistolas contra los obreros. En las calles de Navarra podía leerse en cualquier esquina, "¡Viva Dios y muera Azaña!". Y mientras el ex-duque de Hornachuelos seguía siendo propietario de 50.000 hectáreas sin cultivar, 11.000 campesinos de Olivenza no tenían a su disposición ni siquiera una lonja de terreno.

Cierto es que en algunas regiones, los campesinos resolvieron sus asuntos como los obreros hicieron con los suyos. El 9 de Marzo de este año —y es posible que la fecha quede marcada para la historia—, los campesinos del pueblo de Cenicientos, de la provincia de Toledo, se dirigieron al dominio de un señor, desarmaron a los guardias, levantaron un inventario minucioso, devolvieron los objetos de lujo que no servían para el trabajo, y dejaron constancia en acta pública que la finca pasaba a ser propiedad común. Nada más que en la provincia de Toledo hay ya casi una cincuentena de estas explotaciones colectivas, que espontáneamente han creado los paisanos. Signo bien elocuente de la voluntad y la conciencia de las masas españolas, pero signo no menos elocuente también de la debilidad, la indecisión, la tibieza, o lo que sea, de la República del Frente Popular. Los campesinos y los obreros deben conquistar por sus propias fuerzas las nuevas formas de vida que la República de Abril y la República de Febrero no hicieron nada más que prometerles.

En estas circunstancias y en esta atmósfera estalló el 17 de Julio de 1936, en la plaza de Melilla, el movimiento restaurador que ha convertido a España en un campo de batalla.

### 3º La insurrección del 17 de Julio de 1936

Tan pronto llegaron las primeras noticias de la sublevación algunos hechos significativos se destacaron: Lerroux y Gil Robles habían huído de España; Franco y Sanjurjo aparecían como jefes militares; March, como uno de los tantos banqueros que financiaban la revuelta. De los dos primeros, ya sabemos lo bastante: Gil Robles, como representante de los grandes terratenientes y como agente convicto del Vaticano; Lerroux, como abogado vil de la burguesía industrial y financiera, formaron la pareja

sangrienta que aplastó en Octubre la insurrección de los obreros. A Sanjurjo ya lo vimos como jefe de la Guardia Civil y como primer insurrecto contra la república de Azaña. De los otros dos, nada hasta ahora habíamos dicho en esta síntesis apresurada que apenas si se detiene en los nombres personales. Pero ahora es importante dedicarles cuatro líneas.

Un escándalo notorio hizo popular dentro y fuera de España a la siniestra figura del banquero Juan March, aventurero de la peor especie, que Manuel Benavidez ha llevado a la novela bajo el título por demás elocuente de "El último pirata del Mediterráneo" (9). Entre crímenes y estafas, el contrabando le permitió reunir una fortuna inmensa. La opinión pública veía en él y a tal extremo la repugnante corrupción de la Monarquía y la Dictadura, que la república del 14 de Abril no tuvo más remedio que llevarlo hasta la cárcel (15 de Junio de 1931). Pero la república del 14 de Abril —ya sabemos por qué— tenía el corazón tan blando que se dejó enternecer. En las salas de la cárcel, en el centro de vigilancia, en las galerías, March recibía a sus colaboradores, discutía con sus amigos, trasmitía órdenes y firmaba cheques. Los oficiales de la cárcel se sacaban la gorra cada vez que le hablaban. Y un buen día, lo dejaron escapar (10).

Ese es el hombre en quien no falta una sola de las lacras del antiguo régimen y que contribuye a financiar hoy con sus millones la restauración del mismo régimen que lo engendró y protegió.

La represión de Asturias dió vasta nombradía al general Franco, que hasta entonces no tenía otra reputación que la de un buen "africano". Para deshacer las insurrecciones del proletariado, las burguesías con imperio colonial en África han tenido siempre en sus generales de Argel o de Marruecos, los instrumentos más adecuados de su venganza. Fué un general de África, Cavaignac, el que masacró a los obreros de París en la primera gran insurrección del proletariado (jornadas de Junio de 1848): es ahora, Franco, otro general de África, el que repite contra la República del Frente Popular la misma marcha que en tiempos de Lerroux-Gil Robles trajo la derrota de la Comuna de Asturias. A Franco se debe, en efecto, el feroz hallazgo del Tercio extranjero como la

(9) Editorial "Cosmos", Barcelona, 1934.

(10) Benavidez, *El último pirata del Mediterráneo*, pág. 315 y siguientes.



más adecuada de las armas en la lucha contra el proletariado. Formado por la escoria de todos los países, los tercios de Africa están acostumbrados desde hace muchos años al asesinato y el pillaje. En esa forma se les dijo que se debía "pacificar" a los indígenas; en esa forma se les repitió después que debían pacificar a los obreros. Con esos miserables, Franco aconsejó que se pusiera punto final a la protesta de Octubre; con esos mismos miserables se dispuso ahora a poner punto final al ascenso revolucionario de las masas. Porque todos estos grandes de España que se han pasado la vida haciendo gárgaras con la religión y con la patria, aceptan invariablemente los aliados más inverosímiles cada vez que sienten temblar el suelo bajo los pies. En el momento más difícil de la sublevación de los Comuneros, cuando el poder de Carlos V estuvo en un tris de derrumbarse, el condestable de Castilla le aconsejó al emperador que pidiera el apoyo de los turcos... Ahora que los bisnietos degenerados de ese mismo condestable comprenden que la Historia los ha arrojado para siempre, no vacilan tampoco en reclamar el auxilio de los banqueros más turbios, ni en prometer a Italia y Alemania pedazos de la patria, ni en confiar a las armas de los moros heréjes el rescate de sus Santos Doblones.

Terratenientes, obispos y banqueros, se encontraron reunidos otra vez. Desde meses atrás se venía hablando de este golpe. Y así como ya dijimos que la derecha terrorista tenía relativa impunidad para disparar sus armas contra Jiménez de Asúa o Caballero, o para asesinar a mansalva a dirigentes obreros de renombre escaso, hubiéramos podido agregar también que los generales y los coroneles enemigos de la República del Frente Popular tenían la suficiente libertad para realizar las maniobras en los lugares que elegían, para fortificar de antemano los puntos estratégicos, para apostar en los centros más vitales las tropas que les respondían.

En vano la prensa de la izquierda denunciaba diariamente la restauración feudal-capitalista que se acercaba a toda marcha. Con fecha 20 de Junio, un mes antes de la sublevación, el editorial de la revista "Juventud" de Madrid decía lo siguiente: "Todavía no se ha realizado dentro de los cuerpos armados del Estado la labor

de republicanización precisa para que éstos sean una garantía segura de la revolución democrática". Y pocas páginas más adelante denunciaba con fotografías la organización fascista titulada "Unión Militar Española", asegurando que tenía sus cuarteles en Burgos y Zaragoza; que March les había abierto un crédito ilimitado y que el gobierno podía encontrarlos el día que quisiera en la taberna tal y cual, de los Cuatro Caminos. Siete días después, el mismo semanario denunciaba de qué manera los carlistas se aprestaban en Navarra, con el apoyo financiero de Joaquín Bau, el millonario de Tolosa, fabricante de aceites; y cómo recibían además las oportunas sugerencias del secretario del "Fascio Italiano", de Barcelona, y de unos sospechosos ingenieros alemanes de la casa Siemens. "¿Qué espera el gobierno de la República?", se preguntaba "Juventud". Y el 4 de Julio, dos semanas antes del estallido, el editorial llevaba por título "¿Hasta cuándo?" "¿Hasta cuándo el gobierno —dice—, cuyo principal punto de apoyo son los trabajadores, va a mantener su actitud vacilante?".

Para responder a la tempestad que se acercaba, la República apenas si disponía de algunas milicias y unas tropas de asalto. Cuando el asesinato de Calvo Sotelo —jefe civil del movimiento— precipitó la fecha del estallido, el gobierno de Madrid se encontró en el desamparo:

#### 4º El pueblo en armas

Los primeros días, lo sabemos bien ahora, fueron de un desconcierto que pronosticaba el desastre inminente. A través de unas sobrias palabras de Alvarez del Vayo, nos ha llegado el testimonio directo: "No negamos que cuando estalló la revolución nos encontramos en una posición extraordinariamente grave". La lealtad de los marineros de la armada impidió el transporte de los 40.000 soldados de Africa con que Franco contaba y que le hubieran dado la victoria instantánea. Pero a pesar de tan grave tropiezo, la sublevación estudiada largamente se inició y desarrolló con un empuje extraordinario. El gobierno del Frente Popular hubiera caído ineludiblemente si las circunstancias no le hubieran obligado a echar mano del recurso que salvó a la Convención fran-

cesa en 1793: lanzar al pueblo armado en defensa de la república en peligro. A pesar de la distancia y del ambiente un fenómeno similar se ha repetido: contra la coalición de los monarcas, ayer, y contra la rebelión fascista en la España de hoy, sólo el fervor de los obreros y campesinos, los estudiantes y los empleados, los muchachos y las mujeres ha sido capaz de atajar la insurrección.

El ejemplo magnífico de los mineros de Asturias renació en las milicias del Frente Popular, y lo que no se había podido realizar en cinco meses de gobierno, se impuso en un día bajo el peligro de los mercenarios de Franco: la unidad antifascista de la España Nueva.

Una nueva república, en verdad, es la que está luchando, hace ya más de un mes: una nueva república cargada de porvenir como jamás lo tuvo España. ¿Es acaso, la república burguesa esta que ahora defienden los obreros y los campesinos, los profesores y los ex-ministros, los chiquillos y los viejos? ¿Es la "democracia", tal como hasta ahora se conoció en España, esta república vestida de "overall" que ha movilizado ya en su contra a la Italia lictoria y a la Alemania parda?

¿Una guerra defensiva, nada más, contra la agresión armada de los viejos enemigos: el terrateniente ocioso, el fraile parásito, el industrial voraz, el financiero ávido? ¿O se trata, acaso, de algo nuevo, que asomó por vez primera en las revueltas obreras del 28 de Junio de 1854, que se afirmó con más conciencia en el 73, que se encrespó y aumentó de volumen en las olas huelguísticas del final del siglo XIX, que asestó en Octubre de 1934 una herida mortal al fascismo de España?

Plantear las preguntas equivale ya a resolverlas. La república de "overall", que está ahora con el arma al brazo, es el hecho más decisivo de la historia de España. Desde la insurrección de los mineros asturianos, dijimos ya que España había puesto en hora su reloj; desde la actual república en traje de mecánico, España acaudilla a los trabajadores del mundo. Porque un hecho es seguro, inevitable, fatal: el proletariado en armas que ha salvado al gobierno del Frente Popular no ignora por qué ideales se está haciendo matar. Tiene ya a su lado, a todas las fuerzas vacilantes de la pequeña burguesía que hasta ayer lo miraban con recelo. Y si

esa alianza se ha formado sobre todos los frentes es porque resulta indudable que en este momento de la evolución del mundo no hay más que dos líneas de enemigos: de un lado, un puñado de explotadores que el capitalismo internacional apoya; del otro, la totalidad de los explotados que la vanguardia proletaria arrastra. No es la defensa de un orden lo que ha hecho levantar a España su puño cerrado: es la convicción ardiente de que ha llegado la hora de cumplir las promesas tantas veces traicionadas. Y puesto que la burguesía se mostró incapaz, ahí está la clase obrera para cumplirlas con sus propias manos. Con esta diferencia que señala la altura del tiempo en que vivimos: cuando la clase obrera de hoy se dispone a realizar la revolución democrática ésta no puede ser sino el prólogo de la revolución socialista.

Se dirá, con razón, que lo anterior implica una buena dosis de profecía. En el momento actual no se ha definido todavía de qué lado se inclina la balanza, y, por lo mismo, todo lo que se diga sobre las consecuencias del actual momento no puede resultar sino incierto.

No hemos ocultado —no podríamos hacerlo— que para nosotros, no sólo la suerte futura de España está definida a favor de la revolución obrera, sino también que la suerte inmediata está favorecida por la misma corriente de los hechos. No vamos a caer en la ingenuidad de discutir la insurrección desde el punto de vista militar. La superioridad técnica innegable de los fascistas ha quedado compensada por la decisión combativa de las milicias obreras y por la duración de la lucha que permitió organizarlas. Fanatismo religioso enardece a algunas de las tropas irregulares del fascismo; pero con ser estas muy escasas —la mayoría la forman como sabemos, la resaca miserable de la Legión Extranjera— no pueden encontrar en las regiones que ocupan la cordial simpatía que acoge en todas partes al proletariado en armas.

Admitamos como una hipótesis posible, aunque no probable, que a pesar de todo eso, el golpe restaurador llegase a triunfar. Una ola de terror blanco, más terrible que la posterior a octubre en las Asturias, inundaría a España durante quién sabe cuán-

to tiempo. En los lugares donde han impuesto ya su tiranía los fascistas han implantado en todas partes los tenebrosos "campos de concentración" de la Alemania parda. Pero permítaseme, por segunda vez, que invoque ahora un testimonio personal. He pasado por Asturias, ya lo he dicho, poco tiempo después de la sublevación de octubre bajo el terror de Lerroux y de Gil Robles. En Oviedo y en Gijón he tenido el honor de compartir, durante algunos días, la amistad de los mineros. Las tendencias políticas en que antes se dividían se habían atenuado dentro de un firme bloque antifascista. De la represión espantosa sólo quedaba el recuerdo de una gran infamia a vengar. Algunos años atrás, tal vez, el movimiento obrero habría quedado deshecho. En los días que vivimos no hay posibilidad de detenerlo. He contado en otra oportunidad cómo una tarde en el hospital de Oviedo, mientras visitaba a los obreros no repuestos aún de las heridas, uno de ellos me contaba los episodios en que había intervenido, con una imprudencia tan innecesaria, que me creí obligado a señalarle con un gesto, el soldado de fusil y bayoneta que se paseaba por la puerta de la sala. Mirándolo con desprecio, se volvió después hacia mí para decirme: "¿Cuidarme? . . . ¿y para qué? Los fuertes . . . los fuertes somos nosotros".

Ese era el espíritu no sólo de las masas obreras después de la reacción sangrienta, sino también el de la pequeña burguesía que sufrió igual que aquella los crímenes y los tormentos del terror fascista. Y si eso ocurría en los tiempos en que para defenderse del fascismo habían tenido las masas que arrancar con sus propios medios las armas al gobierno, ¿qué no será ahora en que el mismo gobierno se las ha confiado y en que ha llegado por fin la anhelada ocasión de vengar la "vieja afrenta"?

Unas cuantas preguntas se imponen, sin embargo. En el supuesto de que la insurrección quede deshecha, ¿las milicias obreras que han salvado a la República, serán capaces del suicidio que implicaría deponer las armas? Si las retienen, y se convierten de hecho en el brazo armado de la nueva República, ¿podrán resistir a la ofensiva fascista internacional que apoya ahora a los insurrectos y que provocará después la inevitable intervención? ¿Disponen las masas obreras, en este mismo instante, de la organiza-

ción adecuada y de los "cuadros" suficientes? Las dos primeras preguntas son imposibles de contestar, pero dependen, en gran parte, de la última.

Si antes del estallido del 17 de julio me la hubieran formulado, quizá hubiera dicho que no. Pero en este mes y medio que llevamos de lucha, la defensa de la República no sólo ha cohesionado en torno del proletariado a los sectores más heterogéneos, sino que ha entregado a las masas mismas el control casi total de su propio gobierno: organización de suministros, dirección de la producción, régimen de justicia, etc. Este hecho tiene de por sí una significación que quizá sea decisiva. Gracias a él, cuanto más dure el conflicto, más ascenderán las masas y sus jefes en la tarea difícil de su propio esclarecimiento. "La revolución —escribía Lenin en 1905 — enseña de un modo tan rápido y fundamental que parecería increíble en los períodos pacíficos de desarrollo económico. Y, lo que es particularmente importante, enseña no sólo a los directores, sino también a las masas".

Detengo aquí las conjeturas. Las deficiencias del movimiento obrero en España —resabios pequeño-burgueses, fragmentación en varios partidos que se entrechocan, escasez de equipos sólidamente capacitados— irán desapareciendo en el curso mismo de la lucha actual y en el largo y doloroso conflicto que vendrá después de la victoria. La capacidad creadora de las grandes masas tiene reservas incalculables. La defensa de la República ha demostrado ya, de lo que es capaz el entusiasmo y la voluntad de todo un pueblo.

De lo que será capaz quizá podamos entreverlo a través de este rasgo que Eremburg ha relatado y que bien merece quedar al final de nuestro examen como una afirmación varonil de emocionante belleza. A un obrero de Turón, a quien después de octubre de 1934, un tribunal militar condenó a la última pena, Eremburg le preguntó durante cuánto tiempo había estado esperando la muerte. Y el obrero le dijo: "En capilla estuve quince meses. Pero yo no esperaba la muerte; esperaba la revolución".



# Los deberes de la inteligencia

Por ANIBAL PONCE

Conferencia leída en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, el 30 de junio de 1930. Publicada en "El viento en el mundo", Buenos Aires, 1933.

## I.—DE LOS DEBERES PARA CONSIGO MISMO

Cuando el Renacimiento quitó al hombre moderno la tutela del dogma, le dejó a ciegas con el instrumento maravilloso de su propia inteligencia. Había sido hasta entonces una partícula casi indiferenciada de una realidad más vasta y más compleja: el alma colectiva que se reflejaba en él y lo creaba. Sus opiniones y sus creencias, sus sentimientos y sus gustos, veníanle impuestos desde afuera, con una coerción tan violenta, que a veces le iba en ello la vida.

El espíritu moderno hallaba así, en sus comienzos, obstáculos sociales en cierto modo insalvables. La robusta alma feudal se prolongaba de tal modo en la entraña misma de la edad moderna, que aún sentimos a veces, en nuestros mismos días, su obstinada fiereza. Para ella la inteligencia no pasaba de ser un siervo más; y si le dejaba de vez en cuando una displicente libertad de niño, no se hacía esperar muy largo rato cuantas veces debía atajarla o



reprimirla. El pensamiento se fué desarrollando así con una timidez que lo inhibía, y bajo la mirada vigilante de una sociedad terrible, ensayaba aquí o allá sus inquietos balbuceos (1).

Durante siglos, llevó en sus flancos la crueldad de un drama: el drama de quien habiéndose acercado a la verdad, no tiene coraje de decirla o imponerla. Una carta de Buffon pone al desnudo ese dolor con un cinismo que aún hoy nos avergüenza. "Es necesaria una religión para el pueblo, — dice —. En las ciudades chicas, todo el mundo nos observa y es mejor no contrariar a nadie. En todos mis libros he puesto siempre el nombre del Creador; pero para entenderlos con exactitud no hay más que quitar esa palabra y poner en su reemplazo la potencia de la naturaleza. Cuando la Sorbona me llamó al orden, no tuve ninguna dificultad en darle todas las satisfacciones que pretendía. Por la misma razón, cuando caiga enfermo y sienta aproximar mi fin, no tendré inconveniente en pedir los sacramentos. Nos debemos al culto público, y aquellos que proceden de otro modo no pasan de ser unos atolondrados. No se debe chocar con las creencias populares, como lo hacían Voltaire, Diderot, Helvecio. Este último era mi amigo; le recomendé muchas veces que se moderara, y si me hubiera escuchado habría sido más feliz". (2).

Acaban ustedes de escucharlo: para ser "feliz" la inteligencia comprendía que era necesario moderarse. Rehuyó desde entonces la verdad peligrosa, envolvió en nieblas la expresión arriesgada, cortó de raíces las inquietudes más altas. Cuando Cuvier le hablaba de sus *Revoluciones del Globo* Napoleón le dijo: "Ocupaos de eso, pero no toquéis la Biblia". No tocar la Biblia seguía siendo a comienzos del siglo XIX la primera prohibición de la Inteligencia; la Biblia, no entendida en el sentido literal de libro santo, sino en la significación más amplia que comprende por igual a la Iglesia poderosa que la respalda y a la sociedad conser-

---

(1) Erasmo, nada menos que Erasmo, escribía por entonces: "En cuanto a mí, no tengo inclinación a arriesgar mi vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio, y si el temor me invade, imitaré a San Pedro". Citado por PAINTER, *Historia de la Pedagogía*, p. 178, traducción de Barnés, editor Jorro, Madrid, 1911.

(2) A. LABBÉ: *Le conflict transformiste*, pág. 21, editor Alcan, Paris, 1929.

vadora que la apoya. En la advertencia terminante del Emperador, ¿no asoma acaso el mismo espíritu prudente y cínico que dicta al naturalista sus consejos a Helvecio? Evitar complicaciones, replegarse en límites modestos, no entrar en conflicto con la autoridad: he aquí la gran "sabiduría".

Sabiduría tímida y mezquina, a buen seguro, pero difícil de mantener no obstante la docilidad y la mansedumbre. La verdad más modesta, ¿no adquiere a veces proporciones enormes? El botánico simple que colecciona hierbas y el astrónomo despreocupado que colecciona astros, no sospechan la repercusión probable del descubrimiento humilde o del hallazgo feliz. Aun en la obediencia y el respeto la inteligencia resulta siempre un arma de dos filos: cuando Colenso descubrió que la liebre no es rumiante, ¿sospecharía ni por asomo que se le impondría en castigo la pérdida de su salario? (3).

¿Cómo aspirar, entonces, a la limpidez de alma del investigador sincero cuando se recela a cada rato las consecuencias sociales de sus opiniones?

La inteligencia de hoy, justo es decirlo, no siente como antes la brutal tutela de quien manda. Pero no ha perdido del todo su vieja servidumbre. Muchas ligaduras le quedan todavía por romper, y mientras el intelectual aguarde una dádiva, aspire a un favor, cuide una prebenda, seguirá revelando todavía en la marcha insegura y en la voz cortesana el rastro profundo de la antigua humillación (4). La sociedad tiene hoy otras maneras, menos duras pero no menos eficaces de constreñirlo a su servicio, y bien lo saben por cierto los que tuvieron el coraje de decir la verdad sin antes haber asegurado el pan de toda su vida.

¿No surge de ahí, imperioso y preciso, el primero de los deberes? No salta a los ojos como una condición vital para la inteligencia la de arrancarla a la miseria que sólo enseña a mentir y adular, afianzando su independencia con el propio trabajo, en vez

---

(3) Citado por B. RUSSELL. *La educación y el orden social*, pág. 144, traducción de Jiménez, editorial "El ombú". Buenos Aires.

(4) Sainte Beuve que conoció de cerca a muchos grandes hombres afirmaba que la mayoría muere "en un verdadero estado de prostitución". Citado por PIERRE LASERRE: *Des romantiques à nous*, pág. 57, edición de la "Nouvelle Revue Critique", Paris.

de andar mendigando del Estado la soldada despreciable que le ayude a vivir? La inteligencia, en efecto, no podrá alcanzar la posesión completa sino después de haber conseguido su absoluta autonomía. La obediencia del hombre a sí mismo, que es el fundamento de la razón sin trabas, exige a su vez la única virtud que puede darle vida: el culto de la dignidad personal como norma directriz de la conducta. Nada que pueda merecer un reproche, nada que pueda significar una obsecuencia. Ahogar para eso las ambiciones mezquinas, los anhelos pequeños, el apetito de tantas cosas sin corazón ni belleza. Vigilarse por eso sin piedad, hacha en mano como quien cruza una selva. Si el camino es largo, más larga es la dicha de marchar por él.

No se aspira a vivir bajo el signo de la inteligencia sin contraer al mismo tiempo obligaciones estrictas, y porque Spinoza era un espíritu libre, se creyó obligado a llevar la vida de un santo. Un pensador que sea al mismo tiempo un santo: ¿es posible concebir de otra manera los deberes de la inteligencia para consigo mismo?

## II.—DE LOS DEBERES PARA CON LOS DEMAS

Cuando la inteligencia ha servido lealmente la verdad, sin una inconsecuencia, sin una cobardía ¿ha cumplido por eso con todos sus deberes? La vida que la rodea y la impregna ¿no tendrá exigencias que ella no puede silenciar? Ignorarlas o desdeñarlas ¿no será desconocer su verdadero destino, mutilando a sabiendas lo mejor de su espíritu? ¿Somos seres únicamente de comprensión y reflexión teórica? Junto al pensador que fundamenta sus conceptos en la frialdad y en la crítica ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica capaz de inclinarse cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y sus dolores?

Tanto es el empeño en separar la inteligencia de la vida que se dijera hay en ésta algún temor oculto, alguna usurpación que defender, algún gran crimen que disimular. Las sociedades, a decir verdad, no han estimado jamás al pensador. Lo han considerado y con razón, como un hereje. No le perdonan sobre todo su originalidad, porque la originalidad es una de las formas de la in-

disciplina. Frente a un pensador que surge la sociedad ha seguido dos caminos: o atraerlo para domesticarlo, o perseguirlo para concluir con él. Al pensador que se somete le llegan, sin duda, los agasajos y los honores, pero la sociedad no le confía otra misión que la de aquel sacerdote a quien los hurones llevaban cada vez que salían a la pesca: predicar a los peces para que se decidan a morder... (5).

Respecto al pensador que no olvida sus deberes y los defiende virilmente, las sociedades modernas han variado un poco en su conducta: si en un principio pareció lo mejor hacerle la vida insoportable, se resolvió después comportarse con más habilidad. Los "herejes" tenían a veces hallazgos asombrosos: el que pasaba sus días borroneando signos sobre una pizarra encontraba una estrella al final de sus cálculos; el que se manchaba los dedos con reactivos y apestaba el aire con vapores descubría sin saberlo una nueva tinción para las telas. Peligrosos, sin duda, no eran, sin embargo, inútiles; y bien podía perdonárseles de buena gana el descubrimiento inservible de la estrella, por el profícuo hallazgo del teñido. La sociedad empezó a valorar así el rendimiento práctico de la inteligencia. Le creó bibliotecas, le instaló laboratorios, le regaló premios, le erigió estatuas. Pero se apresuró, naturalmente, a no dejarla salir de lo que dió en llamarle "sus dominios". Individuos capaces de demostrar que los gusanos no nacen de la materia corrompida o que el hombre no es el rey de la naturaleza sino la expresión más evolucionada de un largo proceso, ¿qué consecuencias irían a extraer si en vez de consagrarse a los minerales o a los fósiles les diera por volver los ojos a la organización de la ciudad y aseguraran después que la sociedad está fundada en la injusticia y la rapiña? "Un orden social que permite el examen de sus principios — ha dicho el general Cavaignac — es un orden social que está perdido". Y así nació el sofisma del intelectual como un ser aislado y sin partido, extraño por completo a las luchas de la política, ajeno en absoluto a la vida de su mundo. Mezcla de generosidad aparente y de logrería efectiva, la soledad del intelectual no podía beneficiar sino a la burguesía. Por lo que tiene de cálculo

(5) LÉVY-BRÜHL: *Les fonctions mentales dans les Sociétés Inférieures*, pág. 278. Editor Alcan. Paris.

lo y por lo que tiene de miedo, la teoría del intelectual ajeno a los partidos muestra, apenas se la estruja, la mezquindad inherente a la media alma burguesa. Aprovechar de él cuanto pueda representar un adelanto en la técnica, impedir en él las amenazas posibles de su mentalidad disciplinada y de su crítica sin velos.

Por pereza unos, por sequedad otros, muchos intelectuales acogieron la teoría. Les halagaba tal vez reconocer en ella un homenaje de los "hombres prácticos". Creían quizá aumentar así las proporciones de su propio decorum, y al no participar sino desde lejos en los tumultos de la plaza pública, no servir tampoco y en ninguna forma los intereses de nadie. Mas no faltó una catástrofe, uno de esos acontecimientos que estremecen el edificio social, para que el pensador solitario y el estudioso aislado descubrieran con sorpresa que no habían sido a pesar del aislamiento y de las ínfulas, más que un episodio en la táctica de la burguesía. Colaboradores sin saberlo, de ella iban ahora a recibir las órdenes; y Gentile remata con la camisa del fascismo su filosofía del espíritu como acto puro (6), y Bergson va a repetir con voz escasa las disposiciones que le entrega el estado mayor de su país (7).

En la trabazón de la vida moderna es inconcebible el aislamiento. Pero si no nos es dado segregarnos de los hombres y contemplarlos en un silencio altivo, no nos es posible tampoco acercarnos hasta ellos sin pasiones. Hay una hipocresía no menos interesada que la tesis del intelectual aislado, en la teoría que lo quiere tolerante e imparcial. ¿Cómo concebir la tolerancia cuando se tiene ideales? ¿Cómo desentendernos de su suerte hasta admitir en el ideal de los otros un valor por lo menos igual al de los nuestros? ¿Quién diría que ha sido capaz de trepar tan alto que ha llegado a dominar el bien y el mal, hasta verlos mezclar el curso de sus aguas? El que siente las propias ideas como siente latir la sangre en las arterias tiene de antemano dictada su actitud frente a los hombres. No puede concebir la tolerancia sino en los conflictos que le son indiferentes. Ante la terrible realidad social,

(6) Pocos libros que dejen una impresión más penosa que *Fascismo e cultura*, de GIOVANNI GENTILE.

(7) Véase en especial FRANCOIS AROUET: *La fin d'une parade philosophique: le bergsonisme*, pág. 97 y sig.

¿quién tendría el valor de declararse indiferente? Y aún en ese caso ¿confesar tal actitud no equivaldría más o menos a tomar una postura? En su prosa transparente — transparente a fuerza de ceñirse al cuerpo de la idea — así lo afirmó Lenin. “La indiferencia, dice, es la saciedad política. Es necesario estar repleto para mostrarse “indiferente” frente a un trozo de pan. Confesar indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados” . . . (8).

La inteligencia no podría adherirse a ese partido. Su estructura misma se lo niega. Inteligencia es, sin duda, comprender, pero es también crear. La inteligencia no vive sino por el asombro. Allí donde nadie ve un problema ella conserva intacta su excitante capacidad de sorprenderse. Cada sorpresa es un acicate de su propio dinamismo, un motivo de investigaciones infinitas. Cada solución que atisba le lleva a su vez a otros problemas; muchas hipótesis se le deshacen muy pronto entre las manos, y así de esta manera, devorándose a sí misma, asistiendo trágicamente a su propio trabajo, la inteligencia busca las soluciones que persigue. Cuando las encuentra, y las encuentra siempre — *ignoramus, no ignorabimus* — el alborozo legítimo de la reacción triunfal señala en la marcha del mundo el nacimiento de algo nuevo, tan original y tan inédito que la inteligencia adquiere en este aspecto los caracteres verdaderos de la invención.

Y ahora, digo yo, ¿un mecanismo tan sutil podría abrazar el partido de los que niegan el derecho de asombrarse? Acaso un proceso que marcha paso a paso hacia lo desconocido, criticándose a sí mismo con crueldad implacable, ¿iría a sancionar la quietud del dogma, la rutina de las tradiciones, el gozo panglosiano de los que nada esperan? ¿Cómo al encontrarse de pronto con el drama del mundo no habría de sorprenderse ante tanta miseria, ante tanta inquietud, ante tanta injusticia? ¿No sería más bien para enrojecer de cólera por haber creído en cuantos le engañaban, en los que le alejaron alguna vez de esos dolores diciéndole que eran mentiras, en los que le distrajeron también diciéndole que no debía preocuparse? Buscar la solución honradamente ¿no equivale a poner

(8) Citado por VALERIO MARCU. Lenin, pág. 168, editor Payot, Paris.

la inteligencia sobre el camino de la Revolución? ¿Quién habría de encontrarla, conformista y resignada, cuando se trata de hallar precisamente un nuevo ritmo en la historia, una nueva patética conciencia humana?

Tiene de un lado la legión siempre poderosa de sus viejos amos: la autoridad, la jerarquía, el orden; tiene del otro los aliados de siempre: la rebelión, la inquietud, la negación. El conflicto de la inteligencia y de la sociedad ¿no es por ventura la antinomia de la negación y el orden? El orden es lo fijo, lo aceptado, lo reverenciado; la negación es la reacción contra ese orden en la esperanza de construir uno mejor. Preocupación incesante, superación continua, perfeccionamiento infinito. Mirar todo lo hecho con ojos nuevos, empujarse para ver más lejos y más alto, apoyarse sobre hoy para alcanzar mañana. Junto al pensador y al santo, el profeta y el predicador. Ya no más la inteligencia que encuentra en sí el propio gozo: ¿de qué modo comparar su placer egoísta con el estremecimiento generoso del profeta que alza una esperanza nueva, del predicador que la desparrama y la vivifica, la multiplica en las almas, la enciende en los corazones?

### III.—LA REVOLUCION Y LA INTELIGENCIA

La inteligencia puesta al servicio de la revolución ¿qué papel podrá tener en ella? ¿Consejera, inspiradora, guía?

Las revoluciones que transforman la sociedad y desplazan la propiedad, tienen un proceso laborioso y obscuro que exige la marcha de los siglos. Pero han nacido siempre de un desacuerdo entre las instituciones y las costumbres, entre un mundo que nace y un mundo que no quiere morir. Los años y las circunstancias han ido ensanchando el desacuerdo, afirmando los contrastes, poniendo en conflicto la letra y el espíritu. Los signos de la desarmonía no son igualmente visibles para todos, pero aquí y allá se imponen a veces con una evidencia tal que no es posible el error: la historia prepara entre el juego ciego de sus fuerzas el advenimiento inminente de una nueva realidad. A sabiendas los menos, ignorándolo los más, todos van arrastrados por aquel empuje irresistible. Nadie puede impedirlo, contenerlo, desviarlo. Los mismos

que intentan remontar su curso son pasajeros que caminan para atrás en el interior de un tren en marcha.

Agentes ignorados se incorporan sin cesar de todas partes, y poco a poco entre resistencias y crujidos empieza a asomar una conciencia obscura. El destino nos hace vivir hoy una de esas horas de la historia que no se escuchan sino muy de siglo en siglo. En las confusas manifestaciones del vivir contemporáneo asoma ya un alma nueva. Elevarla a plena luz, traducirla en doctrina, encenderla en ideales, esa es la obra de la inteligencia: bajo su aliento, lo que no era hasta entonces sino sorda rebeldía asciende ahora a Revolución. La inquietud y el descontento pueden engendrar motines; las revoluciones, en cambio, sólo estallan cuando la clase que aspira a conformar sus intereses ha ido adquiriendo en escaramuzas previas la exactitud de su rumbo y el conocimiento de sus fuerzas. El rumor de las masas que hoy despiertan en el mundo, no es, por eso, el gesto de los desesperados y de los ofendidos; es la ascensión de una clase vigorosa que impone con su acción su ideología: ayer la Enciclopedia y el Contrato Social; hoy, el caudal de las ciencias y el pensamiento de Marx. Inspiradora, consejera y guía, la inteligencia encierra así la posibilidad de las realizaciones que sugiere o de las realizaciones que pronostica, y es bien sabido que son las notas de Marx sobre la Comuna de París, las que habrían de dirigir, medio siglo después, las grandes líneas de la organización de los soviets.

La inteligencia no se incorpora, pues, a la Revolución como quien adhiere precipitadamente a un movimiento que supone generoso. "No se es revolucionario — decía Lázaro Carnot — se llega a serlo". Aunque la historia se va haciendo en la conciencia de los hombres, obedecemos en el fondo a corrientes poderosas que nos mueven. Sin el estudio profundo de la realidad social, sin el conocimiento acabado de sus pensadores y de sus teóricos, sin la reflexión crítica que suprime o suple las deficiencias de una ideología, sin la madurez que sólo dan las meditaciones precozmente comenzadas, toda invocación a la revolución por resonante que sea no pasará más allá de un gesto o de un saludo. Barnave se incorporó a la revolución el día en que la madre fué expulsada por



un noble de su palco en el teatro de Grenoble (9). Pero no habían pasado muchos años cuando los ojos tristes de una reina en desgracia le entibiaron la fé. Un impulso lo había llevado a la revolución; otro impulso lo alejaba.

Las desconfianzas del proletariado hacia los intelectuales — más exageradas que injustas — no tienen otro origen. ¿Cómo aceptar por aliados a esos estetas a lo Ruskin que sólo ven en la miseria un obstáculo a la belleza? ¿Qué pensar de esos poetas que a la manera de Baudelaire en el 48 no rehuyen el fuego de la barricada pero dirigen después y casi al mismo tiempo un periódico socialista y un periódico católico? Tantas veces engañado, tantas veces mentido, el proletariado aspira a construir con sus propias fuerzas la empresa gigantesca de su emancipación. ¿Mirará por eso con más benevolencia a los "técnicos" salidos de sus filas, dispuestos a realizar la Revolución como quien construye un puente?

Ni "impulsiva" ni "técnica", la inteligencia es la levadura indispensable de la revolución. Su apóstol más entusiasmado ¿no fué acaso un filósofo? El método con el cual renovó la economía ¿no era acaso el mismo que Feuerbach y Strauss llevaban a la historia de las religiones? La misma facilidad con que el marxismo se adapta a otras disciplinas ¿no indicará que a pesar de las diferencias de los medios el intelectual encuentra en ese método la atmósfera indispensable a su inteligencia? La causa del proletariado es por eso su causa, y si para destruir puede bastar la pica, para construir es necesario la escuadra y el compás.

No ignoro la responsabilidad de lo que digo, pero sería traicionar la confianza que me trajo aquí si no os dijera derechamente lo que constituye para mí el deber más urgente de la hora. La cuestión social no existe sino para los que la sufren y para los que la estudian. Os he invitado a estudiarla cordialmente, con sinceridad y con amor. Si la nobleza instintiva de la juventud os ha acercado a ella no creáis que la servís con vuestro solo entusiasmo. Adentráos sin temor en el estudio de la economía y de la historia, iniciáos sin recelo en la lectura de sus clásicos, seguid paso a paso a través de los siglos la marea creciente del proletariado. Si a veces

---

(9) A. MATHIEZ: *La révolution française*, tomo I, pág. 13, editor Colin, Paris.

la letra es árida os reconfortará saber que cada línea tiene ya en la historia una repercusión prolongada. Sólo así, por la meditación y por el estudio, podréis incorporar a vuestra personalidad la preocupación social que la anime y que la oriente. No abandonéis por eso el sector de la naturaleza o de la vida que había despertado vuestra curiosidad primera. En él encontraréis gozos intelectuales de otro orden, pero no más puros ni más hondos. Trabajadlo intensamente hasta sentir en él la alegría de haber encontrado algo nuevo; pero que el laboratorio, la biblioteca o el bufete tengan amplias ventanas siempre abiertas. Que nada de lo que ocurre afuera pueda seros extraño; que ningún tumulto pueda llegar a importunaros. Al especialista fragmentario que fué el ideal de otro tiempo, oponed el gesamtensch del ideal contemporáneo, el "hombre-todo" de Goethe, capaz de sufrir y comprender la compleja diversidad del mundo. Sin esa sed que eleva y universaliza, que las glorias más puras os parezcan disminuídas. Ninguna vida más alta que la de Pasteur, ninguna inspiración más noble. Pero cuando le escuchamos opinar en política y en religión con las mismas opiniones de su cocinera, sentimos que aquella vida ejemplar no fué sin embargo completa y a pesar del cariño y de la admiración un rubor nos confunde y nos humilla.

No desdeñéis tampoco el arte y la belleza, ni os deslicéis a la exigencia absurda de querer socializarlo. Son la expresión de lo que hay en nosotros de más individual y merecen sin duda la devoción apasionada. Por eso también, cuando sabemos que Emerson paseaba bajo el cielo de Italia y arrastraba penosamente su fastidio por la Florencia incomparable, sentimos de igual modo una profunda pena porque fuerza nos es reconocer que le faltaba al apóstol una cuerda en su alma. La vida sin duda no es sueño ni nostalgia, pero a pesar de su aparente despego los poetas ayudan también al Universo a realizar sus fines (10). La vida es acción.

---

(10) Marx, que admiró a Heine con entusiasmo de artista, y que había escrito en la juventud sus buenos tres cuadernos de poesías "entendía que a los poetas había que dejarlos marchar libremente por la vida y que no se los podía medir por el rasero de los otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco si se quería que cantasen; con ellos, no valían las críticas severas". Ver MEHRING, Carlos Marx, Historia de su vida, trad. Roces, pág. 94, edición Cénit, Madrid, 1932.

la vida es batalla, pero no todo es lucha y vigilia. Allá en los subsuelos del alma siempre hay un sordo rumor de voces que nos alejarían de la acción si les prestáramos oídos. Escuchémoslo sin embargo algunas veces, y aunque seamos sensibles a su engañosa armonía, que sea para nosotros como el descanso de un remero que pone el barco a vela.

Los días que vivimos son de prueba. No os engañen las calmas aparentes. Hay una guerra de todos los días, de todas las horas. No es posible una paz duradera mientras subsista el capitalismo. El menor de los actos tiene así un significado preciso. Sepamos siempre para quien trabajamos. Cada desfallecimiento es un triunfo de los otros, cada inconsecuencia una traición. Seréis pues responsables de vuestros gestos, de vuestras actitudes, de vuestra vida. Pero si la tarea es dura, las horas no perderán por eso su alegría. ¿No estaréis acaso compensados de sobra al saberos solidarios con un algo más vasto que vuestro propio pueblo? A la visión estrecha de las doctrinas del pasado ¿no oponéis acaso la vasta alma moderna?

Renunciaréis sin duda a muchas vanidades; chocaréis muchas veces con muchas incomprendiones; las vanidades que dan los éxitos de la figuración y la "carrera"; las incomprendiones de todos los egoístas que se instalaron en la vida como en un buen sillón. ¿Pero qué pueden significar los sacrificios a la edad en que se tiene el orgullo de vivir la propia vida con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal? ¿Qué pueden significar los sacrificios si al mezclaros a la vida de la época y al batallar en ella, váis sintiendo al mismo tiempo que os aumenta en tamaño el corazón?

# Ponce, maestro de jóvenes

Por LUIS REISSIG

Conferencia leída el 21 de octubre, en el salón de actos de la Facultad de Química de Santa Fe, auspiciada por el Centro de Estudiantes de Derecho.

Le conocí en 1929, cuando era sobre todo el crítico de la prosa limpia y el concepto ajustado, el hombre maduro por su talento y el joven de la mano cordial. De las disciplinas científicas había saltado al ensayo, anunciando desde temprano que su camino no debía desembocar en el rigor sin excusas del laboratorio. Desde sus días de muchacho había sentido que sus oídos recogían con avidez las palabras corrientes del mundo, dulces y tremendas, y que sus ojos merecían el espectáculo de la vida. Lo denunciaba en todos sus escritos. Había en ellos una serenidad de fondo que decía bien a las claras lo que Ponce había meditado antes de poner una letra, y al mismo tiempo mostraba una superficie ágil y matizada, un ordenamiento y una claridad que traía de inmediato el recuerdo de la buena prosa francesa.

Ponce ejercía por entonces un bien ganado señorío en nuestra crítica literaria. Leía con detención los libros que comentaba —cosa no frecuente— y sobre todo sabía leer —cosa no fácil—. Los deshojaba con proligidad de investigador y con mano suave de artista, seguro de que los resquicios aprisionan muchas veces el índice que revela la sustancia. Nunca se dirigía preconcebidamente a tal o cual punto en la esperanza de dar con el abceso. No estaba allí su triunfo. Su pluma no era el bisturí severo ni la espada fla-

mígera: él no cortaba ni quemaba: descosía. Desataba los hilos que alteraban las formas y encerraban los pequeños pero grandes secretos, y dejaba al lector la tarea última de levantar todo el velo.

Medido, pulcro, afable, sus afirmaciones rotundas tenían un dejo de pudor. No se alcanzaba a percibirlo con nitidez en su prosa diáfana de crítico literario porque la materia era fácil y una vez arrancado el penacho se contentaba con sonreír; pero cuando le llegó el día de ajustarse el arma al hombro desde la trinchera, su prosa cobró de golpe toda la fuerza que necesitaba para ser comprendida como prosa de afirmación y de combate; y se vió entonces sustituir el matiz por el énfasis, a la ironía por la burla, a la duda por el alegato; y aquel muchacho que abría a cada rato su cara llena de reposo con la sonrisa más desfachatada, sintió transformarse en él su pudor juvenil. Categórico y osado, cerró su puño sobre la cátedra y llevó a sus labios la emoción de las grandes protestas.

En poco tiempo recorrió un largo trecho. Espectador en 1930, llegaría dos años después a perfilarse como un combatiente de vanguardia. Sin retrocesos y sin titubeos, siguió avanzando hasta caer. Ejemplo poco común en un estudioso de gabinete que sabe que está solo en su puesto a la hora del combate, sin esperanzas de relevo. Le cupo el honor de elegir el sitio, cuyos riesgos conocía de antemano. Cuando un día le señalé precisamente el punto en que se encontraba, me dijo: "De los que debían mostrarse, veo que muy pocos se adelantan. Hay que dar el ejemplo".

Fué así como el crítico sonriente y el ensayista sin mácula reunió a los jóvenes que le seguían desde algunos años a distancia. La valentía de sus juicios había ganado el afecto de muchos y concitado en su contra la vanidad burlada de unos cuantos. Y algunos de éstos cuantos aguardaron la hora del desquite. Les llegó pronto: un autor fracasado le separó de un plumazo del personal del Hospicio de las Mercedes.

Casi a diario nos vimos por aquel entonces. Fué ese su período de fuerte indecisión. ¿Cómo y dónde reanudar su tarea de laboratorio iniciada con entusiasmo al lado del Dr. Borda y con el aliento de Ingenieros?

Es cierto que no había solución de fácil alcance, pero lo es

también que aquella separación lo situó de improviso en otra ruta que, la suya de siempre. Y se inició en ella armado como el que más. Ya no se trataba de deshilar disfraces y de un papirotazo levantar caretas: el enemigo era de piedra.

El joven investigador dejó para siempre el microscopio, sin titubeos y sin amarguras, y con ademán resuelto se impuso método y se fijó un destino a través de la rica y seductora filosofía de Carlos Marx.

Tan en línea se había situado al comienzo de su nueva ruta, que le costó decidirse a dictar en 1933 en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, un curso sobre María Bashkirtseff, que tituló "Diario íntimo de una adolescente". La parecía por momentos que era hasta una traición para consigo mismo y motivo de reproche en sus aliados naturales; sobre todo, inadecuado, y quizás hasta pueril.

Aquel curso, sin embargo debía dictarse. Era su despedida a viejos maestros y a viejos libros y hasta un saludo último al hogar de sus afanes juveniles. Romper con todo eso sin una mirada cariñosa, sin una confesión de lazos, hubiera sido demasiado fuerte para él. Débil para la emoción, en sus escasas ausencias pedía a sus familiares le ahorrasen el momento de la última compañía. El no podía desahogar en lágrimas la angustia de los rompimientos y sufría por ello. Y esta vez se trataba de una despedida para siempre.

Sin lágrimas, reunió las mejores flores de su jardín y las ofreció a María Bashkirtseff, con ademán secreto, en su última lección de psicología.

Quiso que aquellas páginas fueran publicadas pronto, como quien desea cumplir derechamente con todos los ritos y no tener nada que reprocharse por haber faltado en la hora de la muerte a lo que se amó de verdad.

Su vida cotidiana fué cambiando hasta ajustarse a su nueva tarea, y hasta dejó de usar el clásico delantal blanco que le daba un aire de hombre de consulta. Su departamento fué recogiendo cada vez más visitas, gente joven en su mayoría, que iban a darle detalles de su labor, a pedir su juicio, como si hubiera sido el jefe de una brigada de combatientes. Eran todos muchachos y muchachas de izquierda, que se sentían seguros de la firmeza de su con-

ducta y de su apreciación justa. Con el tiempo, el departamento de Ponce hubiera sido la estancia obligada en la hora de las grandes crisis.

Atendía a todos sin fatiga y con afecto, sin precipitarlos jamás en la senda que él había elegido para sí, porque no tenía nada de apóstol. Solamente al subir a la tribuna cuando cada cual podía libremente seguirlo o desdeñarlo, él ponía en su voz todo el acento de un llamado; y sin querer forzar voluntades dejaba que cada cual madurara el sentido de su discurso. Más que en el éxito inestable de los episodios, creía en la seguridad de la línea larga que se adentra en la historia. Las voluntades podían ser muchas, pero le interesaba sobre todo el grupo homogéneo, nutrido, disciplinado. Lo demostró al fundar aquella gran revista que se llamó "Dialéctica", cuya desaparición nunca se lamentará lo suficiente. Era una revista de doctrina, pues así la quería. Sabía que antes de pretender conducir a la masa era necesario crear el cuadro de oficiales. Y con "Dialéctica" lo hubiera logrado.

Más que conductor, Ponce iba en camino de ser jefe de un partido de opinión. Teórico en el limpio sentido de la palabra, doctrinario más bien, su reino era todo de este mundo; y sin exclamaciones desmedidas y apóstrofes pomposos iba avanzando esta vez entre la maleza con el hacha afilada de su discurso. Lo vimos, así, declinar toda piedad en sus juicios severos sobre Erasmo, aquel Erasmo que reposaba con la majestad de una lección magistral en el perfil de Holbein, reproducido en la lámina que no obstante conservaba a pocos palmos de su mesa de trabajo.

No; no diré que la fiebre de su credo firme había puesto en él una pincelada de fanático; pero sí diré que mudó en severidad más de un capítulo de su tolerancia. Severidad sin ceño, sin dureza, sin espectáculo, que denunciaba el equilibrio y la medida de sus afirmaciones.

Ponce fué así el joven maestro de muchos que se le acercaban y de otros tantos que le seguían a la distancia. Aquellas notas, todavía dispersas, aparecidas en tal o cual revista a lo largo de varios años sobre temas diversos, habían hecho familiar su nombre y hasta su estilo. Páginas no menos perfectas pero más densas, sustituían ahora la prosa fácil por la actitud difícil; y se descubrió pron-

to la línea bien trazada que venía anunciándose en el menos sospechado de sus comentarios de ensayista. ¿Qué habían sido, en verdad, sus crónicas de apariencia ligera por lo gráciles sino perdigones de pasta para la oligarquía de nuestros boyardos de la cultura? Los señorones y los pajes temían la sonrisa irónica de aquel franco tirador que si les arrebatava los penachos les fijaba sobre el pecho, con donaire sin igual, el regalo de una escarapela. ¡Y qué bien le sentaba a casi todos la escarapela del borde festoneado y del matiz un poco llamativo! No llegaba al mote, pues hubiera sido imitar a los críticos mazorqueros, ni untaba de bleque la divisa como bajo el reinado de Don Juan Manuel. Se complacía solamente en reunir en un pliegue armonioso los fragmentos extraordinarios que se le brindaban y mostrar los efectos curiosos de la tontería humana.

Cuando se fué acentuando en él el sentido social de sus últimas críticas literarias, la oligarquía comprendió de inmediato el peligro latente que ellas contenían. Sus críticas del pasado, aunque penetrantes, equivalían a una risa en la soledad. Las críticas del presente tenían ya el acento dramático de un llamado.

Amigos, colaboradores y jóvenes discípulos le respondieron sin tardanza.

Ponce fué así la cabeza visible y el eje de un gran movimiento intelectual de vanguardia. Obligado a seguir documentándose y hacer cátedra para los demás, no dispuso de tiempo para aprender a movilizar materialmente las fuerzas. Dos o tres años le hubieran bastado. Pero la reacción fué prudente, si no sabía, y lo alejó antes de que constituyera para sus intereses un verdadero peligro. Se fué a México. Allí murió cuando puñados de jóvenes aguardaban las palabras que pocos se atreven a pronunciar, porque son siempre pocos los que arriesgan su porvenir y su vida en la defensa objetiva de una verdad.





# Enajenamiento y ensimismamiento en la creación poética

Por AMADO ALONSO

Hay una poesía, con largos siglos de tradición y de prestigio, en la que las cosas aparecen en una coherente construcción objetiva:

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Como en toda poesía, también en ésta, la disposición o temple emocional es el punto de partida y su contagio sugestivo, juntamente con un modo valioso de intuición, lo verdaderamente poético. En el principio de la experiencia poética hay una como cargazón eléctrica de sentimiento que el poeta trata de organizar en corriente y en fuerza motriz y en juego de luces y de sonido. Este sentimiento es el que busca, elige y conforma construcciones objetivas eternas que sirvan a su voz de resonadores propicios. El sentido poético de esas construcciones no es otro que el sentimiento que las ha construido; pero las construcciones guardan también en sí un orden racional, tienen un sentido racional, aunque de ningún modo identificable con el poético; es la coherencia de validez objetiva que las construcciones de la poe-

sía tradicional ostentan. Lo propio de la gran poesía clásica es la armonía y colaboración del sentimiento con el pensamiento de lo entrañable con lo intelectual. Las cosas acomodan su disposición y figura al sentimiento que las convoca; la razón las conduce y ordena, y vigila su ejemplaridad; el sentimiento se atempera y fija en las formas objetivas que él mismo se ha hecho bajo la vigilancia de la razón.

Pero hay otra poesía —la del chileno Pablo Neruda o la del español Vicente Aleixandre, la del francés Blais Cendrars, o la del norteamericano Crane,— en la que este equilibrio y compromiso entre el sentimiento, la razón y el mundo de los objetos, se rompe con la pretensión y el deseo de servir a lo específicamente poético, que es el sentimiento. Se pone programáticamente todo el empeño en representar exclusivamente la vida interior en lo que tienen de sentimiento, de vislumbre intuitiva y de vibración. El estímulo de esta vibración emocional puede venir de una realidad existente; pero el poeta de este tipo se entregará a formar y expresar la emoción provocada, sin cuidarse de guardar fidelidad al objeto que la ha estimulado. Quizá este poeta, como Fray Luis, se ha sentido inundado de paz y equilibrio al verse en un huerto placentero; pero, al intentar la configuración poética de este sentimiento, en lugar de expresaría en la configuración intencional del huerto con validez de cosa existente, se ancla y se sumerge en el sentimiento anegador y casi olvida al huerto, que sólo aparecerá en alguna imagen fragmentaria, barajada con otras imágenes también fragmentarias de mil objetos inesperados por lo heterogéneos: una rueda parada, una mano laxa, un animal dormido, la vista indiferente de una tormenta, un bucle, una columnata, un vulgar utensilio diario, ¡qué se yo! (1) Objetos que desde el seno del sentimiento van emergiendo a la conciencia como instantáneas burbujas, sin coherencia de es-

(1) Un ejemplo de Pablo Neruda. En el poema *Sonata y destrucciones* (de *Residencia en la Tierra*), el fondo sentimental es una afirmación tenaz en sí mismo, saliendo de entre las perpetuas vacilaciones, claudicaciones íntimas, derrotas, despistes por entre lo sin sentido. La poesía de Neruda lo expresa así (subrayo las palabras convenientes a la explicación):

Después de mucho, después de vagas leguas  
confuse de dominios, incierto de territorios,  
acompañado de pobres esperanzas,  
y compañías infieles, y desconfiados sueños,  
amo lo tenaz que aun sobrevive en mis ojos, etc.

cenos compuestas, pero aludiendo todos al sentimiento de paz que los origina, (esto si los poetas de esa tendencia fueran capaces de sentimientos sosegados).

Y así como en esta nueva poesía abundan las incoherencias objetivas (incoherencias para nuestra visión normal de las cosas, que es práctica), así también abundan las incoherencias en el desarrollo racional del pensamiento. Pues la esencia poética de un poema nunca está ni en la validez práctica de lo representado ni en la formulación de pensamientos razonables. Pero el lector, en la poesía tradicional, sabe que llega al sentimiento poético guiado por el hilo ariádico de la razón, mientras que en ésta nueva, se pierde en el laberinto de incoherencias objetivas y racionales, donde, sin paciencia para desarrollar un pensamiento lógico, se enmarañan diversos y embrionarios, cargados de fugaces sugerencias diferentes. He aquí un ejemplo de Pablo Neruda, *El Sur del Océano*:

... porque todas las aguas van a los ojos fríos  
del tiempo que debajo del océano mira.

Ya sus ojos han muerto de agua muerta y palomas,  
y son dos agujeros de latitud amarga  
por donde entran los peces de ensangrentados dientes  
y las ballenas buscando esmeraldas,  
y esqueletos de pálidos caballeros deshechos  
por las lentas medusas, y además  
varias asociaciones de arrayán venenoso,  
manos aisladas, flechas,  
revólveres de escama,  
interminablemente corren por sus mejillas  
y devoran sus ojos de sal destituída.

Los adjetivos vagos, confuso, incierto, infieles, desconfiados, acubres, mantienen la unidad de referencia entre todas las imágenes que le objetivación de lo subjetivo y la subjetivación de lo objetivo; sobre su estas imágenes apariencia de mayor heterogeneidad que la acción de vez de mis vagas andanzas son vagas las leguas; de tan confuso salvó la son los dominios, de tan inciertos los territorios, yo mismo que confuso e incierto; mi esperar, mi desilusionarme y mi desconfianza se estructuran se convierten en compañeros que vienen conmigo. Como en la prosificación de falsas astrologías de costumbres un tanto lúgubras y desvertidas en lo innacabable, y siempre llevadas al límite no confunde conservado una tendencia, un sabor solitario. munes a toda De este procedimiento en la construcción de las imágenes remos más extensamente luego.

Los abismos del mar son como el tiempo que se acumula sobre sí mismo y se convierte ya en eternidad; como los ojos fríos (muertos) del tiempo; tiempo por el que no pasa el tiempo, tiempo muerto; el tiempo ha muerto de agua muerta, de lo que ya era muerte, de tiempo hecho eternidad; pero también acoge y sepulta lo que era vida, las palomas, uno de los símbolos oscuros de esta poesía: sus ojos han muerto de vidas muertas de muerte. Con esto sugiere la condensación (agua muerta) y acumulación (palomas) de muerte que ve en el tiempo quieto de los abismos marinos. Por los ojos muertos del tiempo, por los abismos quietos del mar, por aquellos agujeros entran en la muerte los peces feroces y las ballenas con sus sueños, y los naufragos ya desintegrados;... "y además varias asociaciones de arrayán venenoso", no que entren las asociaciones por aquellos agujeros, sino que me asaltan nuevas sugerencias de lo muerto y de lo mortal; venenos, mutilaciones, flechas y peces-revolvers rondan los ojos muertos del tiempo, insistiendo en su muerte, devorando sus ojos de sal muerta.

Adviértase, ahora especialmente, que es mi prosificación la que presenta los pensamientos sintácticamente conformados y deslindados, y las imágenes referidas a un mundo de objetos que forman entre sí y en su conducta cierta coherencia para nuestra experiencia de las cosas; con eso he sacrificado en gran parte lo poético de esta poesía en gracia de su inteligibilidad, dando al pensamiento o visión inicial un desarrollo y estructura racionales que en el poema no se les ha dado.

Poesía extraña y difícil, hay que decirlo, con muy diferente dificultad que otras de secular escándalo poético. También la de Góngora y los culteranos es poesía difícil; pero allí hay un pensamiento claro, artísticamente ocultado con riguroso sistema de equivalencias, que sigue la vida compleja pero estricta de la estructura sintáctica: laberinto con un hilo racional. En la poesía de Pablo Neruda, en cambio, el pensamiento no sigue labrados caminos laberínticos, sino que es intrincado como manigua, embrionario, no configurado. Góngora sigue su pensamiento torciéndose en afilada voluta, saltando, con incisos en incisos, y rompiendo el arco arquitectónico con la seguridad virtuosista de tomarlo luego en el punto justo de su continuación, retrocediendo, avanzando, acumulando

motivos que sepultan pero no anulan la idea directriz, todo con las líneas retorcidas, frondosas, pero exactas de la construcción barroca (1).

También en nuestro poeta hay elementos barrocos, que luego hemos de examinar; pero la específica dificultad de su poesía está en

- (1) 1 Era del año la estación florida  
 en que el mentido robador de Europa  
 —media luna las armas de su frente,  
 y el Sol todos los rayos de su pelo—,  
 5            luciente del cielo,  
 en campos de zafiro pace estrellas;  
 cuando el que ministrar podía la copa  
 a Júpiter mejor que el garzón de Ida,  
 —náufrago y desdeñado, sobre ausente—  
 10 lagrimosas de amor dulces querellas  
           da al mar; que condolido,  
           fué a las ondas, fué al viento  
           el mísero gemido,  
           segundo de Arión dulce instrumento.

Cotéjense ahora los versos de Góngora con la prosificación de Dámaso Alonso:

"1 Era aquella florida estación del año en que el Sol entra en el signo de Tauro (signo del Zodíaco que recuerda la engañosa transformación de Júpiter en toro para raptar a Europa). Entra el Sol en Tauro por el mes de abril, y entonces el toro celeste (armada su frente por la media luna de los cuernos, luciente e iluminado por la luz del Sol, traspasado de tal manera por el Sol que se confunden los rayos del astro y el pelo del animal) parece que pace estrellas en los campos azul zafiro del cielo.

'7 Pues en este tiempo, un mancebo, que por su belleza pudiera mejor que el garzón Ganimedes ser el copero de Júpiter, náufrago en medio del mar, y, a más de esto, ausente de la que ama y desdeñado por ella, da dulces y lagrimosas querellas al mar, de tal suerte, que, condolido el Océano, sirvió el mísero gemido del joven para aplacar el viento y las ondas, casi como si el doloroso canto del mancebo hubiera repetido el prodigio de la dulce lira de Arión. (Navegando de Italia a Corinto quisieron los marineros, por apoderarse de las riquezas del músico Arión, arrojar a éste al agua. Solicitó Arión cantar antes de morir, y, habiéndosele concedido, a la música de su lira acudieron los delfines. Visto que no podía obtener gracia de los que le querían matar, se arrojó al agua; pero un delfín lo tomó sobre su lomo y condujo a tierra. Del mismo modo la lastimosa canción de nuestro náufrago hizo que el mar se condoliera de él y le salvó la vida)".

Dámaso Alonso ha conservado en su prosificación la estructura sintáctico-racional que Góngora dió a sus pensamientos; en la prosificación de Neruda, es necesario con mucha frecuencia conformar y deslindar sintáctica y racionalmente pensamientos que el poeta no configuró ni deslindó, esto aparte las alusiones implícitas, comunes a toda poesía.

otra cosa que en estos ingeniosos juegos del escondite. Pablo Neruda lanza su pensamiento en chispazos entrecortados, embriones y larvas de pensamientos racionales que junta en simbiosis sus luces y sus sombras en una misma construcción sintáctica: "...han muerto de agua muerta y palomas". Podríamos diferenciar entre la poesía barroca extremada y la de Neruda, llamando a la una difícil, y a la otra oscura. La oscuridad está en el pensamiento poético; las dificultades, en los procedimientos de representación.

### LA CONFIGURACION DEL SENTIMIENTO Y LAS IMAGENES

Pues si Pablo Neruda no construye cabalmente, sino que apenas esboza o deja en caótica materia formas comprobables de objetos existentes o posibles y de su conducta, ni tampoco formas configuradas de pensamiento ¿qué es lo que construye, ya que la poesía no puede dejar de ser construcción? Lo que construye y conforma cualitativamente es su sentimiento radical. Dar forma al sentimiento es hacer que adquiera el ejemplar timbre emocional tanteado por la creación poética. Ciertamente que sólo con el apoyo de construcciones objetivas y de razón puede el sentimiento quedar construido y convertido en poesía transmisible. Pero en la poesía clásica, el sentimiento, una vez buscada y hallada una construcción objetiva (el huerto de Fray Luis) donde expresarse, la sigue y desarrolla hasta darle una configuración objetivamente satisfactoria; en esta nueva poesía, el sentimiento, apenas vislumbrada y esbozada una construcción objetiva, la abandona y refluye a sí mismo ("y me busco una comparación dentro de mí", dice Pablo Neruda), para surgir de allí con otro esbozo de imagen también directamente expresiva, y esto de manera tan violentamente eruptiva que los dos o más esbozos de imagen tratan de cristalizarse en un mismo envío idiomático ("un opaco sonido de sombra que cae como trazo en lo interminable"), con lo cual aparecen como teniendo la pretensión de formar entre las dos una sola. Pero sea en imágenes sucesivas, sea en los elementos de dos o más imágenes compenetrados en una, la incoherencia desaparece cuando, en vez de aferrarnos a la comprensión práctica y experiencial de las imágenes, las vemos como repre-

sentantes de un estado sentimental móvil, nos instalamos en el foco volcánico desde donde las imágenes son lanzadas y procuramos vivir el impulso que las ha lanzado.

- 1 He vencido al ángel del sueño, al funesto alegórico:  
su gestión insistía, su denso paso llega  
envuelto en caracoles y cigarras,  
marino, perfumado de frutos agudos.
- 5 Es el viento que agita los meses, el silbido de un tren,  
el paso de la temperatura sobre el lecho,  
un opaco sonido de sombra  
que cae como trazo en lo interminable,  
una repetición de distancias, un vino de color confundido,
- 10 un paso polvoriento de vacas bramando.  
A veces su canasto negro cae en mi pecho,  
sus sacos de dominio hieren mi hombro,  
su multitud de sal, su ejército entreabierto  
recorren y revuelven las cosas del cielo:
- 15 él galopa en la respiración y su paso es de beso:  
su salitre seguro planta en los párpados  
con vigor esencial y solemne propósito:  
entra en lo preparado como un dueño:  
su sustancia sin ruido equipa de pronto,
- 20 su alimento profético propaga tenazmente.

Reconozco a menudo sus guerreros,  
sus piezas corroídas por el aire, sus dimensiones,  
y su necesidad de espacio es tan violenta  
que baja hasta mi corazón a buscarlo:

25 él es el propietario de las mesetas inaccesibles,  
él baila con personajes trágicos y cotidianos:  
de noche rompe mi piel su ácido aéreo  
y escucho en mi interior temblar su instrumento.

(De Colección Nocturna).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Lo aquí representado es la experiencia vital de la caída en el sueño elevada a experiencia poética. Todo cuanto se dice, lo mismo



lo que alude directamente al poeta que lo que parece ser descriptivo del mundo exterior, no tiene aquí otra misión, ni propósito ni obligación que conformar y expresar el estado sentimental del poeta ante la invasión del sueño y el sentido que de él intuye. El sentimiento busca una y otra vez en la fantasía la traducción comprensible de su particularísima cualidad, y, a su vez, a cada construcción de la fantasía, el sentimiento se encuentra a sí mismo, se va haciendo, configurando, adquiriendo consistencia de objeto, cristalizándose en sus decisivas notas cualitativas. Es un sentimiento que no vive y siente la aproximación del sueño, según es tradición, como un descanso y regalo, sino como lucha y como un modo de agonía. Una versión más de la permanente destrucción que es la vida del mundo, como veremos que es la visión fundamental de Neruda. El sentimiento tiene su historia y evolución dentro del poema, conforme va y viene la lanzadera de la materia sentimental a las labores de la fantasía y viceversa. El verso 1 parece un resumen del poema, tanto por significar el resultado de una lucha que se va a desarrollar en el poema, como por la representación del sueño invasor como un "funesto ángel alegórico" ("Morir, dormir", anhelaba Hamlet). Versos 2-4. El poeta se siente terreno de invasión y promesa. Siente el sueño en su insistente gestión invasora; su sentimiento le hace percibirlo como con pasos incontenibles de peso, pero también con su atmósfera de ensueños, de vislumbres y rumores (caracoles y cigarras); y de pronto es atmósfera en movimiento, es viento inhalado con apetencia y placer, viento marino, perfumado de frutos excitantes. Versos 5-10. Un sentimiento de invasión sufrida, en la oscilante frontera del entresueño y los sueños. Fuerzas que vienen del tiempo y van al tiempo, que vienen del mundo y siguen, pasan sobre mí. Las imágenes inconexas parecen ser puramente descriptivas y como documentales, pero a todas envuelve un homogéneo clima sentimental. Las imágenes brotan del fondo del estado sentimental y aluden desde distintos ángulos al sentimiento y al modo concomitante de ver las cosas. La sorprendente fantasía de Pablo Neruda se ejemplifica en estos versos tanto por el modo eruptivo de la acumulación de las imágenes, como por la estructura de ellas. El viento de este instante, de pronto, se extiende y corre por el tiempo, y su soplo agita los meses (figura-

ción del tiempo como espacio homogéneo; vislumbre de que este instante fugitivo de mi vida me une al sobrehumano transcurrir del tiempo del mundo; hasta el final de la tirada se suceden las imágenes de lo transitorio y transeunte: lo que para, lo que cae, lo que se desvanece); la temperatura de aquí, cuya continuidad transcurre solamente en el tiempo, se personifica fantasmalmente como el paso de un soplo por el espacio. Las siguientes imágenes llevan todas el cuño del sentimiento básico de Neruda: sentimiento doloroso de pérdida, desintegración y decaída: opaco, sombra, caer, trazo, distancia, confundido, polvoriento, bramando. Versos 11-14: El poeta es ya presa del sueño (anulado, como sepultado bajo la brusca descarga de canastos y sacos. Ricardo Güiraldes dice en un final de capítulo de *Don Segundo Sombra*: "Y el sueño cayó sobre mí como una parva sobre un chingolo"). Versos 14-28: El poeta invadido toma el partido del invasor, se instala en él, se identifica con él; y los versos, con su fantasía desbordada, cantan la gloria del triunfador: imágenes bélicas de invasiones bárbaras, ejército multitudinario que destruye hasta la corrosión, que deshace como las sales; ejército que, de pronto, extiende sus correrías devastadoras por los cielos (análoga extensión descomunal que "el viento que agita los meses"; inscripción en lo cósmico). La fantasía insiste (15-20), aún más concretamente, en el mismo orden de imágenes, pero volviendo ahora a lo individual: el sueño es un jinete cuasiapocalíptico, no ejército, y el durmiente, no ya la tierra y el cielo es el campo del estrago. Por la respiración del dormido va el galope del sueño, y por los labios pasa; en los párpados del dormido implanta su sustancia disgregadora de fuerzas (su salitre seguro), entra en el cuerpo irresistible e irresistidamente ("como un dueño"); de pronto equipa su silenciosa sustancia y propaga tenazmente los sueños. Otra vez (21-22), la fantasía conjura la invasión multitudinaria, y su obra aniquiladora se simboliza tan extremadamente que hasta su propia impedimenta (sus piezas) está ya corroída; todo lo abarca (23-24), y su ansia de espacio es tan violenta que no perdona ni el pequeño ni escondido hueco de mi corazón ("que baja hasta mi corazón a buscarlo"). Versos 25-26: los sueños; verso 27: insistencia en la imagen químicamente aniquiladora: el ácido impalpable (aéreo) como "la multitud de

sal" (v. 13), el "salitre seguro" (v. 16) y "las piezas corroídas por el aire" (v. 22). Verso 28: sólo en el verbo temblar se revela fantasísticamente una coherencia afectiva y emocional, no objetiva ni intelectual, con las imágenes bélicas precedentes, la imagen de este verso forma grupo —y un poco suelto— con la del 26.

Veamos otro ejemplo donde se puede sorprender favorablemente la justificación emocional de imágenes que objetiva y racionalmente son inconexas:

### Arte poética

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,  
dotado de corazón singular y sueños funestos,  
precipitadamente pálido, marchito en la frente,  
y con luto de viudo furioso por cada día de vida,  
5 ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente,  
y de todo sonido que acojo temblando,  
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría,  
un oído que nace, una angustia indirecta,  
como si llegaran ladrones o fantasmas.  
10 y en una cáscara de extensión fija y profunda,  
como un camarero humillado, como una campana un poco ronca,  
como un espejo viejo, como un olor de casa sola  
en la que los huéspedes entran de noche perdidamente ebrios,  
y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de flores,  
15 posiblemente de otro modo aún menos melancólico,  
pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,  
las noches de sustancia infinita caídas en mi dormitorio,  
el ruido de un día que arde con sacrificio,  
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía,  
20 y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos  
hoy, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

El poema, como otros de *Residencia*, es de resumen autobiográfico: el mundo, la vida y la misión poética. Verso 1. Todo lo que me rodea, lo no yo, lo heterogéneo conmigo resumido en dos parejas de términos: una, sombra y espacio. Ambos términos se implican; es como decir, sombra extendida hasta el infinito o espacio som-

brío, oscuridad, misterio, hostilidad, heterogeneidad conmigo. En Monzón de Mayo, poema que precede inmediatamente a Arte poética, dice Neruda:

Porque todo aquello que la sombra tocó y ambicionó el desorden  
gravita líquido, suspendido, desprovisto de paz  
indefenso entre espacios, vencido de muerte.

Más adelante nos hemos de detener en la significación poética que tiene en esta poesía la imagen insistente de la extensión que rodea. Véase otra vez aquí el verso 1º. La otra pareja es guarniciones y doncellas, "hombres y mujeres". Después del escenario, la compañía. Es característico de la poesía de Neruda el no decir directa y claramente, por ejemplo, "hombres y mujeres", sino que la fantasía se ejercita en juegos, aparentemente antojadizos, pero que sirven para poner en primer plano ciertos valores fundamentales de los objetos así nombrados y de su conjunción, algo así como en los procedimientos normales del idioma en vez de "sol resplandeciente", que con el sustantivo y el adjetivo representan la verdadera relación objetiva, se puede decir "el resplandor solar", poniendo con la inversión de las categorías gramaticales el centro de nuestro interés en ese carácter del sol. El valor estimado antepuesto a la cosa valiosa. Así, al decir "guarniciones y doncellas" en vez de "hombres y mujeres" el poeta aduce y destaca valores específicamente masculinos y específicamente femeninos: guarniciones es lo varonil, lo combativo de la vida y también lo multitudinario; doncellas es lo indefenso, lo delicado, el amor, y más aún, la espera del amor.

Versos 2-4. En medio del mundo, entre las multitudes, yo, dotado de... Pudiera haber dicho "con mi corazón singular y mis sueños funestos", pero dotado de destaca mejor que la preposición lo constitutivos que son en la persona el corazón singular y los sueños funestos. Es un giro que se esfuerza por verter con toda fidelidad el pensamiento, y en este sentido es prosístico; también es verdad que da al verso cierta pesadez enemiga de la poesía, y en este sentido es prosaico. El adverbio inicial del verso 3 es un hallazgo estilístico: sin él, pálido significaría ser pálido; con él significa ponerse pálido; sin él, describiría lo de fuera y lo quieto, con él lo de dentro y el suceder, lo que le viene de que normalmente o gramaticalmente es

un adverbio que sólo se junta con verbos. El juntarse aquí el adverbio verbal con un adjetivo confiere al grupo una significación insólita: al fundir el acontecer con la cualidad inherente, lo significado resulta un acontecer habitual. La imagen del verso 4 expresa un encabritamiento actual del sentimiento que se venía describiendo. Esta imagen repercute en *No hay olvido* (Sonata), (que es la *Arte Poética* del tomo II) conversión más apaciguada y melancólica:

la obscuridad de un día transcurrido  
de un día alimentado con nuestra triste sangre.

La imagen del verso 4 está formada con dos imágenes apiñadas sin desarrollar, donde se amalgaman los elementos presentativos de la realidad significada (mi dolor) con los ilustrativos (el dolor del viudo). De usar Neruda la retórica homérica habría distribuido en tandas los elementos significativos y los ilustrativos, y los habría desarrollado aparte, por ejemplo: "Así como el amante a quien la muerte arrebató su amada, se llena de dolor y se viste de luto, y su dolor es furioso y rebelde contra lo inexorable así yo me duelo, me enfurezco y me rebelo contra lo inexorable por cada día de mi vida que muere". Con la retórica actual, la razón no distribuye en tandas los diferentes elementos, sino que el sentimiento los lanza como en erupción. Lo razonable del pensamiento sufre con ello, pero el sentimiento mismo resulta más presentado y menos explicado.

Versos 5-8. Permeabilidad ilimitada, sensibilidad de antena para las impresiones del mundo exterior ("que bebo soñolientamente"). Y algo más que pasividad: insaciabilidad de vida, pero no de gozador; ni tampoco realmente avidez, pues ese no es un vivir acelerado hacia el goce, sino frenado por irracionales temores. No acabaríamos nunca de describir en su originalísima índole el signo sentimental que el poeta presenta como corporalmente y contagia con el especial lenguaje de su fantasía. Hay que comprender, además, que el sentimiento presentado no es algo de antemano definitivo que las imágenes no tienen más que traducir, sino que se forma a sí mismo a medida que va consiguiendo, con la ayuda de las imágenes de la fantasía, una valiosa intuición resumidora del vivir de las cosas,

de la relación de angustiada ansiedad entre la intimidad del poeta y su percepción del mundo exterior. En estas imágenes, por tres veces, el adjetivo como anula al sustantivo: agua invisible, sed ausente, fiebre fría. Invisible tiene aquí el oficio de descontar del agua cualquier realidad material de agua, para hacerla símbolo de toda realidad: es el agua metafórica que metafóricamente bebo. Sed ausente es insaciabilidad, sed sin avidez, sin los signos de la sed; fiebre fría, repite el procedimiento, pero acrecentando el volumen sentimental con el transporte de sed a fiebre. El verso 5 se continúa racionalmente en el 7 (para cada agua... tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría); el 6 en el 8 (y de todo sonido... (tengo) un oído que nace...); pero poéticamente, el orden de los versos en el poema es esencial, porque las imágenes de la sed y la fiebre alcanzan sinestésicamente al sonido. Así vemos que las antítesis del verso 7 parece como si estuvieran comandadas desdoblidamente: los sustantivos por el verso 6 preferentemente, y los adjetivos como sortidas impuestas por el 5. El sentimiento se va formando y transformando con cada imagen: en la del verso 5, todavía da el tono la idea de pasividad, como de tierra regada; en la del 6, con el verbo acojo, en cuya significación entra la idea de conciencia y de voluntad, frente a la soñolienta pasividad de la anterior, y con el adverbio temblando, de significación sonoramente sentimental, predomina el sentimiento. En las imágenes antitéticas del verso 7 todo lo acapara el sentimiento ensimismado, y en las del 8, el sentimiento se precisa y determina cualitativamente a la vez que crece de intensidad: "tengo un oído que nace", el sentir palpablemente el tiempo; ya no el absorber soñoliento, sino el acecho, la espera; "una angustia indirecta": ha cuajado el sentimiento; es una angustia en la espera, una angustia indirecta, no ocasionalmente motivada, que no me viene de las cosas sino de mi actitud de espera, de mi oído que nace. El verso 9 es ejemplo de una particularidad estilística de Neruda que hemos de ilustrar con ejemplos más adelante: una comparación que recae preferentemente sobre el adjetivo anterior: mi angustia es indirecta como..., mi estado sentimental angustiado es como el de quien acecha la llegada de ladrones o fantasmas.

Verso 10. Otro poeta habría puesto en fantasmas punto final.

Pero Pablo Neruda no quiere detener aquí el ímpetu evolutivo de su sentimiento, ni la erupción de imágenes de su fantasía y sigue sin tomar aliento. Este verso retoma la idea del verso 1, "entre sombra y espacio", pero aquí de modo mucho más vivaz, embaldado en el ímpetu del sentimiento que se ha venido estructurando. Tiene alguna anomalía sintáctica y alguna dificultad simbólica; significa: "y [yo estoy, vivo dentro de] una corteza de extensión, de espacio, infranqueable, invencible, centrada en mí siempre por mucho que me traslade (fija), y continuada hasta el infinito en todas direcciones. La idea es que yo ("el yo" sería la traducción filosófica a la generalidad) vivo como una partícula envuelta hasta el infinito por lo no-yo, que es hostil, temible, o por lo menos ajeno al yo, y en todo caso angustiador. La cáscara (corteza) de extensión es todo lo que partiendo de mi piel llega hasta el infinito en todas direcciones.

Versos 11-14. Los 10 primeros versos presentan el yo con el mundo. Ahora el poeta se ensimisma y se esfuerza en repetidos ataques por precisar el modo exacto y original de sus sentimientos. Yo [estoy, vivo, me siento] "como un camarero humillado"... ¿en qué sentido?:

como un camarero humillado, como una campana un poco ronca  
como un espejo viejo, como un olor de casa sola...

En fin, como las cosas degradadas (con degradación integral y constitutiva, no en el sentido especialista de la moral), desgastadas, desposeídas, desvitalizadas, desamparadas; siempre un dejar de ser: la hombría degradada, la voz de la campana enronquecida, el azogue del espejo carcomido, el olor propio de las casas desamparadas. Así se siente el poeta cuando se ausculta el propio sentimiento. Y la imagen de la degradación y desamparo de la casa sola parece haberle parecido al poeta especialmente apta para expresar su ácido sentimiento íntimo, porque insiste y la desarrolla en cuadro coherente en los versos 13-14: mi sentimiento de mí mismo es como el de una casa sola ensuciada y degradada por huéspedes borrachos y desordenados, como el que nos causa esa casa, además sin flores...

Verso 15. Verso que representa en el poema un doble fondo,

como el teatro dentro del teatro que nos presentan en algunos dramas. Este verso pertenece a la parte interior de la tramoya, y es un comentario y censura del poeta a su fantasía: para sugerir con más exactitud el sentimiento que se quiere expresar, habría que haber dado con imágenes que no añadieran a la degradación un coeficiente de melancolía.

A este punto queríamos llegar: las imágenes del camarero humillado, la campana un poco ronca, el espejo viejo y el olor de casa sola, que en este poema forman serie, son objetivamente inconexas; pero tienen en la raíz más honda de cada construcción —en el intencional maridaje de cada sustantivo con su adjetivo orientador— el punto de convergencia: es el estado emocional que trata de expresarse, de cuyo seno saltan eruptivamente las imágenes. Sólo hay coherencia entre ellas si nos situamos en el foco de erupción.

Complementariamente: tomadas una a una las comparaciones, y referidas al término comparado, parecen a primera vista sin sentido y antojadizas. Pero en la primera, el camarero humillado (¡vaya uno a saber ahora qué recuerdo vivo y circunstanciado se le vino al poeta!) no vale por todo lo que nuestra experiencia práctica nos enseña qué es un camarero, añadiendo aún la nota de la humillación, ni mucho menos significa el como que el poeta se encuentre haciendo de camarero, sino solamente vale por la amarga raíz de desmedro y vejamen que habrá en el sentimiento del camarero humillado; compara, y sólo en su raíz, un estado sentimental con otro estado sentimental. En la segunda, no se compara a sí mismo prácticamente con una campana, no se compara tampoco con una cosa, como oposición al ser vivo y consciente, sino que compara lo que él se siente ser con lo que es una campana un poco ronca: una cosa que en su constitución siente una desgarradura, una cosa que aparentemente sigue con su propio ser, pero que en realidad no, pues el ser propio de la campana está en su sonoridad. En la tercera, lo que se ha dicho auditivamente con la campana un poco ronca, se repite visualmente con el espejo desazogado. De cada comparación, sólo vale el punto tangencial con el sentimiento del poeta. En la cuarta, el olor no vale como realidad psicofisiológica, sino por lo que significa y por lo que denuncia. La censura que el poeta se hace (“posiblemente de otro modo aún menos melancólico”) nos



explica por qué estarían aquí fuera de lugar comparaciones de degradación que otra poesía aduciría: flores ajadas, colores desvaídos, luces palidecidas, y cuanto pudiera acarrear sugerencias de lo lindo, nostalgia, complacencia en el material empleado, etc. (1).

Todavía un ejemplo más para fijar un aspecto aludido: el sentimiento se va formando y transformando con la creación poética. El sentimiento provoca la actividad de la fantasía y la fantasía determina al sentimiento. En *El fantasma del buque de carga*, después de haber descripto el mar y los ruidos y olores del buque sentidos desde cubierta, prosigue:

- 10 Bodegas interiores. túneles crepusculares  
que el día intermitente de los puertos visita:  
sacos, sacos que un dios sombrío ha acumulado  
como animales grises, redondos y sin ojos,  
con dulces orejas grises,  
15 y vientres estimables llenos de trigo o copra,  
sensitivas barrigas de mujeres en cinta,  
pobrememente vestidas de gris, pacientemente  
esperando en la sombra de un doloroso cine.

Las bodegas del barco son como túneles crepusculares en los que sólo se hace el día cuando en los puertos se abren las compuertas. Y en las bodegas, sacos, sacos que un dios sombrío ha acumulado como grey de animales grises, redondos y sin ojos con dulces orejas grises (esta vez es verdad que son orejas las de los sacos),

(1) Cada dificultad que aclaremos al lector, puede adiestrarle en resolver por sí mismo otras. Por eso completamos la explicación de este pasaje con algunas indicaciones sobre la forma idiomática: Versos 1-9, en medio del mundo y entre los prójimos, recibo angustiado e insaciable su experiencia; versos 10-12, y rodeado de lo extraño hasta el infinito, [vivo, me siento, soy] como...

Hay anomalía, 1ro. en emprender la comparación sin cuidarse de declarar explícitamente lo comparado (yo); 2do., en que no bastaría declarar el sujeto, yo, sino que se elide una virtual forma verbal que podría ser vivo, me siento, etc., y probablemente habría sido otra de haberla declarado el poeta; 3º, esta elipsis favorece la serie suelta de las comparaciones, porque difícilmente podríamos dar con una forma verbal a la que pudiera adherirse con valedera coherencia idiomática tanto las tres primeras comparaciones como la cuarta. El verso 15 es como un aparte, sin conexión sintáctica con el resto, y estaría bien entre paréntesis.

lentos de valiosa carga de trigo o copra; (los vientres de estos sacos, con su carga valiosa son como) sensitivas barrigas de mujeres en cinta, (y entonces los sacos grises, apiñados en las sombrías bodegas, son como las mujeres en cinta) pobremente vestidas de gris, pacientemente esperando en la sombra de un triste cine.

Evidentemente, la imagen del verso 16 ("sensitivas barrigas...") está provocada por la del 15 ("vientres estimables"), de la cual es un extremamiento. El proceso sentimental y fantasístico es como sigue: En las bodegas interiores, el poeta ve el cargamento de sacos. La proyección sentimental comienza a tener expresión eficaz al identificar las bodegas con algo vagamente geológico, túneles crepusculares, algo grandioso de pronto sujeto con ley irregular a lo cósmico y de una existencia más triste que la natural, como vida de condena mitológica con visitas irregulares; fuera de aquí a cada noche sigue el día, pero aquí lo sombrío es el modo normal de ser, y sólo de cuando en cuando viene hasta aquí dentro el día. Ciertamente la fantasía no ha cuajado del todo una personificación, pero está orientada hacia ella, y todos los elementos larvados en esa imagen tienen su metamorfosis en la siguiente (versos 12-15): animación de lo inanimado, intervención de un destino, también personificado mitológicamente en un dios temible. Los sacos, en aquella penumbra, se ven como animales juntados por un dios. El sentimiento así proyectado demanda a la fantasía insistencia, y a cada rasgo descriptivo que se añade —"redondos y sin ojos, con dulces orejas grises"—, el sentimiento se va configurando cualitativamente y consolidando: cuando la carga comercial es presentada por la fantasía como llenando "los estimables vientres", no digestiva sino fecundadamente, el sentimiento se ajusta y amplifica a la manera del sonido que halla de pronto un adecuado resonador, y entonces el sentimiento vuelve a demandar de la fantasía una imagen emotivamente extremada, resonador donde acabar de formar su timbre y de resonar plenamente—. Y la fantasía crea la imagen: "sensitivas barrigas de mujeres en cinta", y se detiene en ella complaciéndose emotivamente en describir la vestidura, la paciente espera de las mujeres, y la doliente oscuridad del local. La vista simpatética de los sacos le hace compararlos (poéticamente identificarlos) con animales, dotándolos de resignados sentimientos, y de

fecundación; esta fantasía exagera lo simpatético de la visión y el nuevo sentimiento le hace compararlos (identificarlos poéticamente) con mujeres pobres esperando en un local equivalente, con lo cual afina todos los rasgos de vida sensible proyectados poéticamente en los sacos. Un excelente ejemplo de cómo se va estructurando el sentimiento con la creación poética. Algunas observaciones últimas sobre este pasaje: el adjetivo grises, grises, gris sostiene unificadamente la atmósfera emocional. Los versos 10 y 16 siguen un mismo procedimiento, repetido otras muchas veces: pudiera tomarse el segundo término (túneles..., sensitivas barrigas...) como un miembro sumado al anterior y formando serie (bodegas y túneles; sacos y mujeres en cinta), pues idiomáticamente se da el segundo término igual que el primero, como algo existente y no como ilustración. Pero es claro que el primer término (bodegas, sacos) es en cada caso una nominación directa del objeto, y el segundo una interpretación poética del mismo objeto. Dificultad realmente insignificante, sobre todo si tenemos en cuenta que Pablo Neruda con demasiada frecuencia escamotea la nominación directa y sólo nos da la interpretación poética que, con eso, resulta enigmática.

Es necesario insistir en que la coherencia objetiva y racional que aparece entre las imágenes de mi versión en parte no está en el poema, pues yo me he esforzado en dar a los elementos racionales en la estructura de los pensamientos un papel formativo que en los versos no tienen en ese grado. Pero lo he hecho así con el propósito de que el lector, al releer el pasaje comentado de Colección nocturna, pueda ahora, comprobar, 1º, cómo se va configurando el sentimiento, estructurando, adquiriendo sus peculiares determinaciones en el transcurso del poema, y cómo lo hace certeramente por medio de una imaginería que a un lector "razonable" le parece a primera vista disparatada; 2º cómo, complementariamente, toda la imaginería revela una soterraña coherencia por la fuente (el sentimiento) común de que las imágenes manan, y por el objeto común (el sentimiento) a cuya expresión sirven. En el capítulo del ritmo hemos de ver, además, cómo el procedimiento de montonera y desbordamiento de las imágenes, su borbotoneo sin tomar aliento es la expresión y exteriorización del ímpetu emocional, y cómo este ímpetu o violencia incontenida del sentimiento es el aglutinan-

te personalísimo de las imágenes —aparentemente dispersas— en una coherencia de sentido.

Sólo que en este modo de poetizar hay una dificultad invencible: Los esbozos de construcciones que surten separadamente del originario pozo del sentimiento, aparecen arriba como queriendo formar entre sí difíciles o absurdas construcciones (“envuelto en caracoles y cigarras”, “su multitud de sal”, etc.), y esto a causa de las leyes naturales del lenguaje. Pues las imágenes que otra fantasía más servicial con las necesidades de la comunicación, da como comparaciones ilustrativas, aquí se dan con gran frecuencia como el asunto mismo.

### ENSIMISMAMIENTO Y ENAJENAMIENTO

Estos son, en gran parte, si no me equivoco, los caracteres capitales del expresionismo como forma de creación artística, y Pablo Neruda es un expresionista ejemplar si atendemos al modo de creación poética y prescindimos de otras demandas inesenciales del movimiento literario así llamado.

Un modo de creación poética que, en vez de expresionismo, bien podríamos llamar de ahincado ensimismamiento y al que tendríamos que oponer polarmente otro modo de creación poética que llamaríamos de enajenamiento (para evitar también con el rótulo de impresionismo las limitaciones de una escuela literaria temporal): el de esos poetas como Lope de Vega (o también Rubén Darío), preferentemente atentos a las sensaciones que les provocan las cosas y a reproducirlas estéticamente formadas, que se vuelcan sobre las cosas todas del mundo o de sectores preferidos, ávidos de vivirlas como apetitosas maravillas, existentes, y que ponen todo su fermento poético en la tarea de darles forma significativa y poética. Estos poetas, sean refinados o llanos, con retórica populista o “decadente”, son fundamentalmente claros, porque al aplicarse a la absorción, selección y elaboración estética de sus sensaciones de las cosas y de sus experiencias en las cosas, tienen que construir mundos de consistencia objetiva. Pero un poeta como Pablo Neruda, aun cuando el estímulo parta de una experiencia de las cosas, a lo que atiende es a la conmoción emocional provocada por esas experien-

cias y sensaciones, se ensimisma y encierra en su herido sentir y sólo en intermitentes parpadeos aparecen las sensaciones recibidas bajadas con otras imágenes que les están misteriosamente asociadas. Las figuras objetivas brotan siempre del fondo sentimental.

### PROGRESIVO ENSIMISMAMIENTO

El vigésimo de sus Veinte poemas de amor es un excelente ejemplo para mostrar cómo se establece en Neruda esta relación entre el estado sentimental ensimismado y las construcciones objetivas; y, comparándolo con los poemas de Residencia en la Tierra, es también ejemplo muy instructivo para ver la evolución de nuestro poeta, no ya en cuanto a su maestría y a su voluntad de estilo, sino frente al contenido poético que se propone poetizar.

Pues la evolución poética de Pablo Neruda es un progresivo ahondar en el ensimismamiento. El vigésimo poema es justamente instructivo porque presenta todavía muy moderado, y como descubriendo el juego, el procedimiento que se extremará en Residencia en la Tierra.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos."

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

5 Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como esta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.

10 Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.

Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

- 15 Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
 La noche está estrellada, y ella no está conmigo.  
 Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
 Mi alma no se contenta con haberla perdido.  
 Como para acercarla mi mirada la busca.
- 20 Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.  
 La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
 Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
 Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
 Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
- 25 De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
 Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.  
 Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
 Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.  
 Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos
- 30 mi alma no se contenta con haberla perdido.  
 Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
 y éstos sean los últimos versos que le escribo.

Verso 1: La disposición sentimental, una especial tristeza, es el punto de partida de esta poesía, y su expresión el único sentido poético.

Versos 2-4: Pero el sentimiento inicial busca objetivarse en estructuras reconocibles, existentes, comprobables. El sentimiento a presión mira hacia el mundo e n b u s c a de símbolos adecuados que lo expresen, y se cuida de armonizar los materiales objetivos: la noche con sus astros y su alto viento. La melancolía busca el cielo estrellado para proyectarse en él; pues en el corazón del hombre, la melancolía pierde su poder corrosivo cuando el poeta le impone un canon de belleza ("y el verso cae al alma como al pasto el rocío").

Verso 5: Adviértase como el poeta ha dado la existencia objetiva de la noche estrellada únicamente "por ejemplo"; y el pœ-

ta la abandona en seguida para volver a zambullirse en el manantial originario de su sentimiento: la melancolía en sí misma.

Versos 6-10: Ahora la tristeza busca otra forma de expresión, también objetiva, pero extraña a la anterior. Ya no viene ahora la noche estrellada ni ninguna otra construcción presente a recoger la remansada melancolía; ahora, inquietada por el movimiento, agridulce de repente con una recóndita desazón, sólo halla formas de ausencia, de vacío y de pérdida. Melancolía por lo que ya no es, con el asomo de congoja por lo que simplemente no es, por el vacío.

Verso 11: Nuevo abandono de lo exterior objetivo y nueva zambullida en el originario manantial del sentimiento: la melancolía en sí misma.

Verso 12: Nueva salida hacia el mundo, insistiendo en la segunda construcción objetiva: ausencia y pérdida de la amada.

Verso 13: Reaparece la primera construcción objetiva, la noche, y el sentimiento de tristeza la funde con la segunda en una nueva construcción: la noche sin la amada.

Verso 14: Nueva inmersión en el hontanar del sentimiento, y a la virtud salvadora de la poesía.

Versos 15-16: Variaciones sobre el mismo tema de la pérdida, y la combinación de la noche y la ausencia.

Verso 17: Otra vez en la raíz del sentimiento, dejadas las construcciones objetivas ("eso es todo"). Y la melancolía originaria busca fuera de sí un nuevo símbolo: un canto en la lejanía. Construcción objetivamente heterogénea con las anteriores, pero sentimentalmente coherente: en la lejanía resuena el sentimiento de ausencia, y en la canción la hermosa composición de la noche estrellada.

Verso 18: El sentimiento insiste en la melancolía de la pérdida.

Versos 19-20: Cambia el sentimiento cualitativamente. Hasta ahora, en la raíz de la tristeza expresada, está la aflicción del vacío. Es el vacío de vida que se puebla defensivamente de los fantasmas más vívidos del pasado. El sentimiento del vacío busca para expresarse la noche estrellada, la nostalgia del amor perdido, la canción en la lejanía. Y el poder poético convierte salvadoramente el vacío

absoluto en melancólica ausencia. Desde este verso, se hace sensible algo que anula realmente el vacío, y es el viento invisible del anhelo que lo orea: "Como para acercarla mi mirada la busca...". En estas nuevas formas objetivas de la nostalgia, se expresa ahora el sentimiento radical con anhelo dinámico, así como en la noche estrellada se expresaba en estático remanso.

Versos 21-22: Estas imágenes son la clave para muchas cosas. Primero para comprender atinadamente la evolución de esta poesía, pues aquí hay un atisbo de la constante destrucción que es nuestro durar y nuestro vivir, atisbo que se desarrollará grandiosamente en intuición sostenida en *Residencia en la Tierra*, como el perpetuo desgaste, desmoronamiento y liquidación de toda entidad; y segundo, porque estos dos versos expresan el sentimiento innominado, la desazón inicial, el estado sentimental de donde salían la tristeza, la nostalgia, la melancolía, con sus imágenes correspondientes. La raíz de la raíz, que se hace de pronto consciente y adquiere representación.

Versos 23-30: Ahora ya vuelve a su nostalgia con renovado sentido. Ya el anhelo radical encuentra su dirección necesaria hacia la perduración de la propia personalidad: "mi alma no se contenta con haberla perdido".

De este análisis conviene retener las siguientes enseñanzas: 1º, el poeta conforma y configura, también cualitativamente, su propio sentimiento; la creación poética consiste fundamentalmente en eso, en transfigurar el sentimiento vitalmente sufrido en sentimiento pleno de sentido ejemplar. 2º, El estado sentimental es el punto de arranque, y el sentimiento que el poeta va creadoramente conformando es constantemente el cimiento de todas las imágenes y construcciones objetivas del poema. Estas, junto con los procedimientos rítmico-melódicos de la frase, sirven para el contagio sugestivo del sentimiento. 3º En este vigésimo poema se ve, como con ralentisseur, el procedimiento que se extremará luego en *Residencia en la Tierra*, consistente en zambullirse a cada paso en el sentimiento originario y contemplarlo en sí mismo, para surgir de nuevo de aquel fondo con una nueva imagen, coherente o no por la materia con las anteriormente creadas, pero siempre por el sentido sentimental que la ha conjurado; las imágenes surten de sentimiento y en él tie-



nen su verdadero sentido poético. Por extremarse este proceder en Residencia en la Tierra hemos caracterizado la evolución poética de Pablo Neruda como un progresivo ensimismamiento.

### LAS IMÁGENES EN RESIDENCIA EN LA TIERRA

De la poesía primera a Residencia en la Tierra hay, pues, evolución en cuanto que se cumple un progresivo ensimismamiento, una atención cada vez más obsesa en el sentimiento propio. En otros aspectos, en cambio, lo que hay es salto, solución de continuidad, respecto al cultivo poético anterior. Es la índole de la fantasía la que parece otra.

a) En el vigésimo poema arriba analizado, las imágenes son la noche estrellada, el alto viento, la canción en la lejanía, la ausencia y pérdida de la amada; todas ellas imágenes bellas, con prestigio poético tradicional. En Residencia, la fantasía abandona esta tradición.

Ahora pululan monstruos de la fantasía, escombros y desplazamientos; ahora son conjuradas patéticamente las cosas condenadas antes a lo jocoso, las escobas, los trapos, los zapallos, los pelos sudorosos, los aparatos higiénicos, sacos, verduras, etc., etc.; ahora se cultiva el feísmo y el gigantismo. Ciertamente que no faltan la noche, la ausencia, el amor, el cielo y tantos otros temas tradicionales; pero ya no son elaboradas las imágenes hacia lo lindo o hermoso. En general, todas las cosas se ven ahora como en espejos deformadores.

b) En el poema vigésimo, cada vez que el poeta, tras la inmersión en el sentimiento, emerge hacia la existencia del mundo, retoma el mismo hilo biográfico que había abandonado un instante, de modo que la construcción objetiva es una a lo largo de todo el poema; si hace dos estructuras objetivas, la noche estrellada y la nostalgia de la amante perdida, nuevos trazos visibles involucran la una en la otra, y resulta la nostalgia de la amante en la noche estrellada. El ensimismamiento consiste en repetidas inmersiones en el sentir.

En Residencia, en cambio, el poeta está hundido en sí mismo, en su sentimiento y su sentido congruente de la vida; y desde ese fondo lanza hacia el exterior imágenes que, arriba, suelen no responder a las leyes objetivas. Si parte de un episodio concreto, por

ejemplo, *El sur del Océano*, con elementos reales (una costa desierta, una huella en la arena, el romperse del agua, las aves marinas, el fondo del mar, el tiempo, la luna) insufla en ellos una personificación de significado sentimental que necesita para expresarse una irrupción de imágenes irreales o desrealizadas. A todos los movimientos literarios de la postguerra les ha gustado aplicar a las imágenes el procedimiento de las fotografías movidas, de modo que se evita —a veces programáticamente, como los surrealistas— el que las imágenes sean imaginativamente realizables como algo que, de existir, nuestros ojos podrían ver o nuestros oídos oír. Hay, pues, en Neruda muchas imágenes monstruosas como tomadas del mundo de los sueños, parientes de esas experiencias que de veras hemos tenido en los sueños y que, después en la vigilia, no nos es posible contar y se nos escurren al recordarlas con pensamiento despierto, porque nuestra razón se empeña en darles una coherencia que las deshace.

c) Por la forma eruptiva en que se lanzan y se aglomeran las imágenes, la dificultad de comprender y seguir el tema del poema ha aumentado tanto en la nueva manera que parece no ser cuestión de grado, comparado con la producción anterior, sino cambio de índole. Pero en *Residencia*, cada poema tiene también siempre unidad de pensamiento poético, hay un sentido formado y una coherencia íntima de sus elementos, por estrafalarios que parezcan a veces a un lector desprevenido. Con frecuencia, el tema central del poema es un sentimiento o una fuerza en su poder general, una intuición sentimental del mundo y de la vida en su recuento final: la muerte, el dolor siempre al acecho, la alegría, el ansia, lo risueño, lo amenazador, el amor, el descontento, y también lo cósmico, en su grandeza extensiva y en su perpetua germinación, la personificación del tiempo, de las aguas, del aire, etc. Entonces el sentido unitario está fijo en ese valor general, y las imágenes son como ejemplificaciones sueltas y no tienen por qué guardar unas con otras coherencia episódica. Pero tampoco cuando el tema es del mundo exterior, un paraje marino, un amanecer, unas ruinas, se respetan las estructuras objetivas, pues aquí también los sentimientos e intuiciones de valor general se instalan en lo particular y reclaman para sí toda la labor constructiva. Por último, esos sentimientos e

intuiciones de valor general no se conforman tampoco racionalmente, no se explican con un pensamiento racional, sino que constituyen un pensamiento entrañable, o, como se dice en el psicoanálisis, visceral, hecho de impulsos, sentimientos y vislumbres, a veces no elaborado intelectualmente, a veces respunteado con una vacillante coherencia objetiva de imágenes, a veces también construído con pensamiento intelectual.

Los poetas de este tipo se guardan celosamente de la excesiva intervención del intelecto en la poesía (cuando animus no está en casa, anima se pone a cantar, según la parábola de Paul Claudel). De todos modos, la eliminación de lo intelectual nunca puede ser completa, si no es en esos jugueteos que se llaman "palabras en libertad". Todo poetizar es objetivar, toda poesía es objetivación, cristalización y conformación del sentimiento en una forma consolidada y trasmisible. Y la trasmisión no es posible sin mínimos agarraderos intelectuales.

La poesía de Neruda es también objetivación y nunca le falta un mínimo esqueleto intelectual. Es un mensaje que quiere ser captado y comprendido, para que desde la comprensión el lector pueda convivir el sentimiento y la original intuición. Los pintores expresionistas, con los que un Pablo Neruda tiene puntos de contacto, solían poner a sus cuadros títulos con los que lo pintado no tenía que ver en absoluto; pero Pablo Neruda, da en los títulos los temas de sus poesías: Despediente, Sólo la muerte, Monzón de Mayo, El sur del Océano, La calle destruida.

Antes de *Residencia*, Neruda, como los poetas tradicionales, describía con atención a las leyes objetivas de la realidad representada (la noche, la pérdida de la amante, la canción en la lejanía), y nos contagiaba su sentimiento poético por entre las líneas de la descripción. En *Residencia* no; sino que tiende obsesamente al sentido único de su fondo emocional. Por eso las cosas no son respetadas en sus estructuras, sino deformadas, barajadas, oníricamente híbridas. Es el profundo mar del sentimiento lo que se poetiza con imágenes-símbolos. Los heterogéneos y deformados objetos que brotan y caen sin formar entre sí un cuadro de validez objetiva están aquí conjurados por la voz del sentimiento como resonadores adecuados. Y muchos lectores se pierden entre la voz que resuena

y esos escombros de objetos que sólo funcionan como resonadores; se pierden entre el sentimiento simbolizado y las cosas que sólo son símbolos expresivos de un sentimiento.

Para comprender y gustar la poesía de Pablo Neruda no es buen camino el de entender intelectivamente primero las construcciones externas y desde ellas entrar después en el sentimiento, sino que, al revés, las construcciones externas nos serán comprensibles cuando lleguemos a ellas desde el sentimiento que las provoca. Como estos poemas no son de una sola lectura, hay que entregarse primero al clima sentimental que es su alma poética, dejarse contagiar por la sugestión de las imágenes entrevistadas, por la insistencia de los motivos y por el seguro poder de las construcciones sonoras. Pues en la poesía de Pablo Neruda se oye como una voz soterránea y confusa, un sentir denso, más abajo del umbral de la conciencia, como una presión insoportable, como una peligrosa y doliente gasificación de todos los metales entrañables que, de pronto, perforan el suelo de la conciencia e irrumpen en volcán deshaciendo en lava todas las cosas y dándoles ese aspecto espantoso de los sólidos que se mueven como líquidos.

Por desgracia no tengo para darte sino uñas  
o pestañas, o pianos derretidos,  
o sueños que salen de mi corazón a borbotones,  
polvorientos sueños que corren como jinetes negros,  
sueños llenos de velocidades y desgracias.

(Oda con un lamento)

Mirar con ojos prácticos esta extraña poesía, y aun dar a los ojos de la experiencia práctica la intervención que otras clases de poesía consienten, es renunciar a gustarla y a enriquecernos con ella. Cuanto más prácticos sean los ojos con que la miremos, mayor será la dificultad de llegar a ella, con el resultado conocido del desaliento o de la irritación. Si realmente la poesía nos importa, tenemos que atender en Pablo Neruda ante todo a esa fuerza explosiva del sentimiento que estalla en volcán, para poder seguir su canción entrañable, y tenemos que aprender a ver en el mundo destruido de sus imágenes la manifestación de la intensidad de esa fuerza y de la íntima regulación y coherencia del sentimiento.



## LOS LIBROS

**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**, por Aníbal Ponce. Buenos Aires. 1939. — A un año de distancia la figura de Aníbal Ponce se nos aparece con todo el vigor y los perfiles netos de su personalidad. La reedición de "Problemas de Psicología Infantil" en ocasión de cumplirse el primer aniversario de su muerte nos hace meditar con profunda tristeza sobre ese brillante camino que fué su vida y sobre el cual se ha volcado una inquebrantable barrera. La muerte lo sorprendió en un ambiente que lo había acogido con la cordialidad que en aquellos momentos necesitara, pero muy lejos de su patria y de su Buenos Aires. La larga caravana de sus amigos saben con cuánto dolor y amargura abandonó su ciudad y su tierra; esos amigos suyos guardarán siempre la angustia ante la pérdida del amigo y la angustia ante la desaparición de una vida rica, fecunda, digna, una vida profundamente aferrada y dedicada a un ideal.

A pesar de ser múltiples sus actividades e intereses, todo tema que abordaba adquiría con él la seriedad y profundidad propias de su espíritu. Ya se tratara de problemas de orden social, psicológico, filosófico, todos ellos toman bajo el imperio de su pluma y de su inteligencia, la altura y la dignidad correspondientes al asunto tratado.

Entre sus muchas obras, tomamos "Problemas de Psicología Infantil", una de las más originales exposiciones sobre problemas de la infancia que se hayan escrito en nuestro medio intelectual.

En disciplinas que como la Psicología atraen, por su aparente facilidad a muchos expositores, en su mayoría improvisados, es difícil encontrar un planteo original y rigurosamente científico de los problemas propios de dicha ciencia. Es así como se encuentran extensas listas bibliográficas, innumerables publicaciones, conferencias y cursos, pero es preciso andar mucho, para encontrar entre todo ello, el fruto de una meditación personal. Y este libro de Aníbal Ponce, es el fruto de su pensamiento y meditación personales, de su fina capacidad para adentrarse en el alma del niño, a lo cual se agrega una vasta preparación psicológica y psiquiátrica apoyada en la mejor información.

Empieza haciendo una justa clasificación de la mentalidad infantil, que es en su opinión "la clasificación genética de las diversas etapas de la inteligencia" y a partir de la cual detalla esas etapas, y

que en los capítulos subsiguientes son desarrolladas y analizadas ampliamente, de modo que, después de la lectura del primer capítulo, el lector tiene una visión panorámica de los problemas que se desarrollarán más adelante, presentando las conclusiones al principio y no al terminar, como es la costumbre. Ponce lo hace — así lo afirma — porque le parece más leal y más honesto.

En esta forma, los distintos capítulos de que consta este volumen se presentan perfectamente relacionados entre sí, tienen todo el carácter de una estructura como los mismos fenómenos de la vida anímica.

Casi todos los problemas tratados en este libro han sido, por lo general, descuidados o completamente dejados de lado por los estudiosos de la infancia. Así, el problema de la "fabulación" del cual hace Ponce un análisis justo, al mismo tiempo que aclara uno de los problemas más importantes del psiquismo infantil, ya que está íntimamente ligado a problemas de conducta y sistemas de educación. También el problema de la percepción infantil está ampliamente analizado. Después de criticar a la escuela asociacionista y de dar una idea general del estado actual de los estudios psicológicos relacionados con el problema de la percepción en la infancia — distinta a la del adulto — sostiene que el verdadero instrumento por el cual el niño va a trabar conocimiento con el mundo que lo rodea, es la mano, que le servirá para pasar de la percepción sincrética a la percepción analítica. "La mano — dice Aníbal Ponce — permite mucho mejor que la vista, adentrarse en la intimidad de las cosas, como que la vista se detiene casi siempre en la corteza del objeto y aquella, en cambio, lo rompe o lo perfora". "La mano que palpa — dice más adelante — es para el niño una manera de dar vida, de ir anotando dentro de los esquemas globales de su percepción los nuevos datos y los nuevos matices que el análisis realizado por su mano va introduciendo en su visión del mundo".

De la misma manera personal y rigurosa son encarados "El espíritu de contradicción", "El ensueño", "El adorno" y otros problemas igualmente importantes para el conocimiento del psiquismo infantil.

A la riqueza de información y al carácter científico de este volumen se agrega la pureza y elegancia de estilo de modo tal que "enseña deleitando".

Teodora Efrón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar  
**LAS OBRAS COMPLETAS DE ANIBAL PONCE.** — Al interrumpirse trágicamente la vida de Ponce hallábase agotada en librería casi toda su obra impresa. Eran ya prácticamente inhallables libros como *Ambición y angustia de los adolescentes*, que solicitaba la aten-

ción de los estudiosos de la psicología, o *El viento en el mundo*, itinerario de la trayectoria de Ponce hacia su plena captación de los problemas sociales y políticos. Una reedición hacíase indispensable, pero la alejaba el afán de la creación y también el despego por el éxito. Truncada la obra por la muerte, la simpatía de los amigos ha emprendido la tarea omitida por el combatiente. Ya han visto la luz, correctamente editados por El Ateneo, los primeros volúmenes: *El viento en el mundo*, ya mencionado —incluye *Examen de la España actual* y la conferencia sobre Fourier—, *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, *Problemas de psicología infantil* y *De Erasmo a Romain Rolland*. Anúnciase *Diario íntimo de una adolescente*.

**EDITORIAL LOSADA.** — Hemos recibido los siguientes volúmenes, con que esta casa prosigue enriqueciendo el acervo editorial de nuestro país: de la "Biblioteca contemporánea": *La Sulamita*, de Capdevila y *Las tendencias actuales de la filosofía contemporánea*, novísima exposición de Georges Gurvitch, prologada por Leon Brunschwig. En la colección "Ciencia y vida", *La física nueva y los cuantos*, del ilustre Luis de Broglie. La "Biblioteca filosófica", que dirige Francisco Romero, incluye los *Tratados fundamentales*, de Leibniz. En los "Grandes escritores de América", *Nuestra América*, de José Martí. La original e interesante "Biblioteca del pensamiento vivo" contiene el de Schopenhauer, por Thomas Mann y el de Montaigne, por André Gide. Entre las "Cien Obras maestras" publica *Otelo y Romeo y Julieta*, de Shakespeare y el segundo tomo de las *Vidas paralelas* de Plutarco. La colección "Biografías históricas y novelescas" incluye *Lucrecia Borgia*, de Fred Berence. Finalmente, para los educacionistas comienzan dos nuevas colecciones, dirigidas por Lorenzo Luzuriaga: "La nueva educación", que se inicia con *El método de proyectos*, de Fernando Sáinz y "La escuela activa", cuyo primer título es *Iniciación general al método Decroly*, de Decroly y G. Boon.

**OTROS LIBROS RECIBIDOS:** A. Waismann, *La filosofía de Croce*, Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1939; Renato Treves, *El Estado de Derecho y las nuevas organizaciones estatales*, Editorial "La Raza" Tucumán, 1939; Antioco Sacasa Sarria, *Investigación de la paternidad legítima*, León, Nicaragua, 1938; *Enseñanza Secundaria*, Memoria presentada al Consejo Nacional por el presidente y director general, profesor Eduardo de Salterain y Herrera, Montevideo, 1938; *Informe del Ministro de previsión social*, D. C. Augusto Durango, Quito, Ecuador, 1939.



## LAS REVISTAS

HEMOS RECIBIDO: Revista de Economía Argentina, N° 256, octubre; Boletín Matemático, octubre; América (Habana), setiembre; Revista nacional de cultura, (Caracas), N° 10; Boletín de la Unión Panamericana, octubre; Sur, N° 59; Nosotres, N° 41; Réalités françaises, Nros. 39 y 40; Orto (Manzanillo, Cuba), julio; Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana de la Facultad de filosofía y letras, N° 17; Libertad y trabajo (León, Nicaragua), N° 15; El maestro rural, (México), agosto.

## COLÁBORADORES DE ESTE NUMERO



**AMADO ALONSO.** — Español, nacido en 1896. Doctor en filosofía y letras de la Universidad de Madrid, en cuya casa formó parte de la escuela filológica de Menéndez Pidal. Américo Castro, Navarro Tomás y García de Otero eran los otros maestros en esta renovación de la filología. Alonso forma la nueva generación de estudiosos con Dámaso Alonso, Fernández Montesinos y Sánchez Sevilla. Luego, durante dos años enseña español en la Universidad de Hamburgo, a la vez que se especializa en fonética experimental. En 1926 la Universidad de Buenos Aires le encomienda la dirección del Instituto de Filología de la Facultad de filosofía y letras, interrumpiendo entonces una colaboración de dos años en el atlas lingüístico de la península ibérica con Menéndez Pidal y Navarro Tomás. Con su labor en nuestra ciudad, Alonso ha formado una generación de filólogos cuya reputación excede ya los límites nacionales. La dialectología hispanoamericana, la estilística, y la historia cultural de América son los campos en que desarrolla su actividad el Instituto, que ha publicado ya varios volúmenes bajo la dirección de Alonso.

De Luis Reissig ya nos hemos ocupado en el núm. 7-8 del año VII (volumen XIV, pág. 827) a donde remitimos al lector.

